

# Ганна



A pesar de las dos demoledoras derrotas sufridas en sendos enfrentamientos, tanto físicos como espirituales, en el este de Europa, los defensores de Gaia no se rinden. En la Novela de tribu: Fianna, el Ragabash conocido como «Camina tras la Verdad» no está dispuesto a permitir que «Arkady, Colmillo Plateado» corrompido por el Wyrn desaparezca así como así pero ¿hasta dónde tendrá que llegar para encontrar al Colmillo Plateado descarriado? Y, ¿qué precio tendrá que pagar?



Eric Griffin

# **Fianna**

**Novelas de tribu - 6**

**ePub r1.1**

**TaliZorah 11.06.13**

Título original: *Werewolf Tribe Novel 3: Red Talons & Fianna*

Eric Griffin, octubre de 2001

Traducción: Manuel de los Reyes

Ilustración de la portada: Steve Prescott

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0



Para James,  
Contra el día en que se encuentre,  
como les ocurre a todos los hombres, cansado,  
y sin saber cuál es el camino de vuelta a casa.

*En cierta ocasión, mientras los Fianna descansaban tras la persecución, surgió entre ellos un debate acerca de cuál era el mejor sonido del mundo. Cada uno de los campeones describió sus preferencias: el choque de la lanza contra el escudo, el chapoteo de un venado en el agua, el aullido de una manada en armonía, la risa de una muchacha despreocupada, el susurro de quien se ha conmovido.*

*—Buenos sonidos, todos ellos —dijo Fionn.*

*—Cuéntenos, jefe —aventuró Oisín—, ¿qué opináis?*

*—La música de lo que ocurre —repuso el gran Fionn—, ése es el mejor sonido del mundo.*

*~ El ciclo feniano*

## Capítulo uno



Stuart se alejó de la línea de árboles, igual que un venado en estampida, y patinó hasta detenerse al borde de la carretera, levantando una estela de polvo y grava. Ya había comenzado a cambiar, sus agudos sentidos escrutaban la periferia en busca de señales de testigos o de tráfico que se aproximaran, sin esperar descubrir nada, en realidad. Se enderezó, tras haber mudado su abrigo de lobo, mientras se acercaba al aprisco. A casa.

Sus pisadas crujían amplificadas en el silencio del anochecer. Sonaban ansiosas y fuera de lugar, como si no reconocieran su entorno tras la prolongada ausencia. Stuart empujó aquellas preocupaciones al fondo de su mente. Tras cruzar la carretera, apoyó una mano en lo alto de la puerta y saltó por encima sin esfuerzo, como hiciera cuando era un crío.

Colum salió a su encuentro a medio camino del sendero. Su caminar era pausado, su escopeta pendía lasa de un brazo. Ni su rostro ni su voz denotaron alborozo por el regreso del muchacho.

—Stuart.

—Papá, qué alegría que estés aquí. No he visto el camión y me temí que te hubieses marchado a la ciudad. Me...

—El camión se lo ha llevado Ellen. Se ha ido al cine. Le va a dar mucha rabia el no haberte visto. —Por su tono, resultaba obvio que él no compartía ese sentimiento.

Stuart intentó asimilar el hecho de que Ellen estuviera conduciendo. Cuando se marchó, ella no debía de tener más de... Escarbó en su memoria, pero no pudo precisar la edad exacta. Aquello le molestó. Se apresuró a camuflar su sonrojo.

—Papá, escucha, necesito tu ayuda. Hay un...

—Tu madre está bien, gracias por preguntar. —La voz de Colum era dura, resentida—. Te echa muchísimo de menos. No deja de hablar de su hijo, el periodista.

—Qué bien —musitó Stuart, incómodo—. Pero escucha. Me gustaría que ésta fuese una visita de cortesía, pero se trata de algo muy importante. He...

—Cuando un muchacho se deja caer por aquí, se interesa por su madre. Venga, vamos. Pista. —Colum hizo un gesto con la culata de la escopeta.

—Pero papá, me... olvídale. No se hable más. —Stuart se giró y se despidió con la mano, enfadado—. No sé ni para qué he venido. Sabes, tampoco es que me hagas ninguna falta. Maldita sea, sabía que esto iba a ocurrir. Es siempre lo mismo. Cada vez que intento...

—¿Colum? ¿Con quién estás hablando ahí afuera? ¡Ahí de pie, en la calle! ¿Y eso?

—Ya se marcha, Margaret. Vuelve dentro, yo me ocupo de esto. —La luz de la luna se reflejó en el metal del arma.

—¡Stuart! —exclamó Margaret a través de la puerta con rejilla, antes de bajar los escalones de la entrada envuelta en un remolino de pliegues de su falda—. Pero ¿cómo es que no has llamado para

avisarnos de que ibas a venir? Te hubiese preparado algo, cariño. Colum, ¿por qué no me has dicho que estaba aquí Stuart? Venga, qué más da, lo importante es que estés aquí, en tu hogar. Entra y deja que te caliente algo. Estás hecho un palillo. ¿Qué os dan de comer en ese periódico donde trabajas? Perdona que esté todo hecho un desastre. La casa está patas arriba, ya sabes que tu padre pisa por todas partes con esos zapatones que lleva. ¡Ay, Señor, qué alegría tenerte en casa! Venga, que te voy a... Oye, ¿pero qué te ocurre, hijo? —Lo había cogido del brazo y había empezado a caminar hacia la casa, tirando de él. Por instinto, Stuart había comenzado a seguirla y ya había avanzado tres o cuatro pasos antes de recuperar la compostura y plantarse en el suelo.

—Mamá, papá. Hay alguien que se ha perdido, puede que esté herido. He visto el coche a unos kilómetros de aquí, tenía mala pinta. Tenemos que ir...

La voz de Colum no admitía réplica.

—Entra, chaval. Pasa un rato con tu madre. Hay tarta de Coca-Cola en la mesa. Le ha llevado su tiempo, así que siéntate y cómetela. No sé cómo cojones sabía tu madre que ibas a aparecer, pero así ha sido. Un toque de la Visión. Dicen que se transmite por la rama femenina. A ver si tu hermana no me sale con lo mismo.

—Colum, vida, ¿por qué no te acercas a casa de los Jennings y miras a ver si entre todos conseguís reunir a unos cuantos primos para ir a buscar a esa oveja extraviada? Eres un encanto.

A regañadientes, se agachó para besarla en la mejilla y, a desgana, señaló a Stuart.

—Cuida de tu madre. El abuelo Jennings salió hace un par de noches a pegarle un tiro a algo. Dijo que se parecía a un oso, pero que siseaba y se quejaba igual que su viejo tractor... hijo de puta senil. Volveré por la mañana.



Colum se echó la escopeta al hombro y cruzó el jardín, con confianza, sin prisa. Stuart vio cómo se alejaba su silueta todo el camino hasta la escalera para pasar la cerca.

—¿Y si nos sentamos aquí fuera, cariño? Hace una noche preciosa.

Stuart se sentó en la escalera de entrada. Con expresión ausente, sus dedos tantearon y reconocieron cada uno de los familiares nudos y grietas de los peldaños de madera. Rutas de un mapa que siempre conducía a casa.

Sin alzar la vista, dijo:

—Mamá, no puedo quedarme. Sólo he venido para...

—Chitón. Calla un poco. No pasa nada. Deja las preocupaciones para mañana. Esta noche, mi pequeño ha vuelto a casa. —Lo acercó hacia sí. Stuart le devolvió el abrazo, con torpeza, falto de práctica. En todo momento permaneció con la mirada clavada por encima del hombro de su madre, perdida en los hirsutos campos de invierno... fingiendo que no veía las lágrimas plateadas que derramaba la mujer en el cuenco de su clavícula.

## Capítulo dos



—¿Seguro que no quieres quedarte? —La puerta de rejilla apenas se había quejado al cerrarse tras Colum. El hombretón había pasado fuera toda la noche, y acusaba el cansancio. Así y todo, había asimilado de inmediato la escena que se estaba representando ante la mesa del desayuno. Se la sabía de memoria. Siempre igual, todas las veces. Cualquiera diría que su mujer estaría ya acostumbrada, pero nunca dejaba de padecer.

—¡Colum! —regañó Margaret—. Esos modales. Además, Stuart se quedará todo el tiempo que quiera. Siempre y cuando puedan prescindir de él en esa editorial donde trabaja. —Revoloteó alrededor de su hijo, recogiendo los restos de los platos del desayuno—. Ahora es un hombre ocupado y tiene un trabajo que le está esperando. No todos los muchachos se cogerían unos días libres y se echarían a la carretera para venir hasta aquí a visitar a su madre. Y ten cuidado con esas botas llenas de barro, que me estás dejando la cocina señalada.

Colum se limitó a soltar un bufido y a menear la cabeza. Sabía cuándo debía retirarse; se agachó para desatar los cordones de sus botas.

—Buenos, entonces, ¿hasta cuándo piensas quedarte, hijo? No me vendría mal otro par de manos para arreglar la valla antes de que empeore el tiempo. Eso sí, asumiendo que esas manitas tuyas no se hayan olvidado de lo que es el trabajo honrado.

—Papá, tengo que irme. Me...

—A mí no me des explicaciones, cuéntaselo a tu madre. —Sonaba incluso más agotado de lo que daba a entender su aspecto—. Ya encontraré a alguien para remendar la valla. Tu madre no es tan afortunada. Sólo tiene un hijo. ¿No te has parado nunca a pensar en cómo es para ella? ¿Lo que debe sufrir? Claro que no. Mañana ya no estarás aquí y no tendrás que preocuparte por ello. Ella se pasará despierta toda la noche, aunque eso a ti no te lo dirá nunca.

—Colum, ya está bien. El pobre ya tiene muchas cosas en la cabeza. No tiene por qué empezar a preocuparse por una vieja que, ya de paso, puede cuidarse sola, muchas gracias.

—Mamá, no puedo quedarme. Lo siento. Mi avión sale de Dulles el lunes por la mañana. Voy a pasar una temporada fuera del país. Quería veros antes de irme. No quería que...

—¡Buera del país! ¿Has oído eso, Colum? Nuestro hijo, corresponsal en el extranjero. Supongo que irás a codearte a Londres, y a París, y que te forjarás un nombre... —Se detuvo en seco, asaltada por un sombrío presentimiento. Se cubrió la boca con una mano trémula—. ¡Oh, Stuart! No me digas que vas a ser uno de esos corresponsales de guerra, ¿a que no? No soportaría imaginarte...

—¡No! Nada de eso —se apresuró a refutar—. Tampoco nada romántico, como Londres o París, me temo. Me voy a Noruega.

—Finalizó la frase con un encogimiento de hombros medio avergonzado.

—¿A Noruega? —espetó Colum, incrédulo—. ¿Qué eso que tienen en Noruega que no puedas encontrar aquí? Bueno, hielo y nieve, me imagino. Pero también eso lo tendremos pronto. Hay que ver, dispuesto a patearse medio mundo con tal de librarse de unas pocas semanas de trabajo duro.

Margaret lo fulminó con la mirada.

—No hagas caso de nada de lo que te diga, Stuart. Se dio un golpe en la cabeza cuando era pequeño, su pobre madre todavía no se lo perdona. Estoy segura de que Noruega es un sitio de lo más recomendable para un periodista joven y prometedor. Te lo vas a pasar de maravilla. En Noruega no están en guerra, ¿verdad?

Stuart se rió y a su madre se le iluminó el rostro. Adoraba el sonido de su risa.

—No señora. Anoche no, por lo menos.

—Pues claro que no están en guerra. —Colum frunció el ceño—. ¿Quién iba a querer pelearse por conquistar un pedrusco de hielo como ése? Luego, ¿qué vas a ver allí? Es un sitio curioso para irte así, de repente.

—Problemas en la familia. Nuestros queridos primos del gran norte congelado. De nuevo.

—*Fenris*. —Colum escupió la palabra como si fuese un insulto—. ¿Qué ha pasado esta vez? No, a ver si lo adivino. Se emborracharon hasta las orejas y atracaron una lonja de pescado, o algo así.

—Bueno, ésa sería una noticia más bien pobre. No, al parecer han constituido una especie de Alto Tribunal de Retribuciones y lo cierto es que amenazan con ejecutar a algunos prisioneros políticos de otras tribus. Un montón de gente se está llevando las

manos a la cabeza por un cachorro de los Hijos de Gaia que tiene la cabeza sobre el tajo del verdugo. Ya sabéis cómo todo lo que concierne a los de Gaia adquiere proporciones de trágico incidente intertribal. Pero corren rumores —dijo Stuart, con la boca llena de tocino—, de que van a llevar a rastras a Arkady ante su tribunal. Si eso es cierto, yo quiero estar allí. Es la historia de nuestra generación.

—¿Arkady? Arkady. Os he oído mencionar antes ese nombre —pensó Margaret en voz alta.

—Este Arkady, es un Colmillo Plateado, ¿no? —inquirió Colum—. Eso no va hacerles ni pizca de gracia a los de sangre azul.

—No es un Colmillo Plateado, es «*el*» Colmillo Plateado. El que no paran de mentar, del que alardean como la culminación de sus pedigríes de siglos de antigüedad. Dicen que la línea de sangre arraigó en él con más fuerza que en docenas de generaciones anteriores, que su pelaje es tan puro como la luz de la luna reflejada en la espuma del mar. Luego están los que llevan insistiendo, desde su nacimiento, en que él es el *elegido*, el que liderará a las tribus frente a la Batalla Final.

—No sé cómo, si los de la Camada le cortan antes la cabeza —dijo Colum.

Stuart parecía dotado de una energía que no le dejaba descansar.

—Tengo que estar allí.

—Hombre, no creo que eso sea algo que puedas imprimir en las páginas de tu periódico —saltó Colum.

—No —admitió Stuart, a regañadientes—. Es... estoy de vacaciones.

—Oh, Stuart. —Margaret se dio media vuelta. Sabía cuándo mentía su hijo, siempre lo había sabido.

—He dejado de trabajar en el periódico —admitió—. Me dijeron que el *Times* de Richmond no necesitaba un corresponsal en suelo noruego en estos momentos. No me extraña. Oye, que no es para tanto. Siempre puedo convencerles de que me devuelvan el empleo cuando haya vuelto. No es como si fuesen a olvidarse de mí ni nada de eso. —Cruzó la estancia y rodeó a su madre con el brazo.

La voz de la mujer, cuando habló, era suave, resignada.

—Pues claro que puedes, tesoro. Tienes un pico de oro. Eso te viene por la rama paterna de... —Se calló de repente y aventuró una mirada preocupada a su esposo.

Colum se había puesto rojo. No se hablaba de la paternidad de Stuart bajo su techo. Había habido una época en la que la mera mención del tema bastaba para sumirlo en una rabia volátil. Mas ya habían transcurrido muchos años desde aquello, cuando Colum aún creía que lo único que podía ayudarle a soportar la afrenta que habían cometido contra él era ahogarla en *bourbon*, mantener la cabeza bajo el espeso chorro de jarabe hasta que dejara de patalear.

Las cosas habían cambiado. El fuego del resentimiento seguía abrasándole las entrañas, pero ahora lo mantenía a raya a fuerza de trabajo, no con alcohol. Le costaba menos ahora que el muchacho había crecido y se había ido de casa, lejos de su vista.

Colum no dijo nada, se limitó a mirar al joven con los ojos encendidos.

Transcurrieron unos instantes eternos. Al cabo, Colum se agitó y dijo:

—En fin, como creo que nadie se ha ocupado de los quehaceres esta mañana, y dado que no es probable que se hagan solos, me vais a tener que disculpar. Ya te bajaré Ellen a la ciudad. Que no se te pase por la cabeza marcharte a hurtadillas antes de que se

levante. A lo mejor ella te lo perdona con el tiempo... eso lo ha heredado de tu madre. Pero yo no. Me alegro de haberte visto, Stuart.

Colum se retiró al porche trasero como una exhalación, sin el sueño ni el desayuno que había venido a buscar. Se marchó incluso sin decirle a Stuart que habían encontrado los cuerpos de la joven pareja. No debían de haberlos arrastrado a más de cuatrocientos metros del siniestro.

Las alimañas todavía no se habían ensañado con los cadáveres, lo cual era una pequeña bendición, como se apresuró a señalar el abuelo Jennings. Colum no estaba tan seguro de ello. Preferiría haberse encontrado con algún gran depredador que le observara por encima de su presa que tener la seguridad de que ningún animal se había llevado los cuerpos hasta allí, y por terreno difícil.

Ni siquiera un enjambre de insectos señalaba el lugar donde la joven pareja había ido a parar. Tampoco aquello era buena señal.

Cuando se acercaron, la vaga sensación de incomodidad que experimentaba Colum se acentuó. Los cuerpos habían sido tendidos con precisión, a propósito. Casi parecían en paz, allí tumbados en el centro del aislado calvero iluminado por la luna, con las pálidas manos cruzadas con pulcritud sobre sus pechos. Unas tenues sonrisas asomaban a las comisuras de sus labios sin sangre, como si la pareja compartiese un último secreto. Sólo una nota discordante desmentía la impresión de una muerte tranquila; ambos durmientes exhibían sendas heridas abiertas en medio de sus frentes. Un único impacto certero entre sus cejas sin fruncir, ajenas a la preocupación. La fuerza de aquellos golpes había roto el hueso frontal como si de una cáscara de huevo se tratase, dejando a su paso un agujero irregular, abierto igual que un ciclópeo ojo rojo sin párpado.

---

«*Tampoco es que al muchacho le importe mucho, el Diablo le confunda*». Colum le propinó un puntapié enfadado al polvo del sendero. Los cordones de sus botas, desatados todavía, oscilaban de un lado para otro mientras caminaba. «*Ni siquiera se ha molestado en preguntar si habíamos encontrado los cuerpos*».



## Capítulo tres



«Tampoco es que al muchacho le importe mucho. El Diablo le confunda».

Si Colum hubiese sabido lo cerca que se encontraba en aquellos momentos de un mal tan antiguo como siniestro, habría contenido su genio. De hecho, es dudoso que hubiese dejado a su familia sola en casa aquella mañana. No, habría girado sobre sus talones y habría asegurado la puerta tras él, para lo que les hubiese servido.

Pero lo cierto era que Colum no tenía forma de saber qué era lo que acechaba a un tiro de piedra, y no se le podía culpar por estar enfadado. Mientras se dirigía hacia el gallinero, obcecado, se percató del oscurecimiento del cielo, de las nubes de tormenta que se agazapaban sobre el horizonte, hinchándose, agrupando sus fuerzas. Tenía que meter a los animales cuanto antes. No le vendría mal una mano, pero antes muerto que regresar y pedirle ayuda de nuevo a aquel gandul. Tenía su orgullo. Tenía trabajo que hacer. Y eso era todo.

No muy lejos del sendero de Colum, al otro lado del patio, en el rincón más alejado de la escalera para pasar la cerca, algo oscuro salía rezumando, siseando, burbujeando, de una antigua grieta en la roca. Desde que consiguiera recordar, llevaban llamando al pedrusco, cubierto de musgo y hendido por un relámpago, Piedra de Toque. El mojón había servido a la familia durante generaciones, señalando el límite de la parcela ancestral desde mucho antes que los ambiciosos y sistemáticos proyectos de cercado de Colum hubiesen convertido al antiguo indicador en nada más que un pintoresco recuerdo de otra época. Quizá su padre se acordara de aquella vez, hacía unos cincuenta años, en que la Piedra de Toque había hablado por última vez.

La tenebrosa esencia que emanaba ahora de la sonrisa mellada de la Piedra de Toque no le prestó atención al hombre con cuello de toro que corría hacia el corral de las gallinas, encogido de hombros para protegerse del inminente aguacero. Le escuchó mascullear algo entre dientes, y pareció que se hinchara. Un dubitativo tentáculo negro tanteó el aire igual que la lengua de una serpiente, antes de que un apéndice aceitoso, negro como los lugares olvidados que yacen bajo las montañas, saliera reptando de la hendidura. La líquida negrura se estiró, obscena. Parecía que no tuviese fin. El sinuoso flujo de ébano no tardó en convertirse en la parodia del curso de un arroyo, y pronto se derramó un torrente de la Piedra de Toque.

Colum ya se había perdido de vista cuando, por fin, la Piedra de Toque hubo terminado de vomitar (con un lametón húmedo y viscoso) el final de la cola de aquel parto monstruoso. Se estremeció, trastabillando de un lado para otro entre los espinosos matojos que cubrían la linde del bosque circundante. La oscuridad se enroscó sobre sí misma, cerrando un puño con torpeza. Resultaba imposible decir si se estaba lamiendo las heridas de su

alumbramiento a través del útero pétreo o si estaba recomponiéndose, tensándose para atacar. Los gruesos anillos de mucosa se entrelazaron y se anudaron entre sí, endureciéndose.

Allí, en el mismísimo corazón de la espiral negra, algo estaba cobrando forma. Una forma tenue, oscura, frágil y humana. Abrió la boca, sediento de oxígeno, para atragantarse con ansiosos tragos de frío aire de la montaña. Ante el sonido de su llanto natalicio (o, para ser más exactos, del llanto de su renacimiento), todos los perros del corral levantaron las cabezas y comenzaron a aullar.

Al escucharlos, Padre de Serpientes se estremeció y guardó silencio, replegando los anillos de su empavesado.

Tiró de él, lo pateó, lo estiró, mas se negaba a cubrirlo. Ya había alcanzado el tamaño de un niño de siete años... lo bastante mayor como para olvidarse de las tareas menores del corral para aprender a trabajar el campo como un hombre. Se quitó la manta de los hombros como si de una piel mal ajustada se tratara y permaneció erecto a la luz incierta de aquella mañana tormentosa. Ahora era un joven de dieciséis años, alcanzada ya toda la altura a la que podía aspirar y, sin embargo, los anillos constrictores de la edad continuaban desprendiéndose de él por todas partes, para apelmazarse en el suelo.

Le propinó una patada desdeñosa a la piel recién mudada y salió del círculo. Un solo paso bastó para liberarlo del charco de icor. Se cubría con la piel de un hombre que ya había visto sus buenos cuarenta años, dotado de un semblante duro, bien perfilado, tostado por el sol. Rala la coronilla.

Le esperaba un día de duro trabajo. Su deber lo impulsaba a adentrarse en el sembrado. Hacía años, quizá décadas, que no se le ocurría estirar unas piernas tanto tiempo olvidadas. Pasear por los pastos, respirar el aire fresco, echar un trago, supervisar sus

tierras. Le hizo sonreír la visión de los atareados seres humanos que se ganaban la vida a la sombra de su montaña.

Había transcurrido demasiado tiempo, pensó, embebiéndose del aire de la montaña. Paladeó los cálidos olores de los animales; ovejas y cabras, cerdos y pollos. Saboreó el primer atisbo de humedad de la inminente tormenta. Enroscó la lengua alrededor del delicado aroma del afán humano, del sudor, de la ansiedad, de la pobreza, del sacrificio y del mudo sufrimiento. Era sublime.

No se regodeaba en la desgracia de los demás. Eso sería descortés. Pero tenía un trabajo que hacer y se le daba bien. Nadie lo superaba, a decir verdad, y no le daba vergüenza reconocerlo. Y si vanagloriarse del trabajo bien hecho era un pecado, en fin, habría que añadirlo a su lista de defectos. A esas alturas, ya tenía una carpeta llena.

Se encontraba cerca. Aunque hacía muchos años que no tomaba ese camino, comenzaba a recordarlo todo. El peñasco partido por la mitad aparecería a la derecha tras doblar el siguiente recodo y, más allá de él, el primer glorioso atisbo del valle. Allí.

Los lugareños, por su parte, tendían a evitar aquella sección inaccesible de los Apalaches. Las mujeres mayores, que algo debían de saber, llamaban a aquel lugar las Cuarenta del Diablo. Pero no eran las ancianas ni los sucios granjeros los que lo habían traído hasta allí. Ante sus ojos flotaba la vivida imagen de una jovencita, de tez más pálida que la luna y cabello más negro que la noche. Una melodía familiar comenzó a sonar en lo hondo de su mente.



Dierdre escuchó el silbido que procedía del campo, a lo lejos. Conocía la tonada, aunque hacía casi cincuenta años desde que la escuchara por última vez. Permaneció sentada durante un buen rato, inmóvil, atenta, a sabiendas de lo que iba a ocurrir a continuación. Al cabo, se estremeció como si despertara de un largo sueño.

—Vamos a ver, Eileen —dijo, soltando a la oveja negra. Recogió las tijeras de esquilar y el vellón que se había caído, convirtiendo su delantal en un cesto—. No me vengas con esas ahora. No es más que el dueño de la hacienda, quién va a ser, que vuelve a casa después de todos estos años. Bajemos a la entrada del seto, a ver qué está haciendo el abuelo.

La estaba esperando. Apoyado contra la puerta, mordisqueando una brizna de paja, ridícula de tan larga. Tanteando la brisa igual que la lengua de una serpiente. Se quitó el flácido sombrero y lo sostuvo sobre su corazón. Sonrió.

Señor, cómo odiaba aquella sonrisa.

Seguía siendo tal y como él la recordaba. Se quedó allí, radiante a la media luz del crepúsculo, más oscura y a la vez más brillante que todo lo que la rodeaba. Que toda la luz de la luna y toda la noche. «¿Cuánto hacía?», descubrió que se preguntaba.

—Cincuenta años o más desde que te plantaras ante mi umbral —repuso ella a aquel pensamiento, perfectamente audible—. No me habría importado si hubiesen pasado otros cincuenta, ya que me lo preguntas.

—No has envejecido ni un sólo día —dijo él, con un siseo sin aliento. Era la pura verdad. Sus palabras no ocultaban ningún halago.

—Eso no me da ningún miedo, bien lo sabes. A ver, dime, Viejo Wyrn, ¿qué te impulsa a pisotearme el sembrado y a armar tanto

alboroto como para espantar a las ovejas? Tienes suerte de que no te tomara por una manada de matones y te soltara a los perros.

Sabía que él le tenía manía a los perros.

—He venido, querida —ignoró la indirecta, su sonrisa se atenuó—, para silbarle a una bruja.

La mujer le volvió la espalda y comenzó a desandar sus pasos, furiosa, con los hombros erguidos como si estuviera retándole a intentar detenerla.

Observó a la figura que se alejaba hasta que no fue más que una mota oscura en medio de la nube de polvo que levantaban sus pies.

Estaba esperándola allí, de espaldas a la casa, apoyado en la barandilla del porche. Con el mismo estúpido trozo de paja. La misma estúpida sonrisa.

—Tengo un trabajo especial para ti —dijo, mientras se acercaba la mujer—. Delicado. Necesita un toque femenino.

Dierdre continuó acercándose, la cabeza algo gacha, los ojos fijos. Se encontraba tan sólo a diez pasos, y seguía avanzando. No demostraba intenciones de detenerse ni de aminorar la marcha. Era una fuerza de la naturaleza, una tormenta en la cima de una montaña. Si se le ofreciera la oportunidad, lo arrollaría y aplastaría sus restos bajo sus suelas. Cinco pasos.

—Te he traído una cosa.

Aquello la detuvo en seco. Se recuperó enseguida, tanto que la mayoría de los hombres ni siquiera se habrían percatado de su vacilación. Él no era como la mayoría de los hombres. Furiosa, cubrió los tres peldaños que la separaban de la puerta, donde cada pisada atronó contra las tablas.

Fue hacia él como una flecha y se inclinó tanto que sus rostros casi se tocaron. Ella olía a lana cálida y a leche fresca, a vida y a

crecimiento. El Padre de las Serpientes aspiró su perfume, con los ojos entornados.

—No quiero nada de ti. —Su tono era tan afilado como las tijeras de esquilar—. Sólo lo que me pertenece por derecho. ¶ que me quitaste!

Exhaló un suspiro, esforzándose por conservar su adoración embelesada frente a aquel desdeñoso desplante.

—Lo que tú entregaste por voluntad propia —repuso, con paciencia—. Es un regalo que atesoro. Lo llevo siempre cerca de mi corazón.

Se zafó con estilo de la salvaje acometida de la mujer, con un movimiento tan súbito y fluido como el de un áspid.

—Salvo, claro está —apostilló, mientras Dierdre pasaba zumbando junto a él—, cuando planeo dejarme caer de visita. No hay forma de saber hasta qué punto estaría dispuesta a llegar una moza tan emprendedora como tú con tal de recuperar un tesoro de esas características. Sí, incluso la serpiente más vieja y astuta podría llegar a verse en serios apuros.

Restauró la compostura lo mejor que pudo, se enderezó con aire regio, alisándose las arrugas del vestido. Un mechón de cabello rebelde cosquilleó en la comisura de sus labios y resopló, irritada, sin efecto visible. Con el ceño fruncido, lo recogió detrás de una oreja.

—Sea lo que sea para lo que has venido —dijo, con voz templada—, no quiero tener nada que ver.

—Venga —repuso, con una sonrisa conciliadora—. Sé una chica sensata y escucha al menos lo que te ofrezco.

—Ya estoy harta de tus obsequios, gracias. Tengo más...

—¿De los que podrías gastar en toda una vida? —interrumpió. Dierdre se mordió la lengua, silenciando la réplica que asomaba a sus labios, ofuscada—. Va, no sigamos discutiendo. Pero si es una

minucia lo que te voy a pedir, y he venido mentalizado para que te aproveches de mí en el regateo. Sé que te encantan nuestras pequeñas transacciones. ¿Sí? Chica lista. A veces me recuerdas a mi adorada hija.

—Te escucho. Tienes cinco minutos. Luego, te echaré los perros. —Cruzó los brazos sobre el busto.

—Lo cierto es que casi me da vergüenza, en serio, es una bagatela...

Dierdre puso los ojos en blanco.

—Me encargaría yo mismo si no tuviera tantos compromisos, pero ya sabes cómo son estas cosas. Llevo semanas de retraso y ya sabes lo difícil que resulta encontrar ayuda eficaz en estos asuntos. Me explico, si esta gente fuera de confianza, para empezar, no llamarían a la puerta de mi despacho, ¿no crees?

—Cuatro minutos.

Sacó un espléndido reloj de bolsillo de oro rojo, abrió la tapa y escrutó la esfera con semblante escéptico.

—Cuatro y medio, diría yo.

—Estás desbarrando. Y eres un mentiroso deplorable. Multa de treinta segundos.

Compuso un gesto dolido mientras guardaba el reloj.

—Hay quien diría que soy el mismísimo príncipe de... bah, qué más da. Para que me digas que además soy un fanfarrón deplorable. Y seguro que eso iba a costarme un minuto entero de recargo, como si lo supiera. Verás, el trabajo es bien sencillo. Incluso una jovencita podría hacerlo.

Dierdre se encogió de hombros.

—Pues búscate a una jovencita. Yo tengo otros asuntos que atender. Muchas gracias por la visita. Tenemos que volver a repetir. A lo mejor dentro de otros cincuenta años, o así. —Se llevó dos dedos a los labios para llamar a los perros.



—Ah, ah. —Le cogió la mano y, acariciándola con tanto mimo como si de un pajarillo asustado se tratara, la bajó de nuevo a su costado—. Me prometiste otros tres minutos de tu encantadora compañía.

—Uno. Y contando.

—Iré al grano. Lo único que necesito —dijo, extendiendo las manos vueltas hacia arriba, implorando—, es que alguien me guarde una historia de nada. Ale, ¿acaso es tanto pedir?

—¿Dónde está el truco?

Cerró el puño sobre el corazón, como si lo hubieran herido de muerte.

—¿Qué truco? No hay ningún truco. Se me ha confiado un relato. Este tipo de cosas suelen ocurrir. En mi papel de Señor de las Serpientes, tengo ciertas responsabilidades. La mayor parte no son agradables... alguna que otra fiesta en el jardín, ya sabes. Pero mi gente se pasa un montón de tiempo con la oreja pegada al suelo. Oyen cosas. No puedo evitarlo. En ocasiones, oyen algo que probablemente no deberían, algo que no debería ser del dominio público. Tú eres una muchacha discreta, ya sabes de lo que te hablo...

Dierdre tamborileó con un pie. El hombre se apresuró.

—Querría cerciorarme de que esta historia no cae en las manos equivocadas. Pensé en ti de inmediato, claro está... como tantas otras veces. Eres una joven con tantos recursos, y éste es un favor tan insignificante...

—Cuéntame la historia, y luego ya veremos.

—Prométemelo antes. —Sonrió—. Que la mantendrás a salvo por mí.

—Nada de promesas. Cuando haya escuchado tu relato, sabré quién estará dispuesto a matarme para conseguirlo.

—¿Por qué clase de amigo me tomas? —exclamó, indignado—. Jamás te pondría en peligro, a sabiendas. ¡Antes muerto!

—Ya, pero los dos sabemos que eso no es probable que ocurra, ¿a que no? Así que deja de poner caras largas y cuéntame la historia.

—No puedo contártela.

—Entonces, no puedo ayudarte. Además, se acabó el minuto.

—No puedo contártela —añadió, atropellado—, porque no me la he aprendido de memoria. —Se disculpó con un encogimiento de hombros—. Es una historia muy larga.

—No te creo. Mira, a veces me extraña que consigas hacer algo a derechas. ¿La has escrito?

—Sí. —Se apoyó primero en un pie y luego en el otro, incómodo.

—Sí, *pero...*

—Sí, pero no está aquí.

—Vale, voy a seguirte la corriente. Te lo voy a preguntar, pero sólo porque tengo la sospecha de que te vas a quedar en mi porche día y noche, sonriendo como un idiota, hasta que me lo digas. Así que, ¿dónde está?

—Está escrita debajo de una montaña.

—Entiendo —dijo, aunque no era cierto—. Esta historia, ¿la has visto con tus propios ojos?

—No se puede decir que lo haya hecho, la verdad. Ya te lo he explicado, me lo contó una serpiente.

—¿Una serpiente? Basta, no importa. No quiero saberlo. Así que esta serpiente te contó la historia, lo que ocurre es que no te acuerdas de todo.

—Más que contarme la historia, me habló de ella.

—No tienes ni idea de lo que cuenta la historia. —No era una pregunta, sino una acusación. Su exasperación comenzaba a hacerse visible.

—Este Wyrn... —comenzó, antes de rectificar—, esta serpiente, hizo hincapié en que ese relato era trascendental para mi pueblo, y en que resultaba de vital importancia que se mantuviera a buen recaudo. Si cayera en las manos equivocadas...

—¿Sí? ¿Qué pasaría si cayera en las manos equivocadas?

—Pues, que podrían utilizarla para herir a mis hijas. Entre otros —añadió, con una sonrisa—. No pienso permitir que nadie amenace a mis hijas.

—¿Te refieres a las serpientes?

—Desde luego —contestó el Padre de las Serpientes—. Así pues, ¿lo harás? —Su voz era ansiosa.

—No sé. No se puede decir que me ilusione la idea de arrastrarme bajo una montaña para ayudar a proteger a un puñado de culebras que lo más probable es que me piquen sin pensárselo siquiera.

—Te mirarán, como hago yo —protestó—. ☐Te convertirían en su reina!

—Tú nunca me has «convertido en tu reina».

—Para mí eres más valiosa que ninguna reina.

—No es lo mismo, y tú lo sabes. Además, tampoco le veo la gracia a ser la reina de las serpientes. Seguro que a continuación me concedes el honor de ser la reina de las alimañas.

Pese a las mofas de la mujer, sabía que ya era suya.

—Ve a ese lugar lejano, adéntrate en las sombras de la montaña, en cuyo corazón está inscrita la historia. Dejarás de ocultar tu nombre. Los hombres te reconocerán por lo que eres y desfallecerán ante tu inmensa belleza.

—Ya. Y a lo mejor me llevo los obsequios que me he ganado cuidando de tu hacienda durante estos cincuenta años: Dominio de los Seres Vivos, Elenco de Serpientes, Juventud sin Fin.

—Hecho —se apresuró a decir—. Te sentaré en un trono de ónice y te daré la llave de un gran reino. Te enviaré al príncipe más resplandeciente que se haya visto en docenas de generaciones, pero tendrás que amamantar serpientes.

Aquello la cogió por sorpresa, pero la bruja se limitó a bizquear con fuerza antes de inclinar la balanza del regateo a su favor.

—Cuando haya guardado tu historia durante un año y un día, me devolverás lo que me robaste. Mi pequeño guardapelo y el tesoro que has encerrado en su interior.

—Tener alma es un fastidio y una vergüenza —reflexionó—. La verdad, no consigo entender qué es lo que le ve todo el mundo. Tengo tantos cajones llenos de esas condenadas cosas que no se puede ni caminar por el palacio, pero todavía no les he encontrado ninguna utilidad.

—Correré ese riesgo.

—Además, el alma es tan voluble. Sabrás que no es compatible con los otros regalos que te he hecho a lo largo de los años. Dominio de los Seres Vivos, Elenco de Serpientes, Juventud sin Fin...

—Renunciaré a ellos.

Enarcó una ceja.

—¿Quieres volver a ser lo que eras antes? ¿Una joven ambiciosa como tú? Me cuesta creerlo.

—¿Trato hecho o no?

Padre de Serpientes se limitó a sonreír.

—¿Cuándo te he negado nada? Que sea como tú dices.

Sin pedir permiso siquiera, dio media vuelta y caminó a paso largo hasta entrar en la casa por la puerta principal. Ella permaneció allí, con las manos en las caderas y la boca abierta ante su audacia.

La casa olía a leña quemada, a carne asada, a galletas en el horno. Olores que hacía cincuenta años que no saboreaba.

—Ahora, sé buena chica —gritó, por encima del hombro—, y tráeme esa preciosa lana negra que has trasquilado hoy. Cárdala como tú sabes e hilváname un buen ovillo. No te entretengas, que tienes que partir esta misma noche.

Dierdre apretó los dientes. No se explicaba cómo podía saber que se había pasado la mañana trasquilando, pero hizo lo que le pedía. Sí que era una joven ambiciosa. Se obligó a concentrarse en el tesoro de incalculable valor que la estaría esperando al cabo de un año. Incluso podría soportar sus desagradables visitas durante tan breve período de tiempo. Mientras iba en busca de los peines de cardado, comenzó a silbar para sí.

## Capítulo cuatro



Los puentes lunares cantaban en la cima de la Colina de las Lamentaciones. Era un sonido vivaz, vibrante. La música no procedía de los puentes en sí; éstos eran su vehículo. La canción resonaba a lo largo de ellos, transportando la variedad de formas y la maravilla de los sonidos de tierras lejanas al clan de la Forja del Klaive.

Stuart escuchaba, embelesado, intentando distinguir las notas individuales. Se preguntó cuándo se había escuchado por última vez en aquel túmulo inmerso en el hielo la serenata de las cigarras, las pisadas de garras con escamas sobre arenas del desierto, la risa del agua al derramarse sobre piedras tostadas por el sol, el murmullo de la lluvia que se filtra por el dosel de la selva tropical.

Ahora, la noche cobraba vida con todos aquellos sonidos distantes, entretejidos sin mácula en la sinfonía de fondo, más familiar: el golpeteo del Martillazo inundado de hielo, el lastimero aullido de los tímpanos de hielo al deslizarse, el susurro de un viento oscuro entre los pinos.

Incluso los huesos de Stuart parecían vibrar con aquella música incesante. El sonido de los acontecimientos.

El cielo refulgía con la luz de una docena de lunas. Agudas aristas de luz argenta surcaban el firmamento. Era como si cada resplandeciente senda lunar emanara de la cúspide de la colina, como si pudiera atrapar a cualquiera de aquella docena de orbes lunares entre sus fauces. Una fanfarria de luces ante la que palidecería la aurora boreal pincelaba el cielo nocturno, profiriendo su triunfal aullido de negación de las vastas e impersonales distancias interestelares. Atrayéndolos a todos a un mismo lugar, llamándolos a casa.

Mas no era el juego de luces lo que cautivaba su atención, sino la canción. Los puentes lunares cantaban, no para los oídos, sino para algo más primario que habitaba dentro de todo Garou. La música despertaba ecos en el interior de las cámaras secretas del corazón; silbaba en el tuétano de sus huesos; se aferraba al espíritu igual que coge el vendaval una hoja en otoño, propulsándolo en espiral hacia el cielo.

La canción apelaba a la faceta mística de los Garou, la cortejaba, la tentaba. Era una invocación, una invitación a correr, a saltar, a bailar. Los que se abandonaban a la comunión de aquella canción danzaban entre los mundos, literalmente. Recorrían senderos en la Umbra, salvando así las vastas distancias entre túmulos en una sola noche.

Stuart salió del puente lunar, a la cima de la Colina de las Lamentaciones. Creyó que todavía podía distinguir a duras penas el perfil del orgulloso barco vikingo del Antiguo Jarl que yacía enterado bajo la loma. Cerró los ojos e inhaló una bocanada profunda, paladeándola. Sí, no le costaba imaginar que podía sentir el suave balanceo bajo sus pies.

Al verlo, el viejo gnomo salió de debajo de los puentes, acercándose a él, exhibiendo una sonrisa mellada. Stuart se quedó donde estaba, observando nervioso las cuatro corpulentas formas lupinas que rodeaban al hombrecillo encorvado. Por suerte, ni rompieron filas ni se molestaron en mirar en su dirección. Todos ellos ostentaban la pesada forma del lobo feroz. Tenían las cabezas echadas hacia atrás, como si fuesen a proferir un aullido desgarrador, pero el único sonido que escapaba de sus gargantas era la canción multiforme de los puentes lunares.

El hombrecillo encorvado azuzó a Stuart atizándole en el hombro con un palo aún más retorcido que él.

—Qué pena de juventud malgastada en los jóvenes —grajeó—. Te queda apenas una hora de luna y no hay un trozo de techo en todo el clan bajo el que te puedas tumbar. De todos modos, los cachorros se amontonan de tres en tres.

—Gracias, maestro de ceremonias —dijo Stuart—. Ha sido un viaje glorioso. ¿Cómo suena la canción de los puentes esta noche! Sólo por eso ya ha valido la pena venir hasta aquí, aunque tenga que pasar el resto de la noche tirado en la nieve.

El hombrecillo encorvado rechinó los dientes; el sonido recordaba al de un cuchillo que se afilara. Stuart lo tomó como una muestra de aprobación, si bien era cierto que era dado a hacerse ilusiones.

—Llegado el caso, siempre hay suelo seco entre las agujas de los pinos. La linde del bosque queda dentro de los límites del poblado. Allí se está tan seco y a salvo como en cualquier salón.

—De nuevo, os doy las gracias. Ya veo que se ha congregado toda una multitud. —Stuart tomó nota de las luces de las antorchas y de las voces que se elevaban desde los edificios de abajo. Y de las reyertas de formas inmensas en la plaza principal. Y del



ajetreo de incontables sombras tras la línea de árboles—. ¿Por dónde empezar? —se preguntó, en voz alta.

El palo lo amonestó con dureza dos veces en el hombro, antes de señalar a lo lejos, hacia abajo, hacia el edificio que se erigía en el ojo de aquel huracán de actividad.

—La Casa del Vuelo de Lanza —informó el maestro de ceremonias—. Allí encontrarás a la Jarlsdottir. Procura mostrarte respetuoso y no decir impertinencias. La banda de guerra está borracha. —Como si aquello lo explicara todo.

—Eso pienso hacer. Gracias por el aviso. ¿Queréis que les pida que os suban alguna cosa?

El maestro de ceremonias extendió los brazos, en un gesto que parecía abarcar toda la Colina de las Lamentaciones, la luz de luna reflejada en el tímpano de hielo, el deslumbrante espectáculo de los puentes lunares, la plenitud de la canción, la inmensidad del firmamento nocturno.

Era un gesto que decía a las claras «*¿Qué más podría querer?*». O, quizá, para ser más exactos, «*¿Qué más se puede ofrecer?*».

Stuart esbozó una sonrisa e inclinó la cabeza a modo de despedida. Con la canción del mundo a su espalda, encaminó sus pasos hacia la Casa del Vuelo de Lanza.

## Capítulo cinco



Stuart abrió la puerta de la Casa del Vuelo de Lanza con el hombro. Ofrecía resistencia, como si el peso de la algarabía de sensaciones encerradas allí dentro la empujaran contra él. Cuando hubo abierto la puerta, sus sentidos se vieron bombardeados de inmediato por el resplandor del fuego rugiente, por la presión de las sobrecogedoras figuras, por el tufo animal a sudor, el aroma que desprendía el cerdo asado, el hedor de la cerveza derramada. Se produjo una conmoción de cerdos y gallinas entre sus pies; a su alrededor bramaban baladronadas y contiendas. Le pareció oír el chasquido musical de un hacha de guerra al clavarse en el duramen.

Era demasiado para asimilarlo de golpe. Cualquier otro se habría quedado en el umbral hasta que aquel caos de carne y tejidos comenzara a cobrar algún tipo de sentido. Hasta que las oscilantes mareas de luz, sombra y clamor hubiesen recuperado sus formas individuales y mejor definidas. Stuart no era ningún pazguato. Le gustaban las aglomeraciones de gente, su latido, su

impulso, su carácter íntimo y anónimo. Esbozó una sonrisa y se adentró a ciegas en la masa de cuerpos.

Las multitudes tenían algo de especial, sus distintos niveles, su potencial. Un rostro que navegara hacia él en medio de la tempestad podría pertenecer a cualquiera: a un compañero, a una amante, a un rival, a un profeta, a una víctima, a un cadáver. O quizá a todos a la vez. Era una mera cuestión de perspectiva y de tiempo. A la larga, todo el mundo disfrutaba al menos de una oportunidad para probarse todas las máscaras. Todo era posible. Era el lugar donde se venían abajo las barreras que separaban a las personas.

Se dejó arrastrar por la corriente de aquel mar de cuerpos. Al cabo, fue arrojado a la orilla, sobre un banco de madera de tosca manufactura. La montaña de comida y bebida que se apilaba encima de la mesa adyacente se le antojó sumamente apetitosa. Aquel puesto privilegiado le ofrecía la ventaja añadida de una buena panorámica del altercado que se fraguaba en la vecindad de la alta mesa.

Un enorme guerrero Fenris, con las espaldas tan anchas como las faldas de una montaña, se erguía ante la delegación, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos encendidos. En una mano aferraba un estandarte de batalla recién salpicado de sangre. Su repentina aparición había causado toda una conmoción en la sala. La multitud se apartaba por instinto ante él, no tanto a causa de su obvio aire de superioridad como por el peligroso fuego que ardía justo bajo su piel.

Stuart le dio un toque al codo de su vecino para conseguir su atención, y a punto estuvo de conseguir que volcara la copa que estaba llevándose a los labios.

—¿Ése quién es?

—Oye, ten cuidado! Maldito atontado. —Posó la copa de golpe e intentó incorporarse, pero lo cierto era que no había espacio suficiente para maniobrar sin poner la mesa patas arriba.

Stuart atrajo hacia sí el aguamanil más próximo y repitió la pregunta, esta vez más alto.

—Perdona. Decía que quién ese ése. En el que está delante de la alta mesa. El de la bandera llena de sangre.

Su vecino miró donde apuntaban los ojos de Stuart, antes de soltar un gruñido y volver a sentarse. Retuvo el semblante torvo durante un rato, hasta que decidió aceptar la escancia que le ofrecía Stuart.

—Es el Guardián. Brand Garmson. Sabrás quién es el Guardián.

Stuart permaneció impávido.

—El otro, el que tiene cogido del gaznate, ése es su compañero de manada, Jorn Roe Acero. Yo diría que tiene pinta de haberse producido algún altercado en el perímetro.

Stuart le dio las gracias, pero las palabras quedaron ahogadas por el vozarrón del Guardián:

—Diles lo mismo que a mí. —Garmson empujó al joven Garou hacia delante.

Jorn se recuperó en la medida de lo posible e hincó una rodilla en el suelo ante el Alto Parlamento.

—Llegó una partida al perímetro poco antes del amanecer, Jarlsdottir —comenzó, vacilante—. Bajo bandera de tregua. Afirmaron tratarse de una delegación de Lord Arkady.

Al escuchar aquel nombre, un murmullo recorrió el salón.

Stuart estudió a la joven sentada en el Alto Parlamento. A la que Jorn se había referido como Jarlsdottir. Su primera impresión fue que parecía muy joven para haber alcanzado un puesto de tanta autoridad entre aquellos veteranos curtidos. No

debía de tener más de veinticinco años. Cuando la vio salir al frente y poner de pie a Jorn con ambas manos, se percató de la gratitud y la admiración sin reservas que brillaban en los ojos del joven guerrero. Estaba dispuesto a obedecer las ariscas órdenes del Guardián sin pensárselo dos veces, a saltar hacia la muerte con las garras extendidas; pero daría su vida por la Jarlsdottir sin necesidad de que se lo pidieran.

La voz de Karin atajó el clamor. Carecía de cualquier atisbo de suavidad.

—¿Bandera de tregua? No estamos en guerra con la Casa de la Luna Creciente. Aquí tenemos a un pariente de Arkady, Victor Svorenko, sentado a la misma mesa que nosotros. —La expresión de la Jarlsdottir se tornó suspicaz—. ¿Dónde se encuentra esta delegación, Jorn Roe Acero? ¿Por qué no los has traído ante nosotros?

Jorn se revolvió incómodo ante su escrutinio.

—El trío no pertenecía a la Casa de la Luna Creciente, Jarlsdottir. Eran Danzantes de la Espiral Negra.

El salón se inundó de gritos y acusaciones.

—¡La mancha del Wyrn! Una lacra para toda su Casa.

—¿Qué más pruebas hacen falta?

—¿Acaso no doblégó al Wyrn del Trueno? Su propio pariente lo ha admitido.

—¡Los Danzantes le sirven de recaderos!

Karin golpeó tres veces el suelo con el mango de su gran martillo de plata antes de que se restaurara el orden en la sala. Aún se oían voces airadas aquí y allá.

Stuart asistía al pandemio que se desarrollaba ante sus ojos con aire de paciente frialdad. Había sido testigo de escenas parecidas entre su propio pueblo, repetidas hasta la saciedad. En alguna ocasión, había llegado incluso a participar en el fomento de

esos levantamientos. Su tribu, los Fianna, se habían forjado cierta reputación de ardientes y apasionados, de aficionados a las palabras hirientes y a las bebidas más fuertes, de pendencieros dados a los retos que, de forma invariable, resultaban de tan volátil combinación.

En cierto modo, esa infame reputación le resultaba comprensible. Lo cierto era que esa minoría alborotadora era bastante llamativa y tendía a dejar un recuerdo duradero entre los espectadores, inocentes o de otro tipo. Mas por cada nacionalista irlandés marrullero y borrachín que se contara entre sus filas, había al menos una docena de otros cuyas pasiones eran igual de fervientes, aunque preferían demostrarlas a través de exhibiciones menos obvias. Por cada historia que entonaran los Galliard de la tribu (los bardos más excepcionales que pudieran encontrarse entre los Garou) acerca de un joven y aguerrido cuatrero, existía una miríada de otro tipo de relatos. Narraciones que describían pasiones más templadas. De amores lejanos y aciagos; de los fantasmas del fracaso o de la gloria de antaño; del cariño de la familia y la parentela, aun cuando a veces pudiera acarrear la ruina sobre uno.

El saber popular de los Fianna estaba cuajado de relatos ambientados en tribunales y en tierras de ensueño, de poetas y de diablos, de juegos de naipes y conversaciones de alcoba, de llamadas del deber e ídolos ensangrentados, de hombres cuyo ingenio rivalizaba con el de los espíritus y de niños condenados al suplicio por haber nacido con dos lenguas. De príncipes y exilios; de guerreros y santones ermitaños; y de princesas guerreras exiliadas venidas a ermitañas santificadas. Y sí, incluso de los orgullosos saqueadores dueños de los siete mares que se apretujaban en torno a él esa noche, recordándole las laberínticas pasiones de su propio pueblo.

—Lo que exige esta situación es mantener la cabeza fría. —La voz de la Jarlsdottir interrumpió la introspección de Stuart—. ¿Ofreció dicha delegación prueba alguna de representar a Arkady? Suele mediar un abismo entre lo que dice un Danzante y la verdad.

Jorn caviló por un momento.

—No —admitió—. Aunque el portavoz afirmó ser pariente de Lord Arkady. Dijo que se llamaba Cuchillo entre los Huesos.

A escasa distancia de Stuart, en la misma mesa, Victor Svorenko se puso en pie de un salto y descargó ambas manos sobre la mesa, con la violencia suficiente como para que tintinearán los cubiertos.

—**N**o pienso consentir que se calumnie a mi Casa en mi presencia! Vine aquí de buena fe, para contar la verdad tal y como la había visto. Los que me escuchasteis anoche cuando narré la muerte de Arne Ruina del Wyrn sabéis que no adorno los hechos, aun cuando pudiera perjudicar a uno de los míos. La Casa de la Luna Creciente es la más egregia de todas las líneas nobles de los Colmillos Plateados. Esto es algo indiscutible y exhaustivamente documentado. Afirmar que Lord Arkady es pariente de... Es inimaginable. **R**etira tus palabras, o prepárate a defenderlas con la fuerza de tu brazo!

Jorn realizó una leve reverencia en dirección al acalorado Colmillo Plateado.

—Tergiversáis mis palabras, primo. Me he limitado a repetir lo que dijo el Danzante, tal y como se me ha pedido. Yo no me sumo a esta acusación. Quizás os agrade saber que el Guardián ya ha reparado esta afrenta cometida contra vos.

El cuello al descubierto pareció apaciguar a Victor más que las palabras, escogidas con sumo cuidado.

—Acepto vuestra retractación. Haz el favor de relatarnos sólo las palabras exactas de Cuchillo entre los Huesos, a fin de evitar-nos posteriores confusiones de este tipo.

—Daré cuenta de ellas con tanta fidelidad como me sea posible —repuso Jorn, antes de proceder a narrar en gran detalle la peculiar conversación. Cuando llegó a la parte en la que se mencionaba que Arkady se había visto «detenido», el clamor se alzó de nuevo, apagando su voz.

—Esto es una patraña —gritó Victor—. Está claro que Arkady ha caído en las garras de los Danzantes. ¿Por qué si no iba a faltar a su cita?

—¿Porque tiene miedo de enfrentarse a nosotros!

—¿Quién ha dicho eso? —retó Victor, enrojecido el rostro—. Lo que tenemos que hacer es organizar una partida para seguir el rastro de estos engendros del Wyrn hasta su guarida. Si Arkady ha sido capturado...

Karin volvió a descargar un martillazo.

—Estoy segura de que el Guardián ya ha lanzado a los mejores rastreadores en su captura. —Al recorrer la estancia con la mirada, no obstante, vio que Thijs y los otros se encontraban presentes. El Guardián se estaba comportando de un modo muy extraño desde hacía semanas, pensó. La sombra de la muerte cabalgaba sobre él, implacable, espoleándolo con la fusta de la venganza. Antes de que nadie pudiera hacer comentario alguno acerca de aquel desliz, Karin continuó—: Si Arkady no puede asistir, nos veremos obligados a pronunciar sentencia en su ausencia. Ya hemos escuchado el testimonio de Victor Svorenko, pariente de Arkady, donde nos narraba cómo éste doblegó al Wyrn del Trueno y la bestia lo obedeció como a su amo. Hemos escuchado la historia de la Corona de Plata y de cómo Arkady conspiró con los servidores del Wyrn para usurpar el trono de Jacob



Muerte de la Mañana. Sabemos que se vio obligado a abandonar los Estados Unidos en circunstancias sospechosas y que esta nube sombría lo siguió hasta Rusia. Hasta este momento, no se ha alzado ni una sola voz, de ninguna de las doce tribus, para hablar en su defensa.

Se produjo un largo silencio en la sala. Stuart paseó la mirada por el mar de rostros compungidos. Nadie osó siquiera mirar en dirección a la Jarlsdottir, mucho menos ponerse en pie para aceptar su reto. ¿Tan bajo había caído el poderoso señor de los Colmillos Plateados que no había nadie entre tan inmensa congregación que quisiera hablar en su favor?

El silencio perduraba y Stuart podía sentir cómo crecían en su interior la ira y la indignación. Estaban hablando de *Arkady*, del héroe que había sido proclamado como la mayor esperanza de la Nación Garou. El rey que habría de unir a las tribus fraccionadas bajo un solo estandarte y conducir la batalla a las mismísimas fauces del Wyrn!

Antes de percatarse siquiera de que estaba moviéndose, ya se había puesto en pie. Cuando los ojos se volvieron hacia él, alisó la pechera de su traje arrugado. Ya era demasiado tarde para echarse atrás. El colgante dorado con cabeza de lobo que llevaba al cuello parecía demasiado apretado de repente, como si estuviera estrangulándolo, clavándole los dientes en el cuello.

Carraspeó con fuerza y comenzó a hablar. Su voz no era alta, pero sus palabras llegaban hasta los confines de la sala y más allá. Se filtraban como la luz de las llamas por las rendijas bajo las puertas y las ventanas. Se vertían sobre los achispados celebrantes que trastabillaban por el Aeld Baile. Se escurrían como sombras entre la línea de árboles y patinaban sobre el témpano de hielo. Su leve, aunque inconfundible, acento de los Apalaches sonaba alienígena, casi exótico, en los dominios del viento del norte.

—Así que ni una sola voz, ¿eh? Ni una sola. En fin, no cuesta adivinar para dónde sopla el viento dentro de esta sala. He recorrido una enorme distancia con la esperanza de encontrar alguna respuesta, pero me he dado cuenta de que nadie plantea siquiera las preguntas adecuadas. A pesar de todo, no puedo quedarme sentado y ver cómo se condena a un hombre sin que nadie diga algo en su defensa. Me llamo Stuart; me llaman Camina tras la Verdad. Ahora bien, ni siquiera conozco a este tal Arkady en persona, pero sí las historias. Cuando oí que Arkady había doblegado al Wyrn del Trueno sólo con la palabra, me vino a la mente el antiguo proverbio que reza que cuando el techo y el suelo no se llevan bien, las paredes se derrumban. No se exorcizan demonios por el poder del demonio y no sojuzga a los esclavos del Wyrn por el poder del Wyrn. Eso lo pone en algún libro, o algo parecido. Si recuerdo bien la historia, Arkady no fue desterrado tras el asunto de la Corona de Plata. De hecho, si ya hubiese sufrido la censura pertinente por su implicación en tal acontecimiento, no haría falta que nos sentásemos a juzgarlo en estos momentos. No, si Albrecht pensaba juzgar a Arkady, ya lo habría hecho. Allí mismo, en aquel preciso instante. Al fin y al cabo, un puñado de historias no es prueba suficiente con la que culpar a un hombre sin ni siquiera escuchar lo que él tiene que decir.

El silencio se adueñó del salón, roto tan sólo por el murmullo del martillo de plata de la Jarlsdottir cuando se incorporó. Una nota de tristeza y decepción teñía su voz. Aquel era su pueblo. La habían fallado mucho más de lo que habían afrentado a Stuart, con la dureza de sus corazones, con sus cuentas de sangre que saldar.

—Nuestras historias son nuestro pasado, Stuart Camina tras la Verdad. Como portavoz de la ley, confío en las canciones y en los relatos de nuestro pueblo. Dado que Arkady no se ha presentado,

tendrá que ser juzgado por lo que se cuenta y se canta de él; no sólo por nosotros, sino por todos los que vengan detrás. Su reputación y su renombre deben ser su defensa. Te honra el que estés dispuesto a hablar en su favor, siendo como es un desconocido para ti. Ojalá hubiera más voces dispuestas a ensalzarlo y menos a condenarlo.

Se oyeron murmullos de asentimiento por toda la sala. Karin carraspeó y alzó la voz para que pudieran escucharla todos los asistentes.

—Hablo en nombre de los Fenris. La tribu ha dictaminado que Lord Arkady, de la Casa de la Luna Creciente, ha comulgado con el Wym y es cómplice de la muerte de nuestro hermano de leche Arne Ruina del Wym. A partir de esta noche en adelante será un paria. No se le volverán a abrir nuestros salones, ni deberá ofrecerle ninguno de nuestros parientes ayuda o socorro. Asumimos que su sangre ya ha sido derramada; no habrá riesgo de *wergild* ni ningún otro tipo de repercusión contra aquel que resulte haberlo herido, mutilado o incluso acabado con su vida. Lloramos a nuestro primo, caído en singular batalla con el Wym. Sergiy Pisa la Mañana, ¿cuál es el veredicto de los Hijos de Gaia?

Stuart no tuvo estómago para quedarse a escuchar el resto. Abandonó la sala, en silencio. Ya había tenido más justicia Fenris de la que podía soportar. En el exterior, al vigorizador aire nocturno, bajo las estrellas esculpidas en hielo, unas siluetas gigantescas (todas ellas superaban los tres metros de altura, erizadas de pelaje y músculos nervudos) pugnaban por tirarse las unas a las otras al suelo congelado.

Se abrió paso entre los combatientes, con cuidado. No era el objetivo de sus juegos lo que se le escapaba, sino su propósito. Al final de sus desesperados denuedos, uno de los contendientes yacería tendido en la tierra; otro alzaría al cielo un puño cuajado

de garras pero ¿qué era lo que se ganaba, y qué lo que se perdía? Al término de una partida de ajedrez, el vencido tumba a su rey, capitulando. El monarca inerte yace inconsciente sobre un cuadrado de nieve blanca o de hielo negro mas, ¿qué dinastía sucumbe con él? ¿Qué reino es saqueado? ¿Qué ejército, privado de su cabeza, se rinde y se dispersa?

En alguna parte detrás de él, inmerso en la algarabía de la Casa del Vuelo de Lanza, como consecuencia del elaborado y estridente juego de la justicia intertribal, un posible rey acababa de ser tumbado. Acababa de serles arrebatado el *duc bellorum* que se les había prometido. Sin necesidad de propinar un solo golpe.

¿Quién podría decir qué lúgubre precio habría de costar aquella presunción? Y, de todos ellos, ¿quién quedaría para pagarlo?

## Capítulo seis



A su regreso, Dierdre encontró a Padre de Serpientes encorvado sobre el fuego del hogar, como lo había dejado. Escrutaba con intensidad el baile de las llamas, como si intentase desentrañar algún secreto. Su sombra oscilaba, hipnótica, al vaivén de las lenguas de fuego. Si se había movido desde esa mañana temprano, no daba señales de ello.

Dierdre encontró cierta satisfacción malsana en aquel hecho. Si había conseguido mantenerlo alejado de sus habituales ardides, siquiera por espacio de una mañana, el mundo sería un lugar mucho mejor gracias a sus desvelos.

Se volvió hacia ella cuando escuchó las pisadas que crujían sobre los desnudos escalones de madera, con una amplia sonrisa. Señor, cómo odiaba esa sonrisa.

—Qué chica más buena —ronroneó, extendiendo una garra ennegrecida hacia ella.

Por un momento, se sintió abrumada por una fría oleada de pánico, temiéndose que pretendiera cogerla de la mano, acercarla a él. Se enderezó y retrocedió un paso sin darse cuenta, antes de

serenarse y obligarse a mantenerse firme ante él. No convenía mostrarles la espalda a según qué adversarios.

Su sonrisa no flaqueó.

En ese momento, aturdida, se percató de cuál había sido su verdadera intención. Azorada, dejó caer el ovillo de lana (el fruto de toda una mañana de esquilarse, cardar e hilvanar) sobre la mano extendida. Aquello produjo el efecto deseado. El horrible apéndice se retiró.

Soltó uno de los extremos del ovillo y desenrolló un palmo de lana negra como el ébano. La acarició entre el índice y el pulgar, apreciándola. El hilo era más fino que un cabello humano y tan resistente como una cuerda.

—Qué trabajo más espléndido —alabó, al cabo—. Malgastas tu talento aquí, entre sucios granjeros... una lámpara de oro oculta en el fondo de un cesto lleno de legumbres. Si puedes hacer esto con la lana de una oveja, imagínate de lo que serías capaz con la seda más delicada entre tus dedos, con el hilo fino como un sueño de la miseria humana. Quizá cuando haya vencido tu año y un día, pueda convencerte para que...

—No, gracias —repuso, arisca.

—Te recompensaría como a una reina por las molestias. Para una chica lista como tú, sería coser y cantar. Toma, quiero hacerte un regalo. Como muestra del afecto que me inspiras y como lacre para sellar el pacto...

No debía de haber vacilado durante más de una fracción de segundo, pero fue suficiente. Sabía que la tenía. Puede que tras una relación tan larga e íntima no fuese siquiera una victoria justa. Sabía exactamente cuáles eran los puntos débiles de su armadura.

—Ya te he dicho que no quiero volver a saber nada de ti ni de tus regalos.

—Pero si ni siquiera sabes de lo que se trata. ¿Cómo puedes afirmar que no lo quieres?

Dierdre abrió la boca para replicar y enmudeció de repente cuando él hubo abierto la mano vuelta hacia arriba. Aquel gesto reveló dos agujas de ganchillo, largas y resplandecientes. Un delicado labrado, quizá una escritura diminuta, se enroscaba en ellas, exquisita, cubriendo toda su superficie. La luz de las llamas no se reflejaba en ellas, sino que quedaba arrapada en las delicadas inscripciones, siguiendo sus curvas igual que corre el agua por su cauce.

—Pezones hiladores de la plata más pura. No encontrarás otro juego igual en todo el mundo. Con estas agujas en tus manos, tus esfuerzos engendrarán telas dignas de alimentar las leyendas. Podrías tejer incluso los hilos etéreos del sueño y la pesadilla, del deseo y del miedo, de la esperanza y...

—Guarda eso —rechazó, incapaz de dejar de mirarlas.

Vio el reflejo de las agujas, reluciendo en el fondo de los ojos de la mujer.

—Pero si son tuyas. Por las molestias.

—He dicho que las guardes. —Su voz poseía un dejo de desesperación y, sin embargo, no conseguía quitarles los ojos de encima.

Se incorporó de su asiento, pero ella sólo era consciente de las deslumbrantes agujas. Se aproximaron, las tenía casi a su alcance.

—Está bien. Dime dónde las quieres y ya las guardaré yo por ti. —Paseó la mirada por la estancia, antes de acercarse al mantel—. ¿Aquí, a lo mejor?

Cuando se alejaron de ella, sintió como si se abriera un abismo en su interior. Las anhelaba.

—No —insistió, con un testarudo zangoloteo de cabeza—. Llévatelas. Lejos. Antes de que... —De algún rincón parecía

extraer una reserva oculta de energía, de acero y fuego. Su voz se tornó segura e inflexible—. Antes de que me aproveche de tu descuidada oferta y te diga dónde puedes guardarte tus agujas, con toda la exactitud que no cabría esperar de una dama.

Una nube de cólera le ensombreció el ceño. Desapareció casi de inmediato, evaporándose antes de que Dierdre pudiera cerciorarse de que la había visto. Pero aquella enojosa sonrisa había desaparecido, y aquello constituía una victoria por sí solo.

Acto de desaparición que imitaron las exclusivas agujas un instante después. Puf.

—Como prefieras —concedió, encogiéndose de hombros con fingida indiferencia. A continuación, sin mirarla, arrojó el ovillo de lana de ébano (todo un día de duro trabajo) al corazón de las llamas.

Un grito de protesta escapó de los labios de Dierdre, que saltó hacia delante. Lo rozó al pasar junto a él e intentó no fijarse en cómo se le ponía la carne de gallina ante una caricia similar a la de un millar de patas de insecto. Agarró el atizador, enganchó la encendida bola de lana y, con un diestro ademán, lo rescató. Cuando lo hubo sacado del fuego, descubrió que lo que había pescado no era un ovillo de lana, sino un chal de primorosa manufactura.

Se giró, con cara de desconcierto, y él se rió, con ganas. No sólo aquella sonrisa estúpida y desquiciadora. La atrajo hacia sí y no pudo resistirse a él.

La cogió de la mano y la condujo al exterior de la casa. Dierdre ni siquiera consiguió cerrar la puerta tras ella, aunque sabía que no iba a regresar. Pensó en todas las maravillas del interior que había acumulado a lo largo de aquellos cincuenta años. Pensó en que se iba muy lejos, dejando la puerta abierta de par en par. Podría entrar cualquiera.



---

Padre de Serpientes la conducía por el sendero hacia la puerta del cercado. También ésa podría dejarla abierta tras ellos, oscilando lánguida ante los vaivenes del viento. Con una floritura, la envolvió en el largo chal negro, cubriéndola de arriba abajo, para levantarla en vilo y dejarla a merced del viento nocturno. La tormenta que se avecindaba asió el dobladillo del chal y lo desplegó, igual que a una vela.

## Capítulo siete



El sonido de las pisadas que aplastaban la delgada corteza de nieve sacó a Stuart de su ensimismamiento. Se había dejado llevar por sus pies, como si estuvieran dotados de vida propia, lejos de la barahúnda de Garou celebrantes, hacia el silencio y la serenidad del Martillazo. El río, cargado de hielo, crujía y chirriaba igual que una embarcación. Abriéndose paso hacia el mar abierto. Ansioso de libertad.

Una figura solitaria se dirigía hacia él, procedente del Aeld Baile. Al cabo de unos momentos, pudo distinguir los rasgos de Victor Svorenko.

—Espero no interrumpir nada —dijo Victor, dubitativo, a una docena de metros de distancia—. Me... me gustaría darte las gracias antes de irme. Por lo que has hecho por mi pariente.

Stuart frunció el entrecejo.

—No he hecho nada. Lo siento.

Siento no haber hecho más. Siento que mis palabras carecieran de convicción. Siento que cayeran en oídos sordos.

Volvió a encarar el río.

Al cabo de un momento, las pisadas sonaron más próximas.

—No tienes nada de lo que disculparte, Stuart Camina tras la Verdad. Alzaste la voz por mi pariente, cuando yo no fui capaz. Por eso, estoy en deuda contigo.

—Olvidalo. Me refería a que siento lo que han hecho. Con Arkady. Contigo y los tuyos. Con todos nosotros, ya puestos. De veras creí que él sería el que... Olvidalo. No me debes nada.

Victor había llegado a su altura. Habló con un susurro entrecortado.

—Todos estos orgullosos guerreros —dijo, señalando con desdén en dirección a la Casa del Vuelo de Lanza—, son unos cobardes. ¶Todos ellos! Juzgan a mi pariente sin haber tenido el coraje de enfrentarse a él. ¶Sin que ni siquiera uno de ellos halla tenido el valor de hablar en su defensa! Mejor habría sido que no hubiese dicho nada. Mejor habría sido que hubiese dejado que las cosas que he visto me carcomieran por dentro, revolviéndose en mi estómago igual que el Wym. Mejor habría sido que me hubiese cortado la lengua antes de acarrearle esta desgracia a mi casa.

—No es culpa tuya —expresó Stuart, pero Victor no estaba para tópicos. Soltó un bufido y meneó la cabeza, fingiendo que estudiaba los complejos patrones de la luz de luna reflejada sobre el río congelado.

Stuart presentía que el Colmillo había dado los primeros pasos que lo conducirían por un camino solitario, una espiral que desembocaba en la desilusión y la desesperación. No podía acompañarle en su camino, pero sí levantarle el ánimo, vertiendo en él un torrente de palabras de apoyo, igual que una bebida reconstituyente.

—Mira, si no hubieses dicho nada, esa duda te habría corroído. Te habría comido por dentro hasta devorarte el corazón. El Wym

no necesita más que una rendija diminuta, aun cuando sea bien-intencionada, para apoderarse de uno. Lo he visto. Una mentira para salvar a un pariente y el Wyrm se cuela dentro. Enrosca sus anillos en torno al engaño, lo enquist. Pronto empiezas a esforzarte por ocultar, no sólo el delito de tu familiar, sino tu propia parte en el encubrimiento. Luego el Wyrm se muerde la cola y aprieta su presa. Se filtra la información, no sabes cómo, y ya estamos hablando de chantaje. Un desconocido se pone en contacto contigo y te propone una tarea sencilla, un favor. ¿Quién va a salir perjudicado, verdad? Antes de que te des cuenta, el tropezón de tu pariente te ha tirado al suelo también a ti. Otro campeón que perdemos. Así es como actúa el Wyrm.

—Así es como se acaba el mundo —replicó Victor, lacónico, con los ojos fijos en algún punto distante en medio de las estrellas escarchadas. Stuart presentía que el acogido de los Colmillos se estaba alejando de él.

—Déjame decirte una cosa acerca de cómo se acaba el mundo. ¿Sabes lo que me parece? Me parece que el Apocalipsis no es ninguna Batalla Final que nos está esperando al término de los tiempos. Donde los campeones reunidos de Gaia se alinearán en un bando y los sicarios del Wyrm en el otro, antes de que Luna, a sabiendas de lo que va a ocurrir a continuación, se desgarre la garganta con un aullido de duelo por sus hijos perdidos. Luego los ejércitos se toman esa nota como la señal tanto tiempo esperada y se echan los unos encima de los otros, con saña, y matan y matan y matan hasta que cesa el aullido. Hasta que se han ahogado en un mar de sangre derramada y el rostro de la luna queda empañado por una película de sangre.

—[Gaia nos libre! No digas eso. —Victor hizo la señal contra el Ojo del Wyrm—. Al hablar de tales desgracias sólo consigues

tentar a la suerte. Es mucho mejor no pensar en esas cosas en absoluto.

—Pero es que yo no creo que ése sea el final hacia el que nos estamos precipitando. De ser así, no sé de dónde sacaría las fuerzas para levantarme cada mañana. No, a mí me parece que el Apocalipsis es algo muy diferente. —Se acercó, como quien está a punto de confiar un secreto—. Yo creo que el Apocalipsis ya está aquí. En serio. Creo que somos los hijos del Apocalipsis. Es la batalla que libramos a diario. Es una guerra, no para combatir la «maldad», sino para combatir por lo que es conveniente, lo que es cómodo, lo que se espera. Admitámoslo, el Wyrn no necesita desplegar un enorme contingente de tropas para apoderarse del campo de batalla. Lo único que tiene que hacer es susurrar y revolverse, decirnos que estamos haciendo todo lo posible, que ya estamos librando la batalla definitiva, que no tiene nada de malo tomar algún que otro «atajo» en aras de un bien mayor. Silencio, complacencia, engaño... no hace falta nada más. Hombres buenos, fuertes guerreros, caen en esta guerra a diario, y seguimos como antes, escuchando los susurros en la oscuridad, fingiendo que aún faltan años para la Batalla Definitiva, que todo está en orden.

Victor permaneció en silencio durante un rato. Al cabo, se volvió hacia Stuart y le miró a los ojos.

—Ya estoy harto de farsas. No pienso malgastar más tiempo en chiquilladas... ni en las charadas de nuestros primos, a los que les encanta jugar a dictar justicia y a conquistar. Tengo que ir en busca de mi pariente. Aunque haya caído en las redes de los Danzantes de la Espiral Negra, debo ir a buscarlo. Fui un estúpido al separarme de él. No, no me interrumpas. Tuve miedo, no puedo expresarlo de otra forma. Arkady podría encontrarse inmerso en

su momento de mayor necesidad, de su propia Batalla Final con el Wyrm, y yo le volví la espalda. Por miedo.

—No eres ningún cobarde, Victor Svorenko —expresó Stuart—. Pocos habrían tenido el coraje de hacer lo mismo que tú, de alzar la voz cuando el silencio jugaba a tu favor. Seguro que no te resultó sencillo tomar esa decisión.

—Era la única posible. Pero ¿hablé impulsado por el coraje o por el temor? Yo no me precipitaría en mi juicio. Estaba asustado, Stuart Camina tras la Verdad. Asustado porque si el Wyrm podía hacerle eso a Lord Arkady, al mejor y más puro de todos nosotros, podría hacerle lo mismo a cualquiera. A ti. A mí. No, no fue el valor lo que me empujaba, sino el desaliento. La desesperación.

—Habías albergado la esperanza de que la asamblea demostrara que te equivocabas, de que los ancianos justificaran los actos de tu familiar.

—Rezaba para que lo trajeran aquí. Encadenado, si hiciese falta —respondió Victor, con súbita vehemencia—. Quería que le obligaran a responder. A demostrarme, mediante sus propias acciones y logros, que yo estaba equivocado. Que lo que había visto con mis propios ojos era mentira. Un espejismo del Wyrm, nada más. Quería que les demostrara, que se lo demostrara a todos!, que era mejor que ellos. Que era sublime, que estaba por encima de cualquier Garou. Que era capaz de aplastar a un Wyrm del trueno con una mera palabra. Quería que los convenciera para que lo siguieran. Para que lo adoraran —confesó, con un hilo de voz. Parecía que su cólera estuviese abandonándolo—. Quería que me convenciera a mí para que lo siguiera, para que creyera en él de nuevo. Como si no hubiese ocurrido...

Se interrumpió y volvió el rostro. Asomaban lágrimas a las comisuras de sus ojos.

Stuart lo dejó sumido en sus pensamientos y recriminaciones, pero permaneció a su lado, al alcance de su brazo. Si Victor había de verse abrumado en su propia Batalla Final, que supiese al menos que había alguien allí. No sucumbiría solo, sin nadie que lo llorara.

La luna avanzaba con cautela hacia el horizonte, como si quisiera postergar la inmersión en las aguas heladas.

Victor se agitó por fin; se alejó del campo de batalla, de regreso a las orillas escarchadas del Martillazo. Cuando volvió a ser consciente de su entorno, carraspeó y modificó su postura, sin poder ocultar su azoramiento.

—Has tenido mucha paciencia con un pobre tonto, Stuart Camina tras la Verdad. La luna ya está muy baja y tengo pocas posibilidades de alcanzar a los cazadores y encontrar el rastro de los Danzantes. Lo único que quería era darte las gracias.

Stuart meneó la cabeza.

—De nada, Victor. Me alegro de que hayamos tenido ocasión de hablar. A mí también me ha sido de ayuda, me ha dado la oportunidad de aclarar algunas ideas. Ahora me pregunto si puedo pedirte un favor.

—Ah, y ahora un desconocido se pone en contacto contigo y te propone una tarea sencilla, un favor. —Sonriendo, Victor repitió las palabras que pronunciara Stuart con anterioridad.

—No, nada de eso —repuso Stuart, entre carcajadas—. Tus secretos están a salvo conmigo. Lo que ocurre es que a mí también me gustaría mucho encontrar a Lord Arkady. Para hacerle algunas preguntas. Para encontrar algunas respuestas. Sé que es pedir mucho pero ¿crees que podrías llevarme al lugar donde lo viste por última vez... al escenario de la batalla con el Wyrn del Trueno en aquella mina de estaño? Lo consideraría un favor personal.

—Estoy en deuda contigo. —Acalló las protestas de Stuart con un ademán—. Sería un honor para mí que te unieras a mí en la búsqueda de mi familiar. Tu ayuda y tu compañía serán bienvenidas.

Cogió a Stuart del antebrazo y éste le devolvió el gesto, sellando así el pacto.

—Eres un buen hombre, Stuart Camina tras la Verdad —dijo Victor—, y valiente. Nos reuniremos de nuevo mañana por la noche y acudiremos al clan del Alba, pero esta noche debo averiguar lo que pueda de esos cazadores Fenris. Buenas noches.

Stuart asintió en silencio y dejó que Victor diera tres pasos sobre el hielo, antes de colocarse a la par del Colmillo Plateado, sin decir palabra.

Victor le miró con una mezcla de desconcierto y enojo.

—Si los cazadores han descubierto algo —explicó Stuart—, no quiero que te precipites a un nido de Danzantes de la Espiral Negra sin mí. —Le propinó una palmada en la espalda a Victor y, juntos, encaminaron sus pasos hacia el perímetro.



## Capítulo ocho



En el tiempo que tarda una serpiente en sacudir tres veces la cola, el viento depositó a Dierdre en la cumbre de una montaña a medio mundo de distancia. Era aquel un paraje desolado, un tocón ennegrecido que sobresalía de una cadena de riscos inhóspitos. Un dedo atrofiado que señalaba al cielo, acusador.

Las corrientes que se retiraban tiraban de las faldas de Dierdre como si se arrepintieran de haber sido tan crueles como para arrojlarla a aquel yermo. Casi podía escuchar sus murmullos. «*Basta. Aquí no. Aléjate*». Pero se quedó donde estaba. Aquel era el lugar. Podía sentirlo en el latido de la montaña que se estiraba hacia ella, fluyendo por las capas de granito, atravesando las plantas de sus pies. Inmovilizándola en el sitio.

Inhaló profundamente, con los ojos entornados, paladeando el aire nocturno, armonizando con el pulso lento y constante de la montaña. Sí, allí había algo enterrado, una historia, una palabra de poder inscrita en el mismísimo corazón de la roca. El lento y paciente murmullo que surcaba la piedra susurraba acerca de su existencia, al tiempo que ocultaba el relato a ojos indiscretos.

Al asomarse a la hondonada, Dierdre observó que el suelo aparecía hendido por una enorme grieta, los restos de una mina abandonada. En alguna época ya olvidada, un alma consciente se había tomado la molestia de taponar la fisura, aunque ella no lo-graba imaginarse que existiera demasiado peligro de que algún paseante diera un paso en falso fatal en la oscuridad. Sin duda, las visitas de aquel páramo remoto e insalubre eran escasas y espa-ciadas entre sí, impresión reforzada por el mal estado de conser-vación en el que se encontraba el pozo. Los tablones que no se habían podrido sin remisión se veían astillados, como si alguien hubiese arrojado un enorme pedrusco por el orificio. Ahora se ab-ría igual que unas fauces cuajadas de dientes.

Al mismo tiempo que aquella idea le pasaba por la cabeza, se percató de que la mina no había sido abandonada del todo. Había figuras allá abajo, diminutas formas humanoides que se afanaban alrededor de la grieta. No, tras un escrutinio más minucioso, llegó a la conclusión de que no era el pozo el objeto de sus atenciones, sino algo que había al borde del precipicio. La luz de la luna se re-flejaba en algo. Un charco de agua, quizás un manantial.

Daba igual. No tardaría en ahuyentarlos.

Permaneció allí sobre la cima un poco más antes de con-centrarse en la tarea que le había sido encomendada. Se tomó su tiempo para embeberse de todos y cada uno de los olores y sonidos de la montaña.

Al tocarlo, el paisaje comenzó a adoptar una forma discernible. La falda de la montaña se extendió a sus pies igual que un ador-able edredón de trozos multicolores. Con ojo de artista, comenzó a tamizar el nombre de cada arruga de la roca. No tardó en emer-ger un patrón, tan claro como si lo hubiese zurcido en la cara de la montaña con sus propias manos. Cada retal irregular, un promon-torio; cada punzada, un sendero sinuoso.

El dobladillo de la vía más elevada estaba jaspeado con un rebaño de desgredadas cabras montesas que seguían retozando a su antojo, igual que hilos sueltos. Cada flanco blanco, sucio y retozón, era una fibra viviente del tapiz que estaba tejiendo.

Cuando hubo terminado, cuando estuvo segura de conocer el nombre de la montaña y que ahora le pertenecía, comenzó a desempaquetar sus pertenencias. Un sitio para cada cosa, y cada cosa en su sitio.

Cogió el chal negro (con el que Padre de Serpientes le arrojara los hombros, con sus propias manos) y lo extendió debajo de ella hasta que hubo cubierto toda la ladera. Se posó igual que una niebla oscura que flotase cerca del suelo. Se filtró por cada una de las grietas de la pendiente. Cuando tocó a las diminutas bestias humanas del fondo, nubló sus pensamientos y las sumió en un inconstante laberinto de brumas. Vagaron sin rumbo, despotricando, sin reconocer a sus compañeros aun cuando tropezaran de golpe entre sí en medio de la niebla. El chal también difuminó y confundió los límites entre mundos, hasta que se volvió difícil distinguir dónde terminaba una realidad y empezaba la siguiente.

Dierdre vio que aquello era bueno. Volvió a rebuscar en su delantal y extrajo sus peines de cardar, que aplicó a la falda de la montaña, donde arraigaron y cobraron nueva vida. Cada púa se convertía en un bosque de espinas que imposibilitaba el ascenso o la bajada de la ladera, aislando la depresión del mundo exterior, impidiendo incluso que la luz de la luna cayera sobre el pedregoso sendero.

Vio que también aquello era bueno. Por último, se arrodilló y, con cuidado, desdobló su pañoleta, desplegándola en el suelo ante ella. Entre sus pliegues guardaba una sola semilla, negra como la noche. Relucía como ónice pulido a la luz de la luna.

---

Se asomó al abismo cuanto pudo y dejó caer la semilla. Se zambulló hacia el suelo de la oquedad, por el gáznate del antiguo pozo, hacia el mismísimo corazón de la montaña. Estiró el cuello, pugnando por distinguir el sonido del impacto a lo lejos. Deseó que los inquietos seres hombres de allí abajo se estuviesen quietos, siquiera por un momento. Ahí.

El eco distante creció hasta convertirse en el rugido de un tren de mercancías. En ese momento, algo oscuro y terrible surgió de las fauces de la mina, reluciendo como una torre de ónice y revolviéndose igual que el mismísimo y viejo Wyrn.

Sí, pensó, satisfecha. No iba a tardar nada en sentirse como en casa en aquel lugar.

## Capítulo nueve



—Bueno, las buenas noticias son que no tenéis un nido de Danzantes de la Espiral Negra en vuestro patio —dijo Stuart.

El viejo gnomo le regaló su sonrisa mellada.

—Eso ya lo sabía. Puedes hacerlo mejor. Ahora, atiende. —Golpeó la lápida más próxima con su nudoso bastón.

La Colina de las Lamentaciones estaba más tranquila esa noche. La luna acababa de ascender y el maestro de ceremonias todavía no había invocado al primero de los puentes lunares que dominaran el firmamento nocturno que había cubierto al clan la noche anterior.

—Cruzasteis anoche —acusó el viejo gnomo—. Tendré los ojos legañosos, pero no estoy ciego. Las reminiscencias del mundo de los espíritus se adhieren a vosotros igual que el rocío de la mañana.

—No pretendíamos engañarle ni incumplir ninguna norma, abuelo —dijo Victor—. Seguíamos el rastro de la delegación de Danzantes. Llegamos hasta las montañas del norte, que no es

poco, hasta el lugar donde caminaron de lado. Teníamos que continuar.

El maestro de ceremonias asintió, apaciguado.

—Y, ¿qué es lo que encontrasteis? Tengo muchos más años que tú y no había conocido nunca a un hombre que caminara de lado desde este túmulo sin regresar con alguna señal para los defensores del clan. Esta tierra se ha acostumbrado a nuestro contacto. A todo aquel que tiene oídos para escuchar, le susurra, mustita advertencias, presagios, profecías.

—Aparecieron en las fuentes del Martillazo —dijo Victor—. No en la boca física, el manantial helado de la cima de las montañas que vuestros familiares llaman el Puño, sino en su origen en la Umbra.

—Conozco ese lugar —repuso el anciano—. Tienes razón, abrirese paso hasta allí es trabajo de guerreros. Aun cuando el clima sea clemente.

—Lo que nos lleva a las malas noticias —intervino Stuart—. Se aprecia un contagio en el lugar donde aparecieron. A gran profundidad, bajo la superficie del río congelado. Vimos cómo palpitaba, supurante y gangrenado, pero no conseguimos llegar hasta él. Alguien tiene que extirparlo antes del deshielo, o vais a enfrentaros a serios problemas cuando las aguas vuelvan a correr.

—Sabía que no me decepcionaríais —felicitó el viejo gnomo, acompañando sus palabras de una brusca palmada—. Siempre se aprende algo con cada ida y venida. Deberíais quedaros con nosotros una temporada. Aquí hay espaldas fuertes y manos dispuestas de sobra; podrías dirigir una excursión al nacimiento del río. Arrancar esa corrupción. Los Fenris brindarían por vuestro coraje y organizarían festines en vuestro honor.

—Me parece que ya hemos tenido nuestra ración de hospitalidad por parte de la banda de guerra Fenris —rechazó Stuart.

Incluso a él le sonaban hirientes y amargas sus palabras. Se apresuró a continuar para enterrar la nota discordante—. Además, tenemos que asistir a nuestra cita con uno de los familiares de Victor Svorenko. Espero que aún no sea demasiado tarde.

—Creo que no sois demasiado caritativos con los míos, pero puede que tengáis la oportunidad de hacer las paces. Y, si vuestra cita es con Lord Arkady —añadió el maestro de ceremonias, perpicaz—, tampoco creo que sea demasiado tarde.

—¿Sabéis algo de mi camarada? —inquirió Victor, acercándose—. ¿Qué habéis visto, anciano?

Con la punta de su bastón, el maestro de ceremonias le propinó un fuerte golpe a Victor en el esternón, deteniéndolo en seco.

—No se trata de lo que yo haya visto, señoritingo. Sino de lo que no he visto. Si el gran Arkady hubiese caído en la batalla, ¿no te parece que ya habríamos visto desfilar ante nosotros su piel desollada? Dicen que es tan blanca como las primeras nieves. El Wyrn no desaprovecharía esa oportunidad de minar nuestra moral.

Empero, Victor seguía sin parecer convencido. Quizá estuviese pensando en el lóbrego estandarte de batalla de Cuchillo entre los Huesos y su delegación.

—¿Y si hubiese sucumbido en otra clase de pelea? Más personal, en un conflicto privado.

El anciano bajó su palo y se acercó a Victor hasta sus ojos quedaron separados por el ancho de un dedo.

—Entonces, chiquillo, nos habríamos enterado por boca del propio Arkady. Erguido sobre las ruinas de un túmulo profanado. Escupiendo su desafío a la cara de las Doce Tribus. Agrupando a las fuerzas del enemigo a su alrededor para la Batalla Final.

Victor apartó la mirada.

—Tenemos que irnos.

Stuart carraspeó.

—¿Puedes abrir una senda para nosotros, Guarda? Tenemos que llegar al clan del Alba y regresar al lugar donde Arkady fue visto por última vez. Quizá consigamos encontrar su rastro desde allí.

—Tarea hartoo sencilla —repuso el anciano, sonriendo—. Dejemos que Luna salga de la cama, por lo menos, antes de empezar a pedirle nada.



## Capítulo diez



—Aquí ahí algo que no va bien. —La voz de Victor era tirante. Alzó el morro al viento, un gesto inconfundiblemente lupino que resultaba algo ridículo en su forma humana, hecho sobre el que Stuart prefirió no llamarle la atención—. Algo flota en el aire. ¿No lo hueles?

El empinado y pedregoso sendero, llegados a aquel punto, ya no era más que una sombra en el suelo, un camino más propio de las desgañadas cabras montesas que habitaban aquel paraje desolado que de ningún hombre o lobo. Stuart había experimentado con diversas formas pero, a la vista de la ineficacia de todas ellas, siempre terminaba por revertir a sus acostumbradas proporciones humanas.

Ya se habían adentrado mucho en las nieblas de los Cárpatos. Sobre sus cabezas brillaba la luna menguante. Aquello constituía un pequeño consuelo, pero la faz de Luna, más que iluminar el camino, lo que conseguía era imprimirle una fantasmagórica fosforescencia a la bruma. Serpientes de niebla se enroscaban sin

pudor entre sus piernas. Stuart se sentía como si estuviese vadeando unas aguas heladas que le cubrían hasta los tobillos.

Por añadidura, aquello implicaba que sólo conseguía verse los pies a intervalos, por no mencionar dónde pisaba. Ahora bien, no era la primera vez que se encontraba en una montaña entrada la noche. Había pasado buena parte de su adolescencia escalando y explorando los Apalaches y la Cordillera Azul, pero incluso él había desistido ya de su intento por procurar no pisar en falso en medio de aquella oscuridad, y tropezaba uno de cada doce pasos que daba. Resignado a avanzar a ritmo de tortuga, tanteaba con el pie, con cautela, antes de apoyar su peso sobre él. Llegado el caso, podía ignorar una torcedura de tobillo, bloquear el dolor y seguir adelante. Si llegaba a romperselo, o a caerse por el borde de un precipicio, ya sería otra historia.

Victor, por su parte, parecía que lo sobrellevaba bastante bien. Los rigores físicos del ascenso no lo amilanaban. Ya se había caído de bruces en varias ocasiones, sin ni siquiera mascullar una maldición, pero aquel paseo por los penachos luminosos le estaba pasando otro tipo de factura. Se había refugiado en el silencio, absorto en sus propios pensamientos. Quizá estuviera recorriendo de nuevo el traicionero sendero del recuerdo y el arrepentimiento de su anterior visita a aquellas desoladas altitudes, cuando había caminado junto a Lord Arkady. Se asustaba de su propia sombra.

—Yo no huelo nada —replicó Stuart—. Sólo a pino. Y a barro, claro. Y a... ¿madera podrida? Y a cagarrutas de cabra.

—Chis. —Victor le indicó que se callara con un brusco ademán—. Debemos de andar cerca. Ya tendríamos que escucharlo. Me temo que ha ocurrido algo terrible.

Stuart se detuvo y permitió que las corrientes de niebla fluyeran lánguidas a su alrededor. No oía nada fuera de lo ordinario.

—¿Qué hay que escuchar? Dijiste que estábamos buscando la boca de una mina. ¿Qué quieres oír, el eco?

Victor insistió en que guardara silencio, enfadado. Al cabo, dejó de esforzarse por escuchar, frustrado.

—A lo mejor nos lo hemos pasado, en la oscuridad. Tendría que estar aquí mismo, por algún lado. A la derecha del camino.

—No he visto ninguna desviación desde que me indicaste aquel viejo cartel, hace ya más de medio kilómetro. ¿Qué se supone que debería oír?

—Las Lágrimas de Gaia.

—Me parece que me he perdido —dijo Stuart, ausente—, pero estoy más que seguro de que distingo algo ahí delante. Allí, ¿lo ves? —Le propinó una palmada en el brazo a su compañero y señaló hacia la izquierda del sendero.

Victor bizqueó. Había algo. Una silueta difusa, del tamaño de una persona, de pie. Esperando, observando, sopesándolos.

—¡Hola! —llamó Victor—. Venimos del clan del Alba. ¿Puede llevarnos ante Habla Trueno?

—¿Quién es Habla Trueno? —susurró Stuart. De nuevo, Victor le indicó que se callara. Stuart pensó que ya estaba empezando a cansarse de esa costumbre.

—Traemos provisiones —insistió Victor. Comenzó a avanzar, despacio, con los brazos extendidos en cruz para mostrar que no portaba armas.

Seguía sin escucharse respuesta. A Stuart no le gustaba aquello. Si el observador era un amigo, ¿por qué no contestaba? Despacio, comenzó a describir un amplio círculo hacia un lado. Si se trataba de una trampa, lo mejor sería que no cayesen los dos en ella.

Victor profirió una maldición. Los sentidos de Stuart se agudizaron hasta niveles lupinos y se agazapó en posición de combate.

Victor arrastró un pie por el suelo, consiguiendo que un puñado de piedras sueltas se precipitara ladera abajo con gran estrépito. Stuart no se alegró de descubrir el barranco cortado a pico que se abría a escasos pasos de su posición.

Victor le dio la espalda a la sombra del desconocido y se sentó de golpe sobre una roca que asomaba apenas sobre la omnipresente capa de bruma.

—Es otra vez ese maldito poste indicador. Hemos estado caminando en círculos.

Stuart exhaló un largo suspiro.

—¿Estás seguro? —Se aproximó con cautela a la silueta hasta que ésta se hubo perfilado con claridad como la señal de madera medio podrida. Arrancó un pedazo, tan sólo para descargar su frustración—. Vale, por lo menos ahora sabemos dónde estamos.

Victor no dijo nada.

—Mira, está claro que esta noche no vamos a llegar a ningún sitio. ¿Por qué no acampamos? La niebla será más espesa al amanecer pero, después de unas horas, el sol la habrá dispersado. Esta subida será mucho más fácil durante el día.

—Supongo que tienes razón —admitió Victor, a regañadientes—. Con esta luna tan brillante, no creí que fuésemos a tener ningún problema. He pasado por aquí en dos ocasiones, pero en ninguna de ellas se había levantado esta maldita niebla...

—No es culpa tuya. No te preocupes. Apostaría a que esa mina de estaño va a seguir ahí por la mañana.

Victor soltó un gruñido.

—Espero que se pueda decir lo mismo de nosotros. Yo haré la primera guardia, para asegurarme. Dame un rato para recoger algo de leña y encender una fogata.

—¿Te parece que es buena idea? Lo del fuego, digo.

—Mientras contribuya a alejar esta niebla, sí.

Stuart se encogió de hombros.

—Supongo que lo que pueda rondar por aquí esta noche se sorprenderá más al encontrarse con nosotros que a la inversa. Quédate donde pueda oírte si gritas, ¿vale? Me daría mucha rabia que te despeñaras sin avisarme.

Victor le dedicó una mirada extrañada (no era la primera vez), en un intento por dilucidar el grado de seriedad de sus palabras.

—No te preocupes. Tengo intención de bajar juntos de esta montaña.

Se adentró en la bruma y, en cuestión de momentos, se hubo perdido de vista. Stuart se mantuvo ocupado despejando un emplazamiento para la hoguera. Cada pocos minutos, exclamaba:

—Victor, ¿te has caído ya por el barranco?

A lo que el aludido respondía:

—Todavía no. Paciencia.

El Colmillo no tardó en regresar, sonriendo. Parecía que su mal genio se había aplacado tras haber conseguido cumplir con un objetivo, aun cuando éste fuese tan nimio como la recolección de leña para el fuego. Las bromas y la buena disposición de Stuart añadían su granito de arena. Victor tiraba de lo que parecía la punta de la copa de un pino caído.

—Está empapada —dijo, al tiempo que soltaba su carga—. Será un milagro si conseguimos que prenda. Maldita niebla.

—Tenemos suerte de que se me dé bien hacer este tipo de milagros. —Poco después, crepitaba el fuego ante ellos. Las llamas repelían el grueso de la bruma.

Victor asintió con la cabeza, mostrando su aprobación.

—Puede que los demás vean la luz de la fogata, a pesar de la neblina. Ya que no conseguimos llegar a la montaña, que sea ésta la que venga a nosotros.

La danza de las llamas adormilaba a Stuart. Sofocó un bostezo e intentó concentrarse en las palabras de Víctor.

—¿A quién te refieres? Ya es la segunda vez que mencionas a otros esta noche. No he visto ni rastro de nadie desde que salimos del clan del Alba.

—Ésa es una de las cosas que me tiene preocupado. Deberíamos haber visto algún indicio de ellos a estas alturas. El sendero de la antigua mina no puede quedar a más de medio kilómetro de este cruce. Aunque no nos hayan avistado por culpa de la niebla, tendrían que habernos oído. Debería haberse acercado alguien a investigar.

Stuart se había perdido, estaba cansado y comenzaba a enojarse.

—Vale, me rindo. ¿De quién demonios estás hablando? ¿Quién tendría que habernos oído? ¿Qué era lo que querías escuchar ahí atrás?

—Las Lágrimas de Gaia —repitió Víctor, testarudo, antes de que cayera en la cuenta—. Ah, ya veo. Perdona, amigo, creía que lo entendías, que habías escuchado el relato en la asamblea... la historia de lo que aconteció cuando regresamos a la mina de estaño. Todo el mundo quería verlo con sus propios ojos, claro, no pude convencerlos para que desistieran de su empeño. Por eso terminé conduciendo a Sergiy Pisa la Mañana y a los demás al lugar donde Lord Arkady había dominado al... donde luchamos con el Wym del Trueno —concluyó, tras cavilar.

Stuart apartó la mirada del agradecido fulgor del fuego para atisbar el lugar donde suponía que debía discurrir el sendero. Cayó en la cuenta de que se le habían pasado por alto muchos detalles. Había dejado numerosas preguntas sin formular. Aquello no era propio de él.

Por ejemplo, ¿qué había ocurrido con el Wyrm después de que lo sojuzgara Arkady? Victor no había mencionado que nadie despachara a la bestia. Por lo que él sabía, quizá Arkady lo hubiese abandonado allí, agazapado en su negro agujero. De repente, la perspectiva de pasar la noche en la expuesta vertiente de la montaña había dejado de antojársele apetecible.

—Me dijiste que habías regresado con el cuerpo de Arne Ruina del Wyrm —acusó—. No mencionaste nada acerca del destino de Arkady. Ni, ya puestos, del de aquella sobrecogedora bestia del Wyrm. Además, ¿qué demonios tiene todo esto que ver con esas Lágrimas de Gaia, sean lo que sean?

Victor se limitó a asentir, lo que no contribuyó sino a acicatear la irritación de Stuart. Lo que quería eran respuestas, pero Victor se conformaba con remover las brasas con una rama de pino.

—Hay algo más que deberías saber.

—Seguro que sí. —Seguía sintiendo las ideas embotadas a causa de la fatiga, pero su instinto periodístico había asumido el control y, de permitirselo, lo guiaría en piloto automático durante horas, incluso a través de las abrumadoras nieblas etílicas o del embotamiento mental inducido por otras drogas más potentes—. Tendríamos que haber mantenido esta charla anoche.

—Anoche nos la pasamos cazando Danzantes. Lo que quizá explique por qué te cuesta tanto mantener los ojos abiertos.

—Va, ya te presto toda mi atención. A ver si me pones al día, despacito. —Paso a paso, Stuart describió el cuadro, conduciendo a Victor atrás en el tiempo, hasta la batalla en el pozo de la mina—. Arkady. El Wyrm. Llevas en brazos el cuerpo inerte de tu amigo, Arne. Coges y te vas. Le vuelves la espalda a tu camarada. Lo dejas aquí, sin más, a solas con ese ser. ¿Por qué?

—La batalla había terminado —respondió Victor, quizá con demasiada precipitación—. El Wyrm ya no podía herir a Arkady. No

sé si habría sido incapaz desde el primer momento. Ésa fue la impresión que me dio, al menos.

—Nunca supiste lo que estaba ocurriendo. Tuviste miedo. Saliste corriendo.

—¡No! No estaba asustado. Aunque se abalanzaran tres Wyrms encima de mí, no tendría miedo. Me...

—No, no del Wyrms —interrumpió Stuart. Se inclinó, presionando a Victor a propósito, con la intención de apabullarlo—. De tu familiar. De Arkady. O, mejor dicho, de aquello en lo que se había convertido.

—Mi batalla no era con Arkady. Si hubieses estado allí, si hubieses estado a su lado cuando *domó* al engendro del Wyrms, no emitirías juicios tan precipitados sobre los demás.

—Está bien. Así que no estabas asustado. Lo que pasa es que te pusiste nervioso. Te marchaste con el cuerpo de Arne, sin pararte a preguntarte, ni por una vez, qué había ocurrido, ni con Arkady ni con el Wyrms. Demonios, por lo que sabemos, podrían seguir allí arriba, esperando a que nos plantemos delante de sus narices.

—¡Claro que me lo pregunté! ¿Te crees que no tengo sentimientos? Pero mi deber era para con mi difunto amigo. Mi familiar, en fin, resultaba evidente que sabía cuidar de sí. Sí, lo había demostrado con creces.

—Eso es todo. No miraste atrás. Le diste carpetazo. Luego se organiza esa asamblea y tú te plantas en Noruega para declarar en contra de tu familiar. ¡No me fastidies, Victor! Tendrás que perdonarme por decir esto, pero los tienes cuadrados. Espero que no haga nunca nada que pueda ponerte nervioso.

—Ah, ya veo. Te estás riendo a mi costa. No soy el tipo duro que te imaginas, Stuart, llamado Camina tras la Verdad. En cuanto hube cumplido con mi deber para con mi amigo fallecido, en cuanto hubo llegado sin percance al clan del Alba, comenzaron



a asaltarme las preguntas. Y las dudas. ¿De veras había visto lo que recordaba? ¿Estaría bien Arkady? Había visto cómo sojuzgaba al Wyrn del Trueno con poco más que la voz y la mirada, pero no sabía si podría romper aquel contacto sin que el Wyrn se rebelara y se volviera contra él. Puede que estuviese atrapado allí, esclavizado, igual que hiciera él antes con el Wyrn.

—¿Así que volviste?

—Pues claro. Tenía que regresar. ¿Si no, cómo iba a estar seguro? Convencí a Pisa la Mañana para que me acompañara. Debí de pensar que el dolor me había enloquecido. También vinieron otros, no pude disuadirlos. Entre ellos, Habla Trueno y su manada.

—Es la segunda vez que te escucho mencionar ese nombre esta noche... Habla Trueno.

—Siempre se portó bien conmigo. Desde que llegara aquí por vez primera, procedente de mi hogar, hará ya más de tres años. Habla Trueno me trató como a un hombre, y no como a un cachorro asustado. Aun cuando la evidencia sugiriese lo contrario. Sobre todo por aquel entonces, cuando mi genio me gastaba malas pasadas, o la frustración por tener que volver a aprender lo que yo creía que ya sabía, o el estigma de ser distinto a todos los demás.

Stuart asintió con la cabeza.

—Lo comprendo. Así que cogiste a este tal Habla Trueno, a Pisa la Mañana y a otro puñado de hombres y volviste aquí. De regreso a la escena del crimen. Pero, cuando llegáis...

—Cuando llegamos, no conseguimos encontrar ni rastro de Arkady ni del Wyrn. Las huellas de la batalla eran más que obvias, eso sí, pero los combatientes habían desaparecido.

—Rastrearíais la zona, me imagino.

—Desde luego. Cuando hubimos perdido toda esperanza de dar con ellos, Pisa la Mañana se dispuso a realizar la Purga.

Stuart le dedicó una mirada interrogante por encima de la fogata que los separaba.

—Para limpiar el lugar de la mancha del Wyrn —explicó Victor—. Durante tres días con sus noches, Pisa la Mañana permaneció allí sentado, inmóvil, al mismísimo borde del pozo de la mina. No conseguimos convencerle de que durmiera ni de que probara bocado. No nos dirigió ni una sola palabra, ni siquiera parecía percatarse de nuestra presencia. Comencé a temer por su seguridad. Al tercer día, me decidí a aplicarle un trapo empapado de agua en la boca. Pensaba que ya que no podía obligarle a beber, al menos conseguiría que se filtraran unas gotas entre sus labios. El agua se limitó a resbalarle por la comisura de los labios, pero me dije que la boca y la lengua ya no estaban tan agrietadas y cuarteadas. ¿Qué otra cosa podía hacer? Esperamos. Nos mantuvimos vigilantes.

Stuart, absorto en el fascinante relato, sólo atinó a indicarle con un gesto que prosiguiera.

—Aquella noche no dormí nada. Monté guardia cerca de Pisa la Mañana. Estaba muy debilitado, podía verlo en su rostro. En vez de tres noches, parecía que llevase un año allí, junto al borde. Intenté convencerlo para que volviera con nosotros. Se lo supliqué.

Hizo una pausa, como si se resistiera a continuar. Por último, templó su resolución y retomó el hilo.

—Al final, no me importa admitirlo, opté por arrastrarlo lejos del borde. No me vanaglorio de ello, pero ya había perdido allí a un camarada. No estaba dispuesto a perder también a mi superior. Cuando lo agarré por las axilas, no pesaba más que una brazada de hojas secas. Temí que, si lo movía, se desharía entre

mis manos. Si los espíritus hubiesen acudido para llevárselo en ese momento, no les habría costado nada izarlo en volandas. Él no podría haber ofrecido resistencia. Podrían haberlo lanzado por los aires, o arrojarlo por el borde del precipicio. Cuando la luna se hubo ocultado, oímos un sobrecogedor estrépito procedente de las entrañas de la tierra, del corazón de la mina abandonada. Las profundidades eructaron una nube negra y mantecosa que se difundió a los cuatro vientos, eclipsando a las estrellas. Donde los vapores entraban en contacto con la piel, la carne se ampollaba y se desprendía. Retrocedimos ante ellos, indignados, aullando de rabia y ultraje al enemigo que no atacaba con garra ni colmillo de los que escudarse. Sólo Pisa la Mañana y yo permanecemos al borde de la sima. Él, porque sus ojos habían dejado de percatarse de lo que acontecía en este mundo; yo, porque me negaba a abandonarlo allí. Entre toses, intenté de nuevo apartarlo a rastras del borde, pero mis brazos lo atravesaron como si fuese más insubstancial que los viscosos gases que se adherían a mi piel abrasada. Creo que fue en aquel momento cuando grité, porque supe que lo habíamos perdido, y que había sido el mejor de todos nosotros. Y porque, por segunda vez, aquel abismo infernal me arrebatava a mi señor y, junto a él, a mi única esperanza. No sé durante cuánto tiempo sostuve aquel aullido quejumbroso. Era como si se hubiese roto algo en mi interior, no conseguía detenerlo. Los demás, hermanos y hermanas de los que sólo era consciente como nervios encendidos en la periferia de mi dolor, se sumaron al grito. El sonido creció hasta rebosar la cima de la montaña, desbordándose por las estribaciones y la llanura, hasta anegar los valles y engullir el firmamento nocturno. El tiempo había dejado de tener sentido para mí. Estaba a la deriva, desprovisto de cualquier punto de referencia. Despojados de la majestuosa y antiquísima procesión del sol, la luna y las estrellas, nos quedaba tan sólo la cadencia de

aquella canción, las subidas y bajadas del aullido, para señalar el discurrir de las horas. Nuestro duelo recreó el paso del tiempo a su imagen y semejanza. Y entonces, ocurrió. Otra voz, una voz que había anhelado escuchar durante aquellas tres noches, se unió a nuestra comunión, a nuestra plegaria desesperada. Pisa la Mañana se agitó, levantó la cabeza y abrió la garganta a las estrellas invisibles. Su voz era fuerte y potente, pero no cantaba con el hálito de la vida, sino impulsado por su propia sangre vital pues, la verdad sea dicha, apenas quedaba una hebra de vigor en su interior. Una tenue neblina roja se alzó ante él, alzando sus volutas a la noche, filtrándose en el vacío impersonal que separa a las estrellas, una oscuridad más silenciosa y voraz que la de cualquier pozo. Cuando aquella gasa de bruma carmesí entró en contacto con la tinta de la negrura, las tinieblas retrocedieron. No tardó en pincelar el cielo de oriente y en arremolinarse en un charco rubicundo en el horizonte. Con infinita paciencia, la vida vertida cobró forma en el semblante del hermano Sol, coronando la orilla del mundo. El primer atisbo del amanecer rompió la malsana parálisis que se había adueñado de mi corazón y corrí junto a Pisa la Mañana. Se había desplomado sobre el borde de la sima, exhausto. Su respiración consistía en una serie de rápidos sollozos roncós, como resultado de la inhalación de la nube vitriólica. La carne expuesta de su rostro y sus brazos era un sembrado de llagas. Un curso constante de sangre bajaba por sus antebrazos, le bañaba las muñecas, y se escurría entre sus dedos para caer al lóbrego abismo. Por tercera y última vez, me dispuse a tirar de él para alejarlo del foso y, en aquella ocasión, no opuso resistencia. Sin embargo, cuando comencé a levantarlo, a llevarlo a lugar seguro, ocurrió lo inexplicable. Un milagro. Incluso ahora vacilo y no sé si contarle, por temor a que mis palabras, plúmbeas e impuras, pudieran mancillar su recuerdo. Mas no puedo negar lo

que vi. Del lugar donde la sangre de Pisa la Mañana se había derramado en el pozo, borbotó el agua. Aguas límpidas y cristalinas. La tierra se abrió para revelar un acuífero natural que había permanecido oculto hasta entonces, un estanque sereno, una fuente. Habla Trueno dijo que era la misma Gaia la que vertía sus lágrimas por el dolor de Pisa la Mañana.

Victor guardó silencio, abrumado por el recuerdo.

—Las Lágrimas de Gaia —apostilló Stuart, con voz queda—. El gorgoteo de un manantial, eso es lo que deberíamos haber escuchado.

Victor se limitó a asentir.

—No sé si habrás estado presente alguna vez cuando se le arrebató un túmulo al enemigo, Stuart Camina tras la Verdad. Es la... exaltación más sublime que pueda soñarse. Es... —Se le empañaron los ojos de lágrimas.

—Debió de ser algo glorioso —musitó Stuart.

Victor se enjugó los ojos, con fuerza, con el dorso de la mano.

—He asistido al milagro de Gaia consagrando un nuevo túmulo a Su gloria. Las palabras se quedan cortas para describir el regalo que intento expresar. He visto cómo la Gran Madre en persona extendía Su mano! He sido testigo de cómo movía un dedo a través del tiempo, y la eternidad bailaba en yema igual que una llama. En aquel instante supe que incluso nuestros peores temores estaban injustificados, lo supe con absoluta certeza. Ni siquiera el Antiguo Wyrn tendría ninguna oportunidad frente a la majestuosidad de aquel gesto tan simple. No me extraña que deba arrastrarse en Su presencia, que haya de revolcarse por el fango durante todos los días de su tormento. Que intente enterrarse para no verla.

—Has sido bendito con algo que le está vetado a la mayoría de los hombres y los lobos, Victor Svorenko. Envidio tu certeza.

Permanecieron en silencio durante mucho tiempo, sin que ninguno de los dos se percatara de que la luz del fuego se había atenuado. La niebla había estrechado su círculo alrededor de ellos, como si quisiera escuchar su conversación.

—Tus palabras alimentan mis ansias por llegar a nuestro destino —dijo Stuart, al cabo.

—Sí, pero ahora deberías descansar. Yo vigilo. Te despertaré al despuntar el alba.

—Muchos lo han intentado antes, pero pocos han vivido para contarlo —repuso Stuart, ominoso, pero con ojos risueños—. En cualquier caso, no podremos ir a ninguna parte hasta que el sol haya disipado la bruma. Buenas noches, Víctor. Hasta mañana. Hasta bien entrada la mañana.

Tras una larga noche de caminar en círculo, Stuart estaba más que dispuesto a dormir. Se acurrucó delante del fuego, se echó por encima la manta de su forma de lobo y no tardó en quedarse como un tronco.

Se despertó un rato más tarde, sobresaltado por el sonido de unos gritos ahogados. La luna se había ocultado hada tiempo, pero el sol aún no asomaba. Con la fogata reducida a unas cuantas ascuas refulgentes, parecía que la única iluminación real procediera de los sinuosos tentáculos de niebla. Envalentonados por la merma del fuego, los hilachos de bruma se habían aproximado de puntillas a él mientras dormía. Por un momento, tuvo la inconfundible e inquietante impresión de que se ahogaba. Pataleó y se enderezó de golpe. No lo suficiente... cayó en la cuenta de que seguía ostentando su forma lupina. La niebla se arremolinaba en torno a su pecho, apenas conseguía asomar el hocico sobre el húmedo abrazo.

Cambió. En forma humana, descubrió que estaba calado hasta la piel, su ropa se le adhería al cuerpo, empapada.

—Victor! —gritó, atragantándose y escupiendo.

La única respuesta fue un gemido procedente del extremo más alejado del círculo de piedras en el que se inscribía la hoguera moribunda. Apenas conseguía distinguir la silueta de su compañero, derrengado, con la espalda apoyada contra un árbol. Parecía que Victor estuviera luchando con algo. ¿Un asaltante invisible? Stuart avanzó hacia él, tropezó con una piedra, y apenas consiguió caer de rodillas en medio de las pavesas. La roca inoportuna fue a parar al fuego, provocando una lluvia de chispas. A la luz de aquel breve fulgor, vio que Víctor estaba completamente envuelto en gruesos brazos de niebla. El Colmillo se debatía con ferocidad, aunque en vano. Los anillos estaban exprimiendo la vida de su cuerpo.

Stuart saltó hacia delante, profiriendo un grito. Furioso, arremetió contra los gruesos tentáculos que sujetaban los brazos de Victor. Apuntaba con cuidado, con la esperanza de no dañar la carne aprisionada, pero sus garras atravesaron la niebla sin encontrar resistencia. Victor se crispó cuando sangró a causa del golpe, sin que se aflojara la presa a su alrededor. Stuart retrajo las garras y asió los tentáculos, con la intención de destrozarlos con la fuerza de sus brazos. Las cadenas no cedieron un ápice. Sintió un violento tirón en el tobillo y se cayó de bruces sobre el pedregoso sendero. La niebla se cerró a su alrededor.

El suelo zahería la carne de su estómago, rostro y antebrazos. Estaban tirando de él, alejándolo de su compañero. Al parecer, no se conformaban con estrangularlo en el sitio. La bruma quería separarlos, asegurarse de que no podía liberar a Victor. Como si quisiera privarle de cualquier atisbo de esperanza de ser rescatado.

Con cualquier otra víctima, aquella estrategia habría dado resultado, pero Stuart no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

Cualquier otro, sujeto a aquel tratamiento, habría levantado los brazos para protegerse el rostro, habría soportado el desconsiderado paseo por los guijarros, habría esperado a que el suelo dejara de moverse y pasara la amenaza. Stuart, no.

Cuando se percató de que estaban arrastrándolo por los pies, se apresuró a abrir los brazos en cruz, exponiéndose a las inclemencias del abrupto terreno. La mano izquierda encontró su objetivo y atravesó el corazón de las brasas candentes. Gritó y removió con el puño.

Agitando las ascuas, avivando las llamas.

Cuando el fuego hubo cobrado vida, sintió que los neblinosos tentáculos se apartaban de él, que la presa se aflojaba sobre su tobillo, lo soltaba. Hasta que se detuvo.

No perdió el tiempo. Con la mano chamuscada recogida contra el pecho, rodó hacia la hoguera y se hizo un ovillo a su alrededor. Se incorporó de rodillas, sintiendo el aguijón de las piedras al borde de la fogata. Tanteó a ciegas con la mano ilesa, hasta que hubo encontrado la rama de pino con la que Victor atizara antes el fuego. Agitó las brasas y alimentó las llamas adormiladas.

La niebla se alejó de él. A medida que el círculo de luz se expandía, arrebatándole su dominio a la bruma, pudo recoger más madera, que fue a parar de inmediato a la hoguera. No tardó en disponer de una fuego rugiente, así como de vía libre hasta donde se debatía Victor, prisionero de la mortífera niebla. Puede que el enemigo se hubiese aprestado a recibir el envite de las garras y el tirón de unas manos fuertes, pero seguro que no estaba preparado para lo que hizo Stuart a continuación. De un colosal empujón, giró la forma rígida de Victor Svorenko en dirección a las llamas.

Las nieblas entrelazadas se retorcieron y se encogieron. Stuart giró otra vuelta a su amigo. Y otra.



La bruma se dispersó ante el asalto de su enemigo más antiguo. El torso de Victor se hinchó, libre por fin de la presión constrictora, e inhaló bocanadas entrecortadas del aire de la montaña. Stuart le palmeó en la espalda hasta que se hubo desprendido de las últimas y tenaces hebras de muerte líquida que habían conseguido meterse en su garganta y en los pulmones.

—Gracias, amigo. No sé cómo podré... —consiguió balbucir Victor, entre toses estentóreas.

—No malgastes aliento. Ya me darás las gracias más tarde. Si es que hay un más tarde. Ahora, lo principal es que ese fuego arda hasta que sea de día.

Cuando Victor hubo recuperado el aliento, se dio cuenta enseguida del dilema al que se enfrentaban. El único combustible del que disponían para alimentar su fogata era la leña dispersa dentro del círculo de luz. Cuando la noche avanzara y se redujera la intensidad del fuego, la zona en la que podrían recoger más madera menguaría a pasos agigantados. Llevaban las de perder.

Parecía que la niebla se agolpara en las lindes de su círculo defensor, amontonándose. La muralla no tardó en alcanzar la altura de un lobo. No transcurriría mucho tiempo antes de que creciera tan alta como un hombre. Por inquietante que resultara observar el levantamiento de la empalizada de humo (que devoraba las rocas, los arbustos, el cartel indicador, los árboles), Stuart se vio asaltado de repente por un pensamiento aún más desolador. Si los acontecimientos seguían sucediéndose a aquel ritmo, no pasaría mucho tiempo (desde luego, no tanto como para que el día tuviese tiempo de despuntar) antes de que las paredes fuesen lo bastante altas como para que la niebla compusiera un techo sobre ellos y su pequeña fogata. Eclipsaría incluso a las estrellas, y los enterraría en una tumba sellada de vapores cambiantes.

—Si tienes alguna idea —dijo Stuart, un poco más alto de lo necesario—, éste sería un buen momento para proponerla.

—No sé tú, pero yo estoy por atravesarla corriendo. No se puede luchar contra lo que no puedes golpear, ni puedes estrangular lo que no se puede agarrar. Si este fuego vuelve a apagarse... mejor dicho, cuando este fuego vuelva a apagarse, estaremos muertos. Así de sencillo. Yo no estoy dispuesto a morir aún. Aquí no, ni de este modo. Me enseñaron a elegir mejor mis batallas.

—Hasta ahí, estoy de acuerdo contigo. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Caminar de lado. Incluso la incertidumbre del reino de los espíritus tiene que ser mejor que lo que nos espera aquí. En el peor de los casos, podríamos limitarnos a quedarnos allí sentados hasta que sea mediodía y esta maldita niebla se haya disipado. O, si no te parece bien, podríamos intentar hacerle señas a un...

—Por lo general, diría que es un gran plan —interrumpió Stuart—. Salvo por un detalle. Aquí no hay ningún «más allá». Nada de otro lado. No lo ha habido en toda la noche, desde que pusimos el pie en este banco de niebla.

—No puede ser —insistió Victor, empeinado. Intentó cruzar la barrera que separaba al mundo de los espíritus, sin éxito. Nada. La confusión dio paso a la ira—. Tiene que haber un más allá. Todos los sitios tienen su puñetero reflejo. Si no, no sería...

—¿Ningún sitio? Eso es un pelín metafísico para mí, pero sé que no hay otro sitio al que caminar de lado desde aquí. Es como si ya estuviésemos allí.

—Maldita sea, no pienso morir aquí.

Se produjo un parpadeo de luz sobre sus cabezas. Stuart tardó un momento en darse cuenta del motivo; las estrellas, una a una, estaban siendo devoradas por el dosel de niebla.

—Vamos a intentarlo —dijo Victor—. Cojamos un atizador del fuego. Nos abriremos paso hasta que encontremos más madera o hasta que se consuman las antorchas. Luego regresamos...

—No volveremos a encontrarlo. Echa un vistazo a ese muro de niebla. En cuanto hayamos salido del círculo de luz, los penachos se cernirán de nuevo sobre nosotros, aislándonos del resto del mundo. Podríamos estar a tres metros de la hoguera sin pecararnos de ella en ningún momento y, mientras tanto, los vapores estrecharían su cerco cada vez más, repelidos tan sólo por el grosor de la llama de una antorcha en lugar de la de una fogata.

—Bueno, algo tendremos que hacer.

Victor se incorporó con trabajo y, tras sacar una tea encendida de la hoguera, arremetió contra la sección de pared más cercana. La hendió con brutales embestidas de su antorcha, rasgando y desgarrando hasta que se hubo quedado sin aliento. A su alrededor, sus víctimas se amontonaban más altas por momentos, emanando trémulas tiras serpentinas de niebla mutilada de la muralla bruñida e intacta. Chapoteaban y se retorcían bajo sus pies y se le enroscaban en los tobillos, reclamando su atención.

Stuart, testigo desde la hoguera, tuvo la inquietante impresión de que los retazos de niebla eran en realidad miasmas de serpientes, todas ellas tan negras como el ónice. Un momento después, Victor asestaba furiosos golpes de antorcha contra el suelo, rompiendo el espejismo e incinerando los últimos vestigios de bruma adheridos a sus pies.

Mas, al final, todos sus esfuerzos fueron en vano. Pese a sus denueados, la muralla se erguía tan pulida e inexpugnable como antes. Exhausto, se replegó hacia su puesto junto al fuego.

—No sirve de nada —jadeó—. No consigo abrir ninguna brecha.

—Lo único que tenemos que hacer es resistir aquí un poco más. Hasta que el sol alcance su cénit. Quizá el amanecer no baste para disipar esta niebla por completo, pero seguro que una fortificación de este tipo no soporta la luz del nuevo día.

—Espero que tengas razón —convino Victor—. ¿Cuánto falta para que amanezca?

—No lo sé. —Las estrellas habían quedado ocultas por entero, no servían de guía. Pese a su talante previsor, Stuart nunca había conseguido adquirir la costumbre de llevar reloj—. Pero ya no puede faltar mucho.

Así que se sentaron, charlaron y esperaron, hasta que el círculo de luz se hubo reducido a poco más que al grosor de sus propios cuerpos, y sus voces, a murmullos susurrados.

—Siento haberte metido en esto, Stuart Camina tras la Verdad. Por si fuera poco enfrentarme a la muerte sin un enemigo al que clavar mis garras y arrastrar conmigo, me temo que he volcado la desgracia también sobre ti. Te consideraba un amigo.

—No es culpa tuya. Venir fue elección mía, para encontrar respuestas. —Sofocó una risita—. ¡No peor es esta maldita espera! Me temo que se me da mejor buscar que esconderme. Oye, probemos una cosa. ¿Qué me dices si le doy un palo a esa pared, tú te quedas ahí sentado y me cuentas lo que veas? ¿Vale? De acuerdo.

Stuart se acuclilló, retiró una antorcha improvisada de la hoguera y se abalanzó sobre el banco de niebla más próximo. Hilachos desmadejados de bruma cayeron a su alrededor cuando blandió el atizador con ambas manos, como si de un hacha se tratara.

—Vas muy bien —animó Victor, aunque a Stuart no se lo parecía—. Pero ¿qué es eso de ahí? ¡Espera! Junto a tu pie. —Se incorporó y corrió junto a su compañero. Cuando miró abajo, Stuart volvió a tener la impresión de que veía a una serpiente negra

encabritada, dispuesta a atacar. En ese momento, Victor se adelantó con sus garras y la partió por la mitad.

Sin aliento, Stuart retrocedió hasta la laguera.

—¿Qué has visto? —quiso saber, sin molestarse en darle las gracias a Victor.

El Colmillo pasó por alto la omisión.

—No lo sé. Al principio parecía un trozo de cuerda, más oscuro que la niebla que lo rodeaba. Negro como el carbón. Luego se irguió y pensé que se trataba de algún bichejo del Wyrn que se te acercaba al amparo de la bruma. El que nosotros no veamos ni torta en medio de esta condenada humareda no quiere decir que haya otros seres que no sufran el mismo impedimento.

Stuart esbozó una sonrisa y palmeó a Victor en el hombro.

—Espléndido. Ahora otra vez. Voy a examinar la muralla de nuevo pero, en esta ocasión, si ves a tu bicho del Wyrn, no te lo cargues, cógelo, ¿de acuerdo?

El pasmo resultaba visible en el rostro de Victor, pero asintió. Haría lo que hiciese falta.

Stuart cogió otra antorcha del fuego y la blandió contra la pared, a dos manos. Pareció que la niebla retrocediera un paso ante la intensidad de su acometida. Avanzó, vadeando el cenagal de cuerpos retorcidos de sus víctimas. Un paso más. Un tercero. A través de las capas desmenuzadas de niebla, vio una silueta que se cernía sobre él... el tronco del árbol contra el que se quedara dormido Victor con anterioridad.

—¡Allí! —gritó Victor, antes de abalanzarse. Su mano salió disparada hacia un mero penacho de niebla derribado al paso de Stuart; de algún modo, parecía más oscuro, más sólido que el resto. Se lanzó a por él y profirió un aullido triunfal cuando sintió que aquello se retorció entre sus manos. Por fin, algo sólido.

—¡Ahora, no lo sueltes, haz lo que hazas! ¿Lo tienes bien sujeto? ¡Con las dos manos, y luego, tira!

Victor tensó los hombros y los expandió. Era un esfuerzo titánico, capaz de arrancar un árbol joven de raíz. Se encontró con una resistencia inesperada, se aprestó de nuevo, y volvió a tirar.

Incluso Stuart podía verlo ahora. El ser que había aferrado Victor poseía el aspecto de un resistente cordón negro, no más largo que su brazo, pero se retorció igual que si estuviera vivo entre sus manos, y Victor estaba pasando apuros para mantenerlo sujeto.

Tras arrojar ambas antorchas a sus pies, Stuart cogió un cabo de la cuerda.

—A la de tres. Uno... dos...

Al llegar a tres, el banco de niebla se enroscó al otro extremo de la cuerda de ébano viviente y se sumó al tira y afloja. Al cabo de diez minutos, ambos Garou estaban empapados de sudor. Como recompensa por sus esfuerzos, habían conseguido tres metros largos del correoso «cordón» cambiante, y se habían abierto paso de regreso a la fogata.

—¡Esto no es ningún engendro del Wyrn! —boqueó Victor, casi sin aliento—. ¿Qué es esta cosa?

—No lo sé —repuso Stuart, no sin esfuerzo—, pero, sea lo que sea, se diría que empieza a deshilacharse. Creo que hemos estamos tirando de un cabo suelto.

—Sí, pero ¿qué encontraremos al otro extremo? Éste no está tan mal, siempre y cuando consigas que no se te enrede en los pies y tropieces, pero el otro...

—En ese caso, lo mejor será desatarlo. —Stuart miró alrededor—. Podríamos intentar llegar hasta aquel árbol, a ver si consigues hacerle un nudo.

En esta ocasión, tardaron la mitad de tiempo en recorrer la distancia.

—Vamos progresando —comentó Stuart, mientras Victor daba tres vueltas al tronco del árbol con el sinuoso extremo antes de soltarlo.

—El nudo aguantará —afirmó, ufano, examinando su trabajo—. Si la cuerda no se rompe...

—Si esta cosa está viva, no va a tirar tan fuerte como para partirse en pedazos. Yo espero aquí un minuto, mientras tú vas y recoges palos de la hoguera, a ver si conseguimos despejar un poco de espacio por aquí. Quiero probar una cosa.

Victor vaciló sólo un momento, antes de percatarse de las intenciones de Stuart. Asintió, aprobatorio, y se dispuso a recoger el fuego.

Stuart sostuvo la cuerda a un brazo de distancia frente a él, con ambas manos. Despacio, con meticulosidad, caminó alrededor del árbol. El cordón comenzó a girar, con el tronco como eje.

—Creo que la niebla comienza a escampar un poco —dijo Victor, a su regreso—. Podía ver tu silueta desde la hoguera. Ya falta poco para que amanezca. —Comenzó a distribuir pequeños puntos de fuego alrededor del árbol, donde no interfiriesen con el circuito de su compañero.

Stuart levantó la cabeza y volvió a ver el tenue parpadeo de las estrellas. Estuvo a punto de soltar un grito.

—No es el amanecer, mira! Sigue siendo de noche, pero la niebla ralea.

Victor se colocó junto a Stuart y el proceso ganó velocidad.

—Es como si la bruma misma se estuviera desembrollando —dijo, al cabo de un momento—. Ya se puede ver el suelo, y el camino que asciende por la ladera.

---

Stuart miró en la dirección que señalara el Colmillo con la cabeza, y distinguió el revelador sendero del sinuoso hilo negro que zigzagueaba hacia la cúspide. Tan diáfano como un camino bien alumbrado.

—Desátalo otra vez, yo lo sujeto —dijo Stuart, con una nota de triunfo en la voz—. Me parece que aún podremos avanzar esta noche.



## Capítulo once



—Ya no puede estar lejos —dijo Stuart. El sol era un tosco esbozo colorado sobre el horizonte, el borrón dibujado con los dedos por un niño. La niebla esclarecería por sí sola en breves momentos, se retiraría para esperar a que desapareciera el calor del día. Stuart ya se sentía mejor. Inhaló una honda bocanada del límpido aire de la montaña, antes de desistir de su empeño, torcido el gesto—. Hueles a oveja mojada.

Victor se olisqueó a sí mismo y gruñó.

—Sí —convino, asintiendo con la cabeza—. Igual que tú, me temo. A lana mojada. También esto se irá, conforme ascienda el sol.

—Cualquiera diría que a estas alturas tendrían que vernos. Desde la cima, me refiero. ¿No tendrían que haber apostado centinelas, cerca del manantial? Si es verdad que se trata de un lugar de poder, Pisa la Mañana no lo habrá dejado desamparado.

—Eso también me preocupa —admitió Victor, a regañadientes—. Di la voz de aviso cuando comenzamos el ascenso, y otra vez cuando vimos el primer rayo de sol. No he escuchado ninguna

respuesta, ni he visto señales en el exterior esta mañana, pero tienes razón. Ya debemos de andar cerca, intentémoslo de nuevo. —Dicho lo cual, levó el rostro y lanzó un aullido. Pareció que la niebla rala esponjara el sonido casi antes de que éste escapara de su garganta, del mismo modo que exprimía el calor de sus cuerpos—. No oigo nada —concluyó, tras un paciente intervalo. Resignado, reanudó el ascenso. Stuart siguió sus pasos.

—A lo mejor tienen un buen motivo para guardar silencio. Si no esperan visitantes del clan del Alba, querrán cuidarse de conducir a otros desconocidos al sitio. Si hay Danzantes en esta región...

Victor lo acalló, tajante.

—No hables de eso en voz alta! —rogó, apresurándose a hacer la señal contra el Ojo del Wyrn—. Aun cuando los Caídos acecharan en las proximidades, estas montañas albergan seres más siniestros, si cabe. Antiguas malignidades sumidas en un sueño muy ligero, con un ojo abierto.

—¿Qué clase de «*antiguas malignidades*»? —quiso saber Stuart. Antes de que Victor pudiera responder, tropezó de nuevo y se calló de bruces al suelo. Se produjo un desmoronamiento de cascos sueltos, seguido de un sofocado grito de alarma.

—¿Estás bien? —Stuart avivó el paso entre la granizada de pedruscos para echarle una mano, antes de detenerse en seco. Profirió una maldición queda cuando vio con lo que había tropezado su compañero.

El mojón que sobresalía entre los restos de la niebla baja adquirió el inconfundible perfil del cuerpo de una persona.

Victor se arrodilló junto a él, apartando con impaciencia los tentáculos de bruma que obscurecían los rasgos del cadáver. El cuerpo había sido dispuesto de forma precisa, a conciencia. Yacía tumbado de espaldas, con las piernas juntas, los brazos pegados a

los costados. Alguien se había tomado la molestia de alinear el cadáver perpendicular al *axis mundi*, con los pies apuntando al este y la cabeza hacia el oeste.

Conforme la niebla se disipaba ante los embates de Víctor, reveló un rostro casi sereno, sin distorsionar por la rabia, el dolor ni el sufrimiento. Parecía que el cachorro se hubiese tumbado a descansar y hubiese muerto mientras dormía plácidamente. Sus labios esbozaban incluso una tenue sonrisa. Cuando la bruma hubo retirado del todo su velo, Stuart se quedó sin aliento.

Se apreciaba una herida abierta en la frente del muchacho. Parecía que le hubieran asestado un golpe en el centro del ceño. La fuerza de aquel ataque había cascado el hueso frontal como si de una cáscara de huevo se tratara, provocando un agujero de bordes irregulares, semejante a un ciclópeo ojo rojo.

Sin duda, aquello no era obra de garras ni colmillos. La imaginación de Stuart, alimentada quizás por el imaginario literario referente a minas abandonadas, formó la imagen de una piqueta.

—Es Gennady —dijo Víctor, con la voz afectada por la emoción—. Este cachorro formaba parte de la manada de Habla Trueno, que fue el primero en propagar la noticia del milagro que había obrado Gaia en este lugar. Pisa la Mañana le había confiado la salvaguardia de este sitio.

Stuart posó una mano, vacilante, sobre la garganta del joven. Meneó la cabeza, compungido.

—Su piel está fría, y no se ve ningún charco de sangre, como cabría esperar al ver esa herida. Lleva aquí un día y una noche, al menos. ¿Cuántos... cuántos más?

Víctor levantó la cabeza de golpe, como si acabara de darse cuenta de qué era lo que habían ido a buscar. Aquello no era un simple asesinato, sino el preludio de una masacre.

## Capítulo doce



Dejaron el cuerpo del muchacho donde yacía, escrutando el oeste del oeste con su único ojo sin párpado, fijo en el lugar donde incluso el sol se hundiría dentro de poco para sumergirse en las aguas de la noche.

Un oscuro presentimiento se había apoderado de ellos. Sabían que la velocidad resultaba fundamental. Tras volverle la espalda a la traicionera pendiente, Victor se desvió hacia la derecha del sendero, siguiendo la dirección que indicaban los pies del cadáver. Con tan evidente señal, resultaba imposible pasar por alto el estrecho camino de tierra que serpenteaba hacia una hondonada.

La tupida vegetación del monte bajo delimitaba ambos márgenes del sendero, pero el rastro era evidente: algo pesado se había arrastrado por allí hacía poco. Stuart aceleró el paso, corriendo hacia un encuentro que temía que se produjera. Cuando el dúo hubo doblado el recodo del sendero, el hedor de la descomposición se alzó para recibirlos. La vía estaba bloqueada por un impenetrable dosel de espinas. La muralla de plantas se erguía

sobre ellos, tan espesa como una selva, tan erizada de púas como una falange de lanceros.

No les quedaba más remedio que intentar abrirse camino a través. Stuart se cubrió con el espeso abrigo de su forma guerrera, a modo de escudo, y arremetió, arramblando con todo lo que le obstaculizaba el paso a fuerza de poderosos tajos de sus garras.

Los espinos no eran rival para él. Lo arañaban y se aferraban a su pelaje. Atacaban sin descanso su cara y sus ojos. Le desviaban del sendero una y otra vez, conduciéndolo a callejones sin salida y al borde de acantilados. Pero no podían contradecirle.

Cubierto de la cabeza a los pies con irritados verdugones rojos, asfixiado por el aire enrarecido que flotaba bajo el techo bajo del ortigal, Stuart arremetía hacia delante y abajo, ajeno a toda oposición.

Victor seguía su estela, facilitado su tránsito por el túnel de proporciones Garou que excavaba Stuart.

—¿Quieres que vaya yo delante un rato? Está claro que no...  
—Se calló en seco, observando con asco y alarma algo oculto en la maleza, a su derecha.

—¿Que no qué? —gruñó Stuart, volviéndose hacia su compañero—. ¡Opón! ¿Qué demonios es eso?

Colgada lánguidamente sobre un arbusto espinoso, vieron un espeluznante espectáculo: la piel reseca y agrietada de un hombre. La rama se curvaba ligeramente debido al peso que sujetaba. La máscara de muerte, fina como el papel, les devolvió la mirada, sin parpadear, con los rasgos distorsionados reflejo del horror que les inspiraba.

Victor aventuró un paso vacilante al frente, con una mano temblorosa extendida. Rozó la piel y retiró los dedos como si picara, con los nervios de punta por la inquietante textura de la carne tostada al sol.

—¿Qué podría hacer algo así? —Su voz tañía con incredulidad e indignación—. Despellejar a un hombre para luego colgar su piel en un árbol. ¡Es inhumano! Es...

—Es algo con lo que no nos queremos tropezar —interrumpió Stuart, con voz queda. Con un gesto, le indicó a Victor que lo imitara—. Esto no me gusta más que a ti, pero no conseguiremos nada llamando la atención. Por lo menos, no hasta que hayamos descubierto a qué nos enfrentamos.

Victor convirtió su voz en un susurro, cargado de amenaza.

—Quienquiera que haya hecho esto, lo pagaré con creces.

—Vamos a ponerle las manos encima, no te preocupes —le aseguró Stuart a su compañero, mientras retrocedía despacio—. Eso seguro, pero tienes que mantener los ojos bien abiertos. No veo a un palmo de mis narices cuando estoy abriendo camino en esa cortina de zarzas.

—Es mi turno. Vigila tú —gruñó Victor. Stuart no se lo discutió.

Tras el descubrimiento del tercer cadáver disecado, Stuart dejó de llamarle la atención a Victor sobre ellos. Aquello no contribuía más que a horadar la frágil corteza de autocontrol de su compañero.

No tardó en pensar que, dondequiera que posara los ojos, vería la misma escena macabra. Sentía la cabeza embotada y tenía que parpadear de continuo por culpa del calor y del sudor, a fin de mantener la vista concentrada. No conseguía apartar la mirada de la constante procesión de cadáveres, del desfile de mórbidos espantapájaros, de aquellas víctimas desolladas.

En vano, se preguntó qué destino era el que se había cernido sobre ellos, obligándolos a convertir sus osamentas en meros marcos para las zarzas. Casi podía escuchar cómo corría la savia

por los canales que otrora transportaran la noble sangre de los guerreros de Gaia.

Transcurrido algún tiempo, dejó de contar. No conseguía asimilar la desproporcionada magnitud de tamaña atrocidad. Debía de haber más de una docena de máscaras mortuorias adornando la espesura. Ya no soportaba aquellas miradas inexorables. Le asaltaban mudos reproches por doquier.

Es una bendición para los jóvenes que no encuentren caras conocidas entre los difuntos. Quizá Victor tuvo suerte de atisbar sólo una, aunque ésta bastase para que estuviera a punto de desmoronarse casi por entero. Cuando hubo encontrado los restos de su amigo Habla Trueno colgados de un árbol, la resolución de Victor le abandonó y se desplomó de rodillas. La piel de Habla Trueno estaba extendida y tirante, descolorida igual que una hoja seca. Sus extremidades ondeaban a la brisa. Abrazó el cascarón agrietado que fuese su amigo, con fuerza. No encontró resistencia. La piel se desmenuzó igual que un pergamino antiguo y cubrió el suelo a su alrededor.

Permaneció arrodillado, con los puños apretando los jirones ajados, durante mucho tiempo. Stuart lo dejó a solas con su dolor. Vio cómo se endurecía el semblante de Victor. Hasta ese momento, Stuart podía haberse engañado a sí mismo, diciéndose que su aventura terminaría cuando se hubiesen abierto paso hasta la mina de estaño. Ahora, se había producido un cambio sustancial. Los rasgos de Victor adoptaron una expresión sombría e inexorable, espejo de las máscaras funerarias que colgaban de los arbustos. La sangre llamaba a la sangre.

—Victor —llamó Stuart, con tiento, apoyando una mano sobre el hombro del joven Colmillo—, tu amigo ya no está aquí. Se encuentra a salvo. Su espíritu ha abandonado este cascarón hueco.

—Lo sé —repuso Victor, sin levantar la cabeza—. Debemos continuar. —Escrutó entre las zarzas tronchadas, como si hubiese atisbado un indicio de la torre oscura que se erguía al otro lado de las espinas.

Stuart tomó la delantera. El mediodía golpeaba con fuerza, y el calor acumulado bajo el dosel de espinos parecía exprimir la vitalidad y la voluntad de su cuerpo. Exhausto, se apartó de la muralla de rastrojos y se despojó del grueso abrigo de su forma guerrera.

—Es mi turno —dijo Victor. Comenzó a pasar junto a Stuart, pero éste le hizo señas para que retrocediera.

—Ya no puedo ni levantar los pies —jadeó—. Paremos un rato. Tengo que recuperar el aliento.

Victor frunció el ceño. La idea de detenerse, incluso de aminorar el paso, lo afligía. Su único propósito consistía en encontrar al responsable de aquella atrocidad, de aquel jardín de pieles arrancadas, para arrebatarle la vida del cuerpo con las manos desnudas.

Mas, al ver el agotamiento reflejado en el rostro de su compañero, se refrenó. El Colmillo había cruzado el umbral de la preocupación por su propio bienestar, pero eso no le daba derecho a empujar a su amigo más allá de sus límites.

—Descansa. Cuando el sol haya superado su cénit, continuaremos.

Stuart se desplomó sobre un tocón próximo y procuró no fijarse en el agitado pasear de Victor. Fue al apartar la mirada cuando reparó por primera vez en el ser que los había estado siguiendo desde que se adentraran en los espinos.

Al principio, creyó que se trataba de un reflejo del sol que atravesaba el techo de ramas. Su mente saltó de inmediato a la idea de aguas (¿quizás un pequeño estanque!) ocultas entre los matorrales pero, cuando abrió la boca para alertar a Victor de su



descubrimiento, el reflejo resplandeció y desapareció. Al momento, volvió a titilar, algo más alejado.

Stuart escuchó en busca del sonido de una corriente de agua, aunque sabía que se habría percatado antes del mismo. Nada.

Era indudable que había movimiento en el corazón del macizo. Podía distinguir el frufrú de su lento avance. Algo de gran tamaño que se deslizaba entre los zarcillos y las ortigas.

Carraspeó para llamar la atención de Victor sobre aquella presencia, pero las palabras murieron en su garganta. En ese momento, vio la cara.

Ya había visto una docena de rostros agónicos prendidos de las espinas. Casi había llegado a convencerse de que se había vuelto inmune a sus efectos. Aquel semblante, no obstante, echó por tierra su convicción. Apareció ante él y lo estremeció hasta la médula. Aquella no era una cara conocida dejada como monumento curtido para que la descubriera un viejo amigo. Aquello era el complemento de la máscara... no la envoltura de carne, sino el rostro de debajo, el auténtico. Una cara que había mudado la piel.

Stuart no sabía qué obscena transformación debía de haberse producido para engendrar tal monstruosidad, ni albergaba esperanza alguna de descubrirlo. Los rasgos del ser eran tan suaves como la porcelana, sonrosados. El perfil óseo se apreciaba con nitidez en la cabeza lampiña. Sus ojos sobresalientes le conferían un aspecto horrísono; las húmedas tiras de membrana que le cubrían las fosas nasales ondeaban con cada repugnante aliento.

Puesto que aquel engendro respiraba. Estaba tan vivo como Stuart, sólo que alguien se había aplicado a la ardua tarea de desollarlo y desprenderse de la piel, quizá colgándola de una rama para secarla al sol.

La imagen flotó ante sus ojos sólo durante un instante pero, en años posteriores, Stuart volvería a ver aquel rostro, en la

oscuridad de la noche, espíandolo desde el interior de sus propios párpados. Con reproche. Con odio.

La criatura viró de improviso y se desvaneció tan de repente como había aparecido. Stuart prestó atención al roce de su retirada. *Bellejo!*, siseaba aquel cuerpo, acusatorio, mientras se arastraba, sonrosado y vulnerable, entre los crueles zarzales. Las espinas zaherían y se ensañaban con los tejidos expuestos. Al menor gesto de la criatura, las púas aserradas se cobraban largas tiras ensangrentadas, pese a lo cual seguía adelante, reptando sobre su vientre.

Stuart rezó para que Victor se hubiese librado de aquella visión. O para que al menos, si la había visto, no hubiese reconocido en esos rasgos los de su amigo, Habla Trueno. Sin pelo, sí. Sin piel, sí. Pero reconocible incluso para alguien que nunca había conocido a aquel hombre en persona, sólo al cascarón reseco y apergaminado que pendía de un árbol.

*«Se conoce a la máscara, nunca al hombre»*, pensó.

La desdichada criatura se había ido con tanta rapidez como viniera. Stuart se sorprendió de que no hubiese gritado. Cayó en la cuenta de forma distante, víctima de una desconcertante dislocación. Era como si se encontrara en algún lugar lejos de sí, observando con curiosidad contenida al periodista sucio y mugriento, víctima de su propia curiosidad. Atrapado de nuevo mirando a dónde no debía.

Qué extraño, pensó, que ese Stuart de ahí no hubiese gritado. Ni si había inmutado. Permanecía sentado como un estúpido, atisbando el corazón de la espesura, mientras aquella furiosa pincelada escarlata surgía de la fronda y se abalanzaba sobre el joven Colmillo Plateado, cargado de odio, con un único propósito.

Aquello disipó las nieblas de la impresión que se habían cernido sobre su cerebro, igual que un grueso manto de lana.

—Victor! —La palabra brotó de sus labios al tiempo que se incorporaba de un salto.

Victor giró en redondo, sus sentidos de guerrero alertas de inmediato. Más veloz que el pensamiento, relacionó la urgencia de la voz de alarma de Stuart y el estrépito procedente de la espesura a su espalda. Su cuerpo saltó como un resorte, por instinto, accionando sus garras.

El feroz envite ascendente habría destripado a cualquiera que se hubiese interpuesto en su camino, pero el asaltante no se aproximaba sobre dos piernas... venía por el suelo, arrastrándose. Su carga se filtró bajo el centelleo de las garras y se estrelló contra las piernas de Victor. Se produjo un estridente crujido, seguido de un grito de dolor antes de que, inesperadamente, el Colmillo viese cómo sus pies pataleaban en el aire sobre su cabeza. Aterrizó a plomo, quedándose sin resuello.

Por suerte, pese a la velocidad de la criatura, le costaba maniobrar. Girarse se cobraba su tributo en el vientre expuesto, donde las crueles espinas se hundían inclementes en la carne desollada. Empero, logró girar. Cogió impulso y volvió a la carga, ajeno al reluciente reguero carmesí que dejaba a su paso.

Stuart se abalanzó sobre la bestia, con la intención de colocarse entre su camarada caído y el fatal destino que se cernía sobre él, pero sabía que iba a llegar demasiado tarde. Desesperado, gritó:

—Habla Trueno, no!

Se arrepintió incluso antes de que las palabras hubiesen terminado de salir de sus labios. El grito no contribuyó a aminorar el avance de la criatura, pero obtuvo un considerable efecto sobre el joven Victor. Stuart vio que el Colmillo musitaba el nombre y bajaba la guardia.

La bestia lo embistió.

Stuart sentía ganas de gritar. La innegable certeza de lo que acababa de hacer cayó sobre él como un mazo. Un pensamiento se repetía en su cabeza, una y otra vez: acababa de asesinar a su amigo. Lo había matado, como si le hubiese clavado un puñal mientras dormía.

Presa de la desesperación, asió lo primero que encontró a mano. Sin sorprenderse, vio que era un manojo de zarzas recubiertas de afilados zarcillos. Las envolvió con fuerza alrededor de ambas manos, ignorando el lacerante dolor cuando las púas se hundieron en su carne. No se merecía menos.

*«Aquí la carne es testimonial —pensó—, prescindible».*

Vio que la monstruosidad despellejada, lubricada no sólo con su propia sangre sino también con la de Victor, viraba hacia él. Sostuvo su mirada por un instante, antes de agachar la cabeza y cargar.

Stuart se limitó a verlo venir. Había matado a su amigo. Calculó el tiempo que le quedaba mientras la distancia que separaba a ambos antagonistas se reducía a gran velocidad, intentando discernir el tiempo exacto que le quedaba. Era importante elegir el momento propicio, pero parecía que hubiese perdido la facultad de concentración.

Lo cierto era que el tiempo transcurría mucho más deprisa de lo que se había temido. El hedor a sangre derramada y a carne putrefacta llegó primero, pero el peso de la criatura no tardaría más que un instante en sumársele. Con un grito de abandono, Stuart saltó a un lado. La criatura pasó junto a él como una exhalación, descargando apenas un papirotazo. Le barrió los pies del suelo, pero aquello ya no importaba. Había enganchado a la horrenda criatura mientras corría, enroscando la zarza lacerante con fuerza en lo que otrora fuese su garganta.

Stuart se asió con desesperación mientras también él se veía arrastrado por las espinas tras la bestia. Tiró con fuerza, sintiendo cómo resbalaban sus nudillos entre las capas grasas de la nuca de la criatura. Vio que la vaina rosada se partía a medida que las zarzas se hundían hasta la columna.

Le propinó un violento tirón. Con un crujido, la cabeza de la criatura se dobló hacia atrás en un ángulo improbable, clavando los ojos en los de Stuart al tiempo que la luz que los avivaba se atenuaba, desenfocados, tornándose vidriosos.

Stuart se quedó encima del ser, jadeando, hasta que dejaron de temblarle los brazos. Se aplicó a la espeluznante tarea de retirar las manos trituradas del improvisado garrote de doble filo. Era una labor lenta, ardua, e insoportablemente dolorosa. Sus ojos y sus pensamientos regresaban en repetidas ocasiones al cuerpo tronchado de su amigo. Tenía que llegar hasta él, ayudarlo, pero se obligó a concentrarse en la tarea que lo ocupaba. Hasta que no se hubiese desenredado, no le sería de ninguna ayuda a Victor.

Por fin, consiguió arrancar el último trozo de zarza. Se apartó de la espalda de la criatura y se incorporó de un salto. Trastabilló medio cegado por el claro, hasta alcanzar el lugar donde yacía su amigo.

Una boqueada lastimera reveló lo que no se había atrevido a desear. Víctor estaba vivo! Cuando se acuclilló junto a su camarada caído, no obstante, supo que «vivo» era lo único que podía esperar. Las heridas de Victor eran profundas, muy graves y, probablemente, mortales. Roto en cuerpo y alma, era improbable que pudiera volver a moverse.

Tenía el pecho aplastado de manera alarmante. La sangre manaba de las heridas donde las fauces de la criatura se habían ensañado con su rostro y su garganta. El cabello era un manojo

sanguinolento allí donde su cabeza se había estrellado contra el suelo.

Los espinos ya habían comenzado a crecer a su alrededor (en su interior!), lenguas de pinchos que cataban el aire, lamiendo con avidez la sangre vital derramada.

Stuart arrancó un puñado de ortigas mas, por cada brote que destrozaba, brotaban tres más para ocupar su lugar. Victor no tardó en quedar cubierto por un grueso manto de vida reptante.

Podía oírlos a su alrededor, estrechando el cerco, susurros de nueva vida que estiraban el cuello en dirección a los restos de la vieja. Sabía que venían a por él y que su caricia suponía una muerte segura, pero lo único que le preocupaba era liberar el cuerpo de Victor. Llevarlo de vuelta entre los suyos.

Quizá fuese mejor así, pensó. Dejar que las espinas se los llevaran a ambos. Mucho mejor que la horripilante alternativa: terminar igual que Habla Trueno, desollados vivos y maldecidos con una monstruosa cuasi vida.

Stuart era vagamente consciente del anillo espinoso, tan grueso como el brazo de un hombre robusto, que se enroscaba con cariño, protector incluso, alrededor de su cintura. Sintió la súbita llamarada del aire que escapaba de sus pulmones, y luego, la fría caricia de la oscuridad, del grato olvido.

## Capítulo trece



Stuart se despertó con una maldición en los labios, así que supuso que no se encontraba en el Paraíso, aunque no estaba seguro de que le gustara la alternativa. Yacía de espaldas, viendo cómo la luna menguante se alzaba sobre un dosel de espinas que se retiraba. La perla prendida en el terciopelo negro pareció flotar más cerca por un momento, cerniéndose sobre él para, con un parpadeo de desaprobación, recuperar su distancia acostumbrada.

El latido que martilleaba detrás de sus ojos y el agudo pinchazo que sentía en el pecho acapararon su atención. No quería pensar en ninguno de ellos mas, conforme alejaba su consciencia de aquel par de inmensos dolores, un torrente de aflicciones menores se apresuró a inundar el espacio vacío.

Gimió en voz alta antes de que tuviera ocasión de arrepentirse. Si seguía con vida, aquello suponía un flagrante desliz. No tenía prisa por llamar la atención de quienquiera que pudiese andar por los alrededores, acechando en las cercanías, observándolo desde el parapeto de la espesura.

Su respiración constaba de una serie de bocanadas sibilantes que se abrían paso entre lo que eran, sin duda, unas cuantas costillas rotas. Le dolía el pecho como si llevase días aguantando el aliento. Por encima del tamborileo de su corazón, oyó que algo se movía entre los espinos circundantes. Vio que las gruesas zarzas, en esos momentos, reptaban alejándose de su forma inerte. Intentó levantar una mejilla de la hojarasca aplastada para mirar en torno a él. Tras una larga pausa, el segundo intento demostró tener más éxito.

Cuando los alrededores hubieron ocupado su campo de visión, consiguió localizar el movimiento. El bulto pincelado de rojo y blanco que yacía a escasa distancia era sin duda el cuerpo de su amigo Victor Svorenko. Inmóvil. La figura agazapada junto a él, no obstante, se mostraba más motriz. Tanteaba distraída para alejar a los últimos insectos aferrados todavía al Colmillo Blanco.

Todas las zarzas de los alrededores inmediatos (incluidas, al parecer, las que habían sujetado a Stuart) se atropellaban las unas a las otras en su prisa por retirarse.

«*Eso no puede ser buena señal*», pensó. Procuró silenciar el resuello de sus pulmones cuando la figura asió a Victor por los tobillos y comenzó a llevárselo, arrastrándolo por las espinas. Ante aquella indignidad, Stuart sintió los primeros coletazos de la rabia en su interior. Le impulsó a ponerse de pie, trastabillando, y a emprender el vacilante rastreo del rastro de la pareja.

Por suerte, el rastro era fácil de seguir. El nuevo asaltante de Victor avanzaba deprisa, puesto que las púas se apartaban a su paso. Stuart descubrió que, al adoptar su forma lupina, podía mantener el paso y permanecer a una distancia prudencial al mismo tiempo. Aquello demostró ser de vital importancia, puesto que las zarzas se reagrupaban aprisa tras la pareja, engullendo el tenue rastro.



No mucho después, percibió una peste a descomposición y corrupción que no tardó en adquirir proporciones abrumadoras. El hedor se originaba más adelante. Ladera abajo, se dio cuenta.

Se sobresaltó al ver que el persistente telón de púas desaparecía de pronto. La transición fue tan repentina como si hubiese pulsado un interruptor. Tan pronto se estaba abriendo paso entre la imponente muralla de zarzas, como se vio mirando al fondo de una hondonada.

Su paradero era inconfundible. Su mirada siguió la pendiente hacia abajo, donde desaparecía tragada por una oscuridad ominosa... el primer atisbo del túnel de una mina abandonada.

A la luz de la luna, Stuart tuvo la vaga impresión de una estructura achaparrada al borde del abismo. Una garita abandonada, quizás un almacén de herramientas que desempeñara alguna función cuando la vieja mina seguía en activo.

Se le embotó la cabeza con el nocivo hedor a putrefacción que llegaba hasta él, procedente de las profundidades, pero sabía que debía continuar. No podía permitirse el lujo de perder ahora a su presa. Sin preocuparse más de si vigilaban sus movimientos, se alejó a buen paso de la protección del telón de espinas.

«*De momento, vamos bien*», pensó. No se veía ni rastro de Victor, ni de la figura encorvada que había mostrado tanto interés por su cadáver. Stuart avanzó por el maltrecho terreno. Al frente, distinguió la orilla de un acuífero natural, cuya anchura no debía de medir más que él de alto. Las piedras aserradas que apuntaban al cielo alrededor de sus márgenes daban la impresión de que la propia tierra se había rasgado en aquel punto, revelando así una maravilla oculta que yaciera enterrada desde hacía tiempo. Un regalo del corazón de Gaia.

«*Lágrimas de Gaia*». Victor había hablado acerca de aquel puro manantial de montaña, señal del perpetuo pesar de la

Madre, de la compasión que sentía por Sus hijos, que debían padecer tanto en Su nombre. Mas no se apreciaban indicios de aquella fuente de aguas cristalinas en el estanque negruzco que veía Stuart. Aquel era el charco de un misterio más oscuro, lleno, no de lágrimas, sino de un miserable reguero de secreciones menos decentes.

Un apéndice monstruoso yacía en medio del cieno, medio enterrado. Incluso a oscuras, el ojo de Stuart podía distinguir los mantecosos segmentos del cuerpo del gran Wyrn, erizado cada arco quitinoso de toscos tentáculos semejantes a lanzas. El Wyrn era casi demasiado inmenso como abarcarlo de un solo vistazo. Stuart no pudo resistirse al impulso de estirar el cuello para intentar contemplar a la bestia en su totalidad.

No podía distinguir a ciencia cierta si el apéndice enterrado en el lógamo era la cabeza o la cola del monstruo, u otro deforme muñón de su gigantesco corpachón. Con creciente aprensión, Stuart trazó la línea de ébano de relucientes segmentos corporales hasta los escombros del pozo de la mina. Se percató de inmediato de que lo que confundiera antes con un edificio al borde del abismo no era más que uno de los anillos de la blasfema criatura. La bestia se alzaba igual que una majestuosa torre de ónice directamente desde las entrañas de la tierra.

Se aproximó con cautela. Veía con claridad cómo se estremecían los tentáculos táctiles que cubrían la mole del costado más próximo a la leve brisa. Por lo demás, la atrocidad no se movía.

«*Por favor, que esté muerto. Que esté muerto*». Stuart susurró una plegaria silenciosa a aquellos espíritus que aún pudiera quedar aferrados, tenaces, a aquel templo profanado. Se preguntó si sería aquel el ser al que se habían enfrentado Victor, Arne y Arkady. El Wyrn del Trueno.

Pero no, Victor le contó que había regresado a la mina con Pisa la Mañana. No mencionó nada de aquello, y no creía que se le hubiese podido pasar por alto.

Un ligero sonido, un delicado chapoteo, sacó a Stuart de su ensueño. Procedía de la dirección del repulsivo cilanco. Con creciente horror, vio las ondas que se extendían sobre la cenagosa superficie. Su vista penetrante siguió los círculos concéntricos hasta la fuente de la anomalía. El viscoso apéndice de la bestia del Wyrm se estremeció, una, dos veces, resistiéndose al peso del lodo.

Stuart brincó. Cuatro poderosas patas se impulsaron sobre la tierra para ayudarle a trazar una elevada parábola que lo transportó tres cuartas partes del camino que lo separaba del lomo del Wyrm. Sus garras escarbaron frenéticas para sujetarse, excavando enormes grietas en la reluciente armadura de ónice y la harinosa carne que ocultaba. Por fin logró trepar hasta lo alto de la bestia, desde donde pudo contemplar su longitud de punta a punta. En cualquier momento, el tentáculo se liberaría del cieno y atacaría.

Mas el monstruoso apéndice no se soltó, sino que pareció emitir un suspiro de resignación y se desplomó con una exhalación de vapores fétidos. Stuart tuvo que combatir las nauseas, a medida que avanzaba por los resbaladizos segmentos. En vano intentó ver algo en medio de aquel miasma, que no parecía tener prisa por dispersarse.

Para cuando se despejó su visión, el Wyrm volvía a yacer inerte, aunque se apreciaba otro movimiento en el suelo.

Donde el cuerpo del Wyrm rebosaba por la orilla del estanque profanado, se abrió una oquedad semejante a un esfínter. El orificio oscuro, ribeteado de cilios, era sin duda la fuente del hedor a putrefacción.

No era aquella apertura lo que acaparaba la atención de Stuart, no obstante, sino la diminuta figura que emergió de ella. Una muchacha, radiante a la media luz del anochecer, más oscura y a la vez más brillante que todo lo que la rodeaba. Que la luz de la luna y el mediodía. Se había alejado de Stuart media docena de apresuradas zancadas antes de que éste se acordara de respirar. Poseía una belleza sobrecogedora. Sintió un peso que le oprimía el pecho.

La lozana portaba en brazos un cesto de mimbre. Debía de estar llena a rebosar, puesto que mantenerla erguida exigía todas sus fuerzas. Encontró un palmo de terreno llano, a tiro de piedra de la vieja boca de la mina, y depositó su carga con un trompazo.

Stuart, fascinado, se acercó aún más. La joven se desprendió del chal que le cubría los hombros y lo extendió ante ella, en el suelo. Aquel gesto en sí tenía menos de inusitado que el hecho de que Stuart habría jurado que la prenda no estaba allí hacía un momento. Analizó la instantánea mental de la impresión resultante de haberla visto por vez primera. Estaba sobreimpresa en su mente, igual que las candentes motas de luz resultantes de mirar al sol durante mucho tiempo. Ni rastro del chal. Estaba dispuesto a jurarlo.

Mas allí estaba ahora, delante de ella, un cuadrado de lana negra como la noche, de textura más fina que cualquier seda. Sin embargo, incluso a esa distancia, Stuart podía ver que la prenda estaba raída, deshilachada en el borde. Un ondeante hilo de ónice se había soltado y tiritaba a la suave brisa.

Le vino a la cabeza el extremo de otro hilo negro suelto, la pelea que habían librado en medio de la niebla. Al menos, parecía que aquella condenada bruma había escampado esa noche. O puede que nunca llegara hasta aquellas alturas. En cualquier caso, su ausencia era una bendición.

La muchacha se afanaba en vaciar el canasto, con manos diestras y rápidas. Aun inmersa en su ajeteo, no obstante, sus ojos se posaron en el lugar donde Stuart permanecía agazapado, en lo alto del lomo del Wyrm. Sin darse cuenta, había revertido a su acostumbrada forma humana, allí aferrado, donde la curvatura del flanco del Wyrm lo ocultaba a excepción de la cabeza y los hombros.

—Ya está, he terminado con lo más trabajoso —voceó la joven, al tiempo que se apartaba de los ojos un mechón rebelde de cabello de ébano—. He conseguido rescatar el cuerpo de las espinas, así que ya puedes bajar sin peligro.

Stuart se incorporó, en inestable equilibrio, sobre las oleaginosas escamas. No tenía palabras. Le costaba respirar. En vano, intentó recordar cuándo había sido la última vez que se quedara sin habla. «*Tienes un pico de oro* —decía siempre su madre—. *Eso te viene por parte de tu padre*».

Por si no se había percatado antes, ya no le cabía ninguna duda. Estaba perdido, por completo y sin remisión. Sabía que allí había algo que no encajaba en absoluto. «*¿No acababa de ver cómo aquella muchacha salía del vientre de la bestia del Wyrm?*». Antes de que pudiera darle consistencia a aquella idea, ya estaba bajando en dirección a ella. Primero los pies, luego la espalda, por fin los codos. Con un chapoteo, se hundió hasta las espinillas en las fangosas secreciones lacustres. Apenas reparó en ellas.

La joven meneó la cabeza y le dedicó una sonrisa. Stuart sintió cómo se abría un agujero en su interior, del tamaño exacto de aquella sonrisa. Era un vacío que sabía que comenzaría a escocer en cuanto esa sonrisa se apartara de él. Hizo acopio de voluntad para corresponder con una sonrisa bovina, asimétrica, idiota.

—Supongo que te pondrían un nombre —espetó la lozana. Reemplazó algo en su cesta y cerró la tapa—. Los padres tienen esa curiosa costumbre.

—Stuart. Así me bautizaron, pero me llaman Camina tras la Verdad. Ese es el nombre que me forjé.

La joven aceptó aquella extraña declaración sin formular preguntas. Stuart se preguntó qué podía saber esa cría acerca de las costumbres de los Garou, y qué era lo que estaba haciendo en aquel lugar tan peligroso y desolado.

—Bueno, bueno, Stuart Camina tras la Verdad. A juzgar por tu acento, me da que no eres de los alrededores. Sin embargo, la montaña te ha dejado acercarte mucho a su corazón, por lo que se diría que te ha cogido cariño. A primera vista, no sabría decirte por qué. Las cumbres y las cañadas no te son ajenas, quizá sea ésa la explicación. Lo único que sé es que esta montaña no se te resiste con todas sus fuerzas, y eso constituye un problema.

—¿Que no se me resiste?! —balbució—. Pero si este sitio ha intentado estrangularme mientras dormía, quiso hacerme pica-dillo con espinas e incluso intentó triturarme a fuerza de apretar sus anillos. La verdad, no sé cómo podría resistirse más...

La muchacha enarcó una ceja y miró de soslayo a su delicado chal negro, extendido en el suelo como si aquella gruta fuese un merendero. Stuart siguió la dirección de su mirada y se sobresaltó, congelada la sangre en sus venas. Era innegable que había algo debajo del tejido... algo que guardaba un inquietante parecido con el cuerpo de un hombre de constitución atlética.

—¿Victor? —musitó, patidifuso—. Pero ¿cómo...? —Quiso avanzar hacia el cuerpo, pero la joven le puso una mano en el brazo.

—Tranquilo. No corre peligro. Dentro de poco, lo despediremos cuando emprenda su viaje. Ahora, si la montaña se te hubiese resistido con más saña...

Stuart zangoloteó la cabeza, como si quisiera despejarse.

—Está bien, te lo concedo. Pero ¿no me irás a decir que la montaña es la responsable de esto? ¿De lo que les ha ocurrido a Victor, a Habla Trueno y a todos los demás? Las montañas no despellejan vivas a la gente. Las montañas no les clavan una piqueta en la frente...

La joven arrugó la nariz.

—¿Una piqueta? Ah, eso. Qué imaginación más desbocada. Te va a buscar más de un problema. Mira, Stuart, me han confiado la protección de esta montaña, para encargarme de que no venga nadie a curiosear. Este sitio es peligroso. Fíjate, la última vez que subió hasta aquí un puñado de gente, se produjo un sin fin de problemas.

—Qué me vas a contar. —Estaba pensando en Arne Ruina del Wym, en Victor y en Arkady, todos ellos víctimas de aquel paraje desolado, y en la guerra que había estado a punto de surgir a causa de aquella irreflexiva expedición.

—Por eso es muy importante que nos aseguremos de que nadie más resulte herido. ¿Entendido?

Stuart asintió y no ofreció resistencia cuando le cogió del codo para conducirlo junto a Victor. Se acuclilló y extendió una mano tentativa, dispuesto a levantar la esquina de la mortaja, para atisbar una vez más el rostro que ocultaba. Con gesto distraído, se percató de un hilo suelto. Enfadado, lo arrancó de un tirón.

La muchacha se agachó a su lado, con suavidad, en medio de una cascada de faldas, para apartarle la mano con delicadeza.

—Voy a decirte una cosa, Stuart. Ten propongo un trato.  
—Hablaba con los ojos clavados en el cuerpo de su amigo

fallecido—. Has nacido y te has criado en las montañas, eso es innegable, por lo que sabes lo importante que es proteger a los tuyos y mantener tu palabra. Mira, puedo ocuparme de que bajes de aquí sin sufrir más penurias. Te llevas el cuerpo de tu amigo y te encargas de que tenga un entierro digno. Eso es lo mejor que podrías hacer.

—Muy amable. Pienso ocuparme de eso en cuanto haya encontrado las respuestas a unas cuantas preguntas. Pero eso no me suena a «trato». ¿Hay alguna manera de que pueda serte de ayuda a cambio?

—Puedes prevenir a los demás. Para que nadie suba hasta aquí y consiga que lo maten. Lo consideraría un favor personal. Me ocuparía yo misma, pero esa gente de ahí abajo no me conoce de nada, no tienen ningún motivo para creer en mis palabras. Tú podrías hacerles comprender el peligro. Sé que podrías. ¿Lo harás por mí, Stuart?

Este la miró a los ojos y supo que no podía negarle nada.

—Haré lo que me pides —convino, con voz queda—, sólo si me aseguras que volveré a verte. Dímelo y me enfrentaré a las montañas gustoso con tal de regresar a ti.

—Eso queda por verse —fue la respuesta, que finaba la súplica de Stuart—. Ahora vete, y date prisa. Antes de que se ponga la luna.

—¿Dudas de mí? —exclamó Stuart—. ¿Por qué iba a...?

—Te ofrezco una oportunidad de demostrar tu devoción —corrigió, con tacto—, con acciones y no con palabras bonitas. Va, he sumido a la montaña en un sueño intranquilo para que podamos hablar, pero no tardará en despertarse y desperezarse de su pétrea complacencia. Deberás estar lejos cuando eso ocurra. Te quedan fuerzas suficientes para afrontar el viaje de regreso, pero tendrás



que apresurarte. No olvides lo que me has prometido, Stuart Camina tras la Verdad.

Levantó una mano a modo de despedida, a sabiendas de que había vencido. El joven transmitiría la historia ficticia que le había contado a los habitantes de las estribaciones, la fábula del vengativo espíritu de la montaña que miraba con malos ojos a quienes se entrometieran en su dominio, a los que marcaba con un único ojo rojo sin párpado y les arrancaba la piel. Sí, proteger el secreto inscrito en el corazón de la montaña resultaría más fácil cuando se corriera la voz, ya no tendría que implicarse de forma directa en la exterminación de las visitas no deseadas.

Le dedicó una sonrisa, la más devastadora de su catálogo.

Aquel fue su único error. Stuart no podía volverle la espalda a aquella sonrisa, no de forma voluntaria. Arrastró los pies; carrapeó. Abrió la boca y dijo lo primero que le pasó por la cabeza, con la única intención de prolongar el flirteo durante unos instantes más.

—Mi amigo y yo, vinimos aquí en busca de uno de sus familiares. A lo mejor lo conoces o has oído hablar de él. Se llama Arkady, y es un noble Colmillo... Quiero decir que es un gran señor entre nuestro pueblo. Dicen que su pelaje reluce igual que la luz de la luna sobre la nieve recién caída.

—¿Su pelaje? —repuso, quizás algo enojada—. ¿Eso es todo lo que puedes decir de él, que la gente habla de su pelaje? Admitirás que, como descripción, no es gran cosa.

—Hablarán de vuestro chal, mi señora —replicó Stuart, sucinto. Ante aquellas palabras, la joven caviló.

—Vaya, no he visto a ningún señoritingo petimetre ataviado con relucientes pelajes ascendiendo por la montaña. ☒ espero que sepas decir algo más halagador de mí que «tenía un chal negro»!

—Más brillantes que el rostro de las estrellas —murmuró Stuart, admirado, sosteniendo la mirada de aquellos ojos sin par—, y más oscuros que los abismos insondables que ocultan.

La muchacha se cruzó de brazos y le volvió la espalda, aunque Stuart pudo ver que no le desagradaban sus palabras.

—Cuentan que aquí libró una gran batalla con un Wyrn del Trueno —espetó, volviendo a tirar del hilo del único tema que ocupaba sus pensamientos. Señaló al monstruoso Wyrn de ónice—. Uno grande. Algo así, me imagino. Dicen que lo dominó sólo con la voz. Victor, mi amigo, y yo regresamos aquí. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Era el último lugar donde se había visto a Arkady con vida.

—Ya, ya. Es un relato fascinante, pero me temo que no tengo tiempo para eso ahora. Siento cómo se agita la montaña. Si te encuentra aquí, te matará. Coge a tu amigo y márchate. Ahora. —Le cogió del brazo para ponerlo de pie.

Aun cuando le costara un gran esfuerzo desembarazarse de aquel contacto, Stuart apartó el brazo.

—No puedo irme y permitir que pienses que soy un gandul. Has sido muy amable conmigo. Por lo menos, permíteme que te ayude con la cesta...

—No nos queda tiempo. Ya viene hacia aquí, debes marcharte antes de...

Demasiado tarde. En cuanto Stuart hubo cogido el canasto, su mirada quedó prendada de una gota de sangre, fresca todavía, aferrada a la tapa. Con creciente aprensión, la levantó. La cesta estaba llena de espeluznantes herramientas cuya función resultaba inconfundible. Vio el juego de malévolos cuchillos de desollar, tarros con esencias para embalsamar y sustancias aún más horripilantes y, como una protuberancia desafiadora en medio del batiburrillo de recipientes y utensilios, una

resplandeciente lezna de acero inoxidable y un mazo de madera salpicado de sangre.

Dierdre vio cómo se envaraba y comenzó a retroceder, despacio. Un paso. Dos.

Se fraguó un aullido descomunal en su interior. La rabia y la traición despertaron ecos en las oquedades y retumbaron por encima de las estribaciones. Incluso a kilómetros de distancia, en el clan del Alba, un Garou de guardia en el perímetro de la aldea ladeó la cabeza al escuchar la furia de una lejana nube de tormenta que coronaba las montañas.

Al cabo, drenado de todo lo que no fuese el dolor y la promesa de vengar a su camarada caído, comenzó a operarse un cambio sobrecogedor en Stuart. Su rostro se descompuso en una máscara de rabia bestial. Uno de sus ojos se cerró y fue como si se hundiera en la cabeza. El otro sobresalió hasta pender laso. El fruncimiento de sus labios hendió su semblante a ojos vista, hasta alcanzar la nuca, donde su cráneo se abrió y restalló al cerrarse con el sonido de un rechinar de dientes. Tenía todo el pelo de punta, cada cerda enhiesta y afilada cual puñal. El halo de un guerrero se irguió sobre él, negro y dorado. La sangre se agolpó hasta rezumar por los poros de su rostro y todo su armazón se estremeció con una ira que amenazaba con desprender los tendones del hueso. Profirió un aullido que desprendió algunas rocas de las paredes. Se golpeó el pecho. Estampó los pies contra el suelo. La hondonada tembló bajo su cólera. La fuerza del guerrero lo dominaba. Constituía un espectáculo aterrador.

De pie en el camino de aquella torre encolerizada de pelaje y músculos retorcidos se encontraba Dierdre. Ofrecía un aspecto diminuto, pero no mostraba ningún temor ante la ira guerrera de Stuart. Cuando éste hubo echado sus garras hacia atrás y se hubo cernido sobre ella igual que un cúmulo tormentoso, ella se limitó

a escurrirse bajo el asalto. Las zarpas de Stuart arrancaron chispas al suelo rocoso. Desatascó su mano y aulló su frustración.

La sangre que se abría paso por todos sus poros constituía ya un flujo continuo. Al captar el atisbo de un movimiento a la luz de la luna, se apresuró a girar en redondo y se abalanzó sobre ella por segunda vez, con todo su cuerpo estremeciéndose como si fuese a descomponerse en mil pedazos.

De nuevo, terminó con las manos vacías. Una pátina de rabia le velaba los ojos. El reguero de sangre era ya un torrente que parecía anunciar su pronta caída. Se diría que era imposible que un cuerpo pudiera albergar tal cantidad de sangre. Por tercera vez, cayó sobre ella y, por tercera vez, Dierdre lo eludió. Pareció que se enroscara para esquivar la trayectoria del inminente zapazo, evitando limpiamente incluso el más leve rasguño.

Stuart se dio la vuelta, apartándose el pelo empapado de sangre de los ojos con el dorso de una mano hercúlea mas, cuando hubo vuelto a localizarla, se detuvo en seco.

Todo el cuerpo de Dierdre se sacudía bajo la fuerza del ser oscuro que estaba abriéndose paso a través de ella. Excavó en su interior, la vapuleó igual que a una estera, antes de tirar y sobresalir de ella al menos tres metros para hacer con ella un ovillo entre sus manos, sin sutilezas.

Aquel era su Elenco de Serpientes, el siniestro don de Padre de Serpientes que se ganara a duras penas. La habilidad para mudar su piel humana. Cuando hubo completado su impía transformación, no se apreciaba en ella ni rastro de forma humana. El tremendo ente serpentino se irguió, lejos del alcance incluso de un hombre alto, antes de desplomarse como una ola sobre el guerrero enloquecido por la batalla.

Stuart paró el grueso del golpe levantando el antebrazo. Sintió cómo la carne cedía y cómo se astillaba el hueso ante la fuerza de

aquel asalto. Hincó una rodilla en el suelo, aullando de agonía y desafío ante los dientes de la tormenta.

El siguiente ataque cayó sobre él con toda la velocidad y la sutileza de un relámpago. Apenas consiguió rodar para zafarse de los mortíferos colmillos. El impacto trituró el suelo bajo él, arrojándolo al abominable estanque. Se irguió a gatas en medio del légamo y vio cómo descendía el tercer y último asalto.

Sabía que aquella postrer embestida acabaría con él, por lo que hizo lo único que podía: saltar de cabeza a las fauces de la titánica serpiente.

El dúo chocó con tanta fuerza como para estremecer la montaña. Se desplomaron, rodaron, se enzarzaron con la urgencia propia de dos jóvenes amantes. Stuart sintió cómo le rodeaban el cuello unos brazos untuosos, atrayéndolo, apasionados. Se apretó contra ella y, con delicadeza, la giró hasta tumbarla de espaldas. Dierdre arqueó el lomo ante sus acometidas. Inhaló con un siseo a medida que la zarpa trazaba una delicada línea a lo largo de su seno.

Su apareamiento resultó tan breve como ardoroso, tan intenso como el último y fugaz momento de la vida. Stuart la penetró igual que una llamarada; Dierdre se desplomó sobre él, boqueando en busca de aliento. Brotó un fino reguero de sangre que no tardó en convertirse en una oleada tras otra de calidez oceánica hasta que, por fin, llegó la bendita caricia arrulladora del olvido.

En los brazos de la pequeña muerte, la bruja resumió su forma humana. Yació lasa sobre él, rodeada por uno de sus fuertes brazos. Apenas el atisbo delator de una garra sobresalía, se diría que tímidamente, de uno de sus incomparables pechos.

Con sumo cuidado, Stuart sacó el puño en que había convertido su zarpa del interior de la mujer, donde lo había alojado, para

---

depositarla de nuevo en el suelo, con ternura. Al cabo, sucumbió a las atroces contorsiones que lo devolvieron a su auténtica forma.

## Capítulo catorce



Solo y aturdido, Stuart se asomó a las entrañas del Wyrn. La apertura anular de la que emergiera la joven estaba ribeteada de púas aserradas que recordaban a dientes y de cilios ondulantes. Si conseguía atravesar aquella vía y emerger del vientre de la bestia, podría desandar los pasos de Dierdre. Si había alguna respuesta que encontrar en aquel lugar, ése era el camino que le llevaría hasta ella.

Tras murmurar una plegaria silenciosa a los santos que pudieran estar escuchando, se agachó y metió la cabeza en las fauces del Wyrn.

Se tensó, pero el golpe que anticipaba no se produjo. Pisó con un pie tentativo el suelo ante él, que chapoteó con un sonido enervante. El peso de su pisada despertó un eco que se propagó por el túnel de blando tejido. Satisfecho de que las secreciones mucosas que recubrían la gruta no devoraran las suelas de sus zapatos, inhaló con fuerza y adelantó el otro pie, arriesgándolo todo.

La primera impresión fue la del peso del aire en aquel espacio confinado. Flotaba pesado a su alrededor, cálido y húmedo. El

hedor era casi insoportable, una peste a carne podrida y algo más. Algo acre, vagamente avinagrado. Tuvo tiempo de dar las gracias por no encontrarse en su forma lupina, con sus agudizados sentidos. En según qué entornos, la prisión de los limitados sentidos humanos era una bendición. Empero, le lloraban los ojos y le escocía la garganta por culpa del hediondo aire cargado de humedad.

Tuvo que ponerse casi en cuclillas para avanzar por debajo de los cilios inquisitivos que colgaban igual que lianas mohosas. Su roce depositó furiosos verdugones sobre su camisa, manchándola de un verde negro gangrenoso ligeramente fosforescente. Resultaba difícil mantener el equilibrio en medio de los blandos tejidos que cedían a cada paso. Encontró desagradable la idea de resbalar y despatarrarse boca abajo en medio del fétido limo y de las secreciones que corrían formando un reguero a sus pies.

El túnel se constriñó a medida que avanzaba. En dos ocasiones se quedó rígido, presa de la ansiedad tras haber escuchado un eco transmitido a lo largo de las paredes carnosas del pasadizo. Al mirar al frente, no vio nada en la oscuridad, ni identificó la fuente del martilleo.

Tras lo que pareció una eternidad, el canal comenzó a descender de forma apreciable. Al principio pensó que debía de estar cubriendo distancia. Aquella momentánea sensación de victoria fue reemplazada enseguida por la certidumbre de que el terreno se había tornado aún más traicionero. Tras algunos aspavientos desesperados para no caerse, tuvo que resignarse al hecho de que no iba a adelantar nada si continuaba sobre dos piernas.

Adoptó su forma lupina, con la esperanza de que las cuatro patas le proporcionaran el asidero que le negaran las dos, mas no tardó en arrepentirse. Sus aguzados sentidos lupinos se saturaron de peligro y aborrecimiento. Atravesar el interior de otra bestia



constituía una afrenta antinatural. Sus sentidos le aullaron que se equivocaba, le obligaron a girarse, pugnando por la liberación del aire del exterior. Zangoloteó la cabeza para despejarse, llegando a temerse por un momento que fuera a perder el conocimiento. Se encontró retrocediendo, desesperado, desandando el camino que había conseguido cubrir.

Resignado, revirtió a su embotada forma humana. Por mucha tracción que le otorgara la piel del lobo, no conseguía obligar a sus sentidos e instintos lupinos a que comprendieran la necesidad de adentrarse en aquellos parajes.

Tras pugnar por recuperar la distancia que había perdido, se vio obligado a cometer la indignidad de deslizarse sobre su espalda, con los pies por delante para frenar la inercia de su descenso. En ocasiones, sus talones encontraban algún asidero más consistente, tal vez alguna cresta cartilaginosa, una protuberancia oculta de la pseudocolumna del Wymr. Aquellos salientes le permitían un pequeño respiro, que aprovechaba para limpiarse el limo ácido de las manos en las perneras de sus estropeados pantalones.

Durante la tercera de tales pausas, se percató del cambio. Se había producido en la carne blanda bajo sus pies o, más bien, en la cresta contra la que se había detenido de improviso. El tocón, semejante a una costilla, yacía despojado de carne que lo recubriera. Sobresalía desafiador, atravesando el suelo del túnel.

Recorrió la pulida superficie con las manos. Se diría que había sido descarnado a propósito. A juzgar por las marcas, parecía que se hubiese empleado una pesada hoja de carnicero para realizar el trabajo. Un machete, o tal vez un hacha.

Se estremeció. Aunque sabía que no era el primero que atravesaba aquel túnel execrable (¿acaso no había visto cómo emergía la muchacha por aquel camino?), los oscuros y húmedos

confines del pasadizo seguían conservando un cierto carácter íntimo. Una intimidad que le impelían a creer que le pertenecían las lacras e indignidades que se encontrara. Una intimidad que quedaba refutada ante la evidencia de que por allí habían pasado otros antes que él.

Se apreciaban algunas muescas inscritas en la costilla expuesta, de nuevo con ayuda de un filo, mas Stuart no pudo discernir su significado. ¿Se trataría de señales indicadoras que guiaban la ruta por las entrañas de la bestia? Le costaba concederle crédito a aquella hipótesis. Si era cierto lo que le había contado Victor, el cuerpo del Wyrn no debía de llevar allí más que escasas noches. No habría existido ocasión ni motivo para señalar aquella vía en tan corto espacio de tiempo. Quizá tras meses de idas y venidas a lo largo de aquella ruta blasfema...

Reanudó la marcha, aunque el tenor de la senda no tardó en cambiar de nuevo. El camino continuaba volviéndose cada vez más empinado, las costillas expuestas más frecuentes y más pronunciadas. Algunas de ellas ya habían sido excavadas por completo. En más de una ocasión, se le encajó una muñeca o un tobillo bajo alguna de aquellas protuberancias óseas.

El pronunciado descenso se convirtió pronto en una escalada, facilitada por la tosca escalera de costillas melladas y talladas. Al poco, incluso esos asideros hubieron desaparecido. La pendiente se transformó de improviso en un tobogán y luego, como tal vez fuese inevitable, en una caída libre.

## Capítulo quince



Cuando Stuart se detuvo por fin, lo hizo de forma abrupta y con una fuerza que lo estremeció hasta los huesos. Al parecer, había encontrado la «planta baja» de la torre. Allí no había ni rastro de carnosas membranas almohadilladas. Se encontraba en una caverna natural, en pleno corazón de la montaña. Se apreciaba una tenue iluminación que estaba casi seguro de que no procedía de los destellos de dolor que centellaban en su cabeza.

Por lo menos había conseguido mantener los pies apuntando hacia abajo durante casi todo el deslizante descenso. Había aterrizado con fuerza sobre un tobillo. El dolor era lacerante, pero no parecía que estuviese roto. La inercia lo había arrojado de bruces sobre el duro suelo, pero un poco de sangre no iba a detenerlo, llegados a aquel punto. Había venido en busca de respuestas. Se habían alzado obstáculos de leyenda entre él y su empresa. Estaba claro que no iba a dar media vuelta ahora... aun cuando consiguiera averiguar cómo podía hacerlo.

Conforme sus ojos se ajustaban a la tenue iluminación, vio que la cueva presentaba indicios de haber estado habitada hasta hacía

poco, y no sólo por los ciegos engendros blancos del Wym que roían la torre de carne desde dentro. Había una fogata sofocada en el centro de la caverna, con un gran puchero de cobre que colgaba sobre ella con la ayuda de un ingenio de cuatro patas. Tras haberlo examinado de cerca, Stuart descubrió que tal vez el término «de cuatro patas» fuese demasiado literal para su gusto. Cada uno de los cuatro soportes era un largo fémur roído, atados en el ápice con un fino hilo de lana.

No era el único indicio que apuntaba a las atrocidades que allí habían acontecido. Contra una de las paredes se apoyaba una especie de altar donde la cabeza en descomposición de un lobo blanco había sido depositada encima de una protuberancia natural de la piedra. Los huesos de la criatura se habían organizado con sumo cuidado para formar un complejo patrón alrededor de la base del pedestal, como si alguien hubiese celebrado algún rito o tal vez hubiese leído los presagios señalados al lanzar los huesos. Un par de largos colmillos de jabalí de hierro ennegrecido se veían cruzados bajo el trofeo, aunque no había ni rastro del cuerpo ni de la piel de la bestia.

Los efectos personales de la muchacha eran escasos, más funcionales que decorativos. En un rincón había un vaso que parecía de plata y una antigua tetera, encajados entre la pared y un repulsivo amasijo de huesos, zarzas, ramas de pino y retales sueltos. Se mantuvo alejado de aquella zona. Le daba la inquietante impresión de que se trataba de una especie de nido, y no le apetecía desentrañar los secretos de aquella siniestra enramada.

Prefirió concentrar su atención en la fuente de la tenue iluminación. La enfermiza luz verde y gris se originaba en un recoveco de la pared más lejana de la cueva. Algún tipo de líquen u hongo fosforescente, pensó. Lo cierto era que el insalubre fulgor no ofrecía visos de ser natural en absoluto.

Lo que Stuart encontró allí no era obra de la naturaleza, de eso no le cupo duda. Al doblar la esquina, vio con claridad que la luz emanaba de tres runas inscritas en la pared de la cueva. Cada uno de los sellos se estremecía con el leproso resplandor de un fuego fatuo.

Soltó un silbido quedo y extrajo su libreta de uno de sus bolsillos traseros. Limpió lo mejor que pudo la porquería que ensuciaba la cubierta, más que sorprendido de que no lo hubiera extraviado durante su descenso. El lápiz no había capeado el temporal con la misma entereza y se había partido en no menos de tres pedazos.

Se volvió hacia la pared de su izquierda y frotó el trozo de lápiz, del tamaño de una falange, arriba y abajo con rapidez, hasta conseguir cierta similitud con una punta. Se cuidó de tocar el muro sobre el que se habían inscrito las runas blasfemas.

Satisfecho con sus esfuerzos, comenzó a trabajar despacio y con meticulosidad para copiar los complejos sellos. Observó de inmediato que dos de los tres símbolos habían sido desfigurados. Exhibían indicios de haber sido rascados con ahínco, las marcas de garras labraban profundos surcos en la roca misma. El enfermizo fulgor emanaba de los diseños, goteaba por la pared y la señalaba con feas marcas de quemaduras.

Sintió el ultraje de aquel acto de vandalismo igual que un agujero en la boca del estómago. Quizá aquellas runas entrañasen saberes perdidos que los Danzantes de la Espiral Negra habían capturado en alguna de sus frecuentes incursiones en las cabañas de los eruditos. No servía de nada intentar siquiera reconstruir las historias que contuvieran en su día... tal vez el último informe superviviente de alguna antigua leyenda ahora desaparecida para todos los Garou.

Mas la tercera runa permanecía intacta, por lo que Stuart volvió en ella toda su atención. El diseño no le resultaba conocido.

Aunque él no estaba versado en los saberes de la tradición, toda su tribu sentía debilidad por las historias antiguas. Incluso sus cachorros estaban más que familiarizados con las leyendas de los Garou contenidas en los símbolos rúnicos del Registro de Plata.

Aquella historia, empero, no la conocía. Ni siquiera estaba seguro de comprenderla en su totalidad. Reconocía algunos de los familiares giros de la compleja inscripción. Aquel poderoso trazo descendente era sin duda la marca de un antiguo héroe... y un Colmillo Plateado, si es que Stuart estaba interpretando correctamente las filigranas que lo rodeaban. Estaba casi seguro de que pretendían elaborar el linaje del héroe, pero carecía de la educación genealógica necesaria para ponerle nombre a la rúbrica inscrita.

Reconoció la curva delatora del Devorador de Almas en la historia, una de las tres encarnaciones más poderosas del Wym. Sin embargo, no conseguía identificar el diseño del engendro del Wym que surgía de él... el antagonista enfrentado al antiguo héroe de los Colmillos. Su marca se arqueaba bruscamente sobre sí misma, devorando su propia cola, eliminando toda huella de su paso.

Se había librado una gran batalla, al menos eso resultaba evidente, de la que el héroe Colmillo había salido victorioso, si bien había pagado un alto precio. La serigrafía triunfal discurría igual que la sangre derramada. Leía un enorme sacrificio en aquellos trazos, pero los pormenores del cataclismo y sus consecuencias le eran indescifrables.

Aquello no lo desanimó. Entre su gente había quien tendría éxito donde sus torpes esfuerzos no habían estado a la altura, familiares formados desde su nacimiento en la decodificación y la transmisión del Registro. Si se trataba de un relato perdido que

había caído en manos del enemigo, los guardianes del saber lo sabrían.

Y también honrarían al que había conseguido recuperar ese tesoro... una historia escrita en el corazón de una montaña.

El silencio de las profundidades se veía roto tan sólo por el garabatear del trozo de lápiz. Cuando Stuart hubo terminado, revisó de nuevo todo el diseño para asegurarse de que lo había copiado con exactitud.

Con una sonrisa, cerró la libreta y volvió a guardársela en el bolsillo.

Los arañazos no se habían detenido.

Intranquilo, se esforzó por captar el leve sonido delator. Ahí estaba de nuevo. Se diría que procedía del otro lado de la pared. Escrutó los alrededores, pero no pudo ver ningún indicio de apertura ni otra vía para llegar al otro lado. Necesitaba una mejor perspectiva. Empleando la runa a modo de ancla, caminó de lado para entrar en el reino de los espíritus.

Ya no había barrera de niebla que le impidiera el paso. Se encontró en otra caverna, casi gemela de la anterior, pero no tuvo tiempo de enfrascarse en comparaciones. No estaba solo.

Los arañazos cesaron de repente en cuanto Stuart hubo caminado de lado. Allí había una figura, sentada en el suelo de la cueva con las piernas cruzadas, de espaldas a Stuart. El desconocido se giró a medias al escuchar la entrada de Stuart y lo miró por encima del hombro, con curiosidad.

Pese a la engañosa iluminación, Stuart pudo distinguir los rasgos del otro con claridad. El desconocido irradiaba su propia luz. Su pelaje poseía el blanco fulgor de la luz de luna reflejada en la nieve recién caída. Podría nombrar a media docena de nobles Colmillos Blancos que darían gustosos una docena de años de sus vidas a cambio de un abrigo como aquel... la corona de un linaje tan

orgullosa como refinada. Stuart nunca había visto otro igual. Comenzaba a sospechar que su búsqueda no había sido en vano.

Aun cuando se encontrara encorvado, el porte del Colmillo era regio. El más leve de sus gestos exhibía una nobleza natural; la inclinación de su cabeza, curiosa pero indiferente hacia el recién llegado; el inconsciente enderezamiento de sus hombros cuando sofocó un suspiro de decepción.

Stuart abrió las manos para mostrar que iba desarmado, con las garras envainadas. El Colmillo Plateado le estudió por un momento, observándolo de un modo que habría resultado descortés en un entorno más formal. Stuart le sostuvo la mirada, pero se mantuvo en su sitio. No hizo ademán de avanzar, a fin de que no pudiera ser interpretado como una amenaza o un desafío. No había llegado hasta aquí para que sus preguntas se quedaran sin respuesta por culpa de un reto imprudente, propiciado por una inoportuna catarsis de sangre.

La mirada del Colmillo Plateado poseía cierta cualidad que mantuvo a Stuart clavado en el sitio. Aquellos ojos azules como el hielo ofrecían trazas de resignación, y de algo más... de una tristeza vasta e inexorable. Le pareció que reconocía en ellos el primer roce tentativo del Harano, el profundo y devastador río de la pesadumbre. Se trataba de un antiguo enemigo que ya se había cobrado las vidas de incontables y orgullosos guerreros de Gaia. Era un adversario contra el que todas las armas del Wyrn pali-decían en comparación.

Como si hubiese tomado una decisión, el Colmillo se encogió de hombros y volvió a darse la vuelta. El significado de aquel gesto resultaba evidente; no era sólo que Stuart no constituyera ninguna amenaza, sino que tampoco estaba a la altura. Retrocedió como si le hubieran golpeado. El Colmillo estaba dejando bien a las claras que consideraba que Stuart era indigno de su atención.



Era menos que una mota de polvo para la consciencia de aquel desconocido.

Sonaron de nuevo los arañazos, desquiciadores.

Aquel sonido atacaba los nervios de Stuart. Pugnó por controlar su creciente rabia e indignación. Cuando estuvo seguro de que había conseguido dominarse, carraspeó y dio un paso al frente.

—Disculpe la intrusión, pero he recorrido un largo camino... no exento de riesgos... —quiso añadir «mi Lord Arkady», pero se ahorró el título honorífico. Se dio cuenta de que, pese a haber sofocado su furia, no se había desembarazado del todo del resentimiento. No tenía intención de mostrar deferencia ante alguien que no había vacilado a la hora de insultarle. Se apresuró a remediar su lapsus—. Y, para serle sincero, no es que muera de ganas por emprender el camino de regreso ahora mismo. Así que, si no le importa, tenía la esperanza de que podría hablar con usted.

Se produjo un silencio incómodo. Stuart pensó que el Colmillo se limitaría a ignorarlo por completo y sintió cómo bullía en su interior una retahíla de palabras acaloradas. Sin embargo, cuando abrió la boca para darles rienda suelta, el sonido de los arañazos se apagó de nuevo. Sin levantar la cabeza, Arkady levantó la mano derecha donde pudiera verla Stuart. Así en su puño un hueso largo y delgado, con la punta afilada y chamuscada. Con impaciencia, señaló con su macabro puntero a un lugar no lejos de su asiento sobre el suelo de la cueva.

Stuart no vaciló, aunque por dentro no estaba del todo seguro de querer colocarse al alcance del señor de los Colmillos Plateados caído en desgracia. Se mirase por donde se mirara, Arkady constituía un oponente formidable, un guerrero legendario. Stuart estaba más que familiarizado con las historias de las proezas de Arkady. Era consciente de que cada vez que los Galliard

entonaban canciones acerca de la disciplina marcial del noble Colmillo, era sólo cuestión de tiempo antes de que se mencionara algún trágico arranque de genio que ponía toda la empresa en peligro. Cada vez que se hablaba de la sagacidad de Arkady, constituía el preludio inevitable de algún relato referente a sus desoladoras omisiones de juicio.

La prudencia no era el fuerte de Stuart. A sabiendas de que bien pudiera arrepentirse de ello, caminó directamente hasta Arkady y se acomodó a la derecha del señor agraviado, mucho más cerca de lo que le había indicado éste.

Si el noble Colmillo se percató de aquella discrepancia, prefirió no llamar la atención sobre ella.

Stuart exhaló una larga y silenciosa bocanada. Era consciente de que había superado la primera coyuntura crítica en lo que estaba demostrando ser una situación mucho más delicada de lo que había previsto. ¿Qué esperaba? ¿Que Arkady se alegrara de verlo? «Pues, sí», admitió. Stuart se había imaginado a Arkady prisionero de los Danzantes, y aún no había visto nada que lo apartara de esa primera convicción.

Pero, si Arkady era un preso, ¿dónde estaban los barrotes de hierro de su celda? ¿Dónde los grilletes de plata? Tras considerarlo un momento, tuvo que admitir que Arkady no actuaba como cabría esperar de un hombre condenado. No exhibía indicios de los estragos propios de un largo internamiento; la cabeza y los hombros gachos, como si cargara sobre sus espaldas el enorme peso de la piedra que lo cubría. El enjuto cosquilleo esquelético del hambre entre las costillas. El lento y vano arrastrar de pies, olvidado ya cómo caminar al no poder distinguir la sucesión de los días.

Arkady mantenía la cabeza erguida.

Stuart estudió a su compañero, pero la realidad se negaba a encajar con la forma en que había previsto que se desarrollaría aquel encuentro. Arkady seguía siendo igual de orgulloso, más distante que cualquier Garou que hubiese conocido. No mostraba indicios de haber sucumbido a los estragos de la tortura ni del largo confinamiento.

¿Distraído? Sí, sí que lo estaba. Arkady arañaba obsesivamente el suelo de la cueva con la astilla de hueso carbonizado. Su punta dejaba negros surcos en la superficie irregular.

¿Consumido por alguna duda que lo carcomiera? Casi con seguridad. Stuart podía ver el leve tic de los poderosos músculos de los brazos, los muslos y el mentón del Colmillo. Estaba enfrascado en una elaborada kata de ataque, parada y contraataque. No conseguía contener la batalla interior. Pequeños visos del conflicto continuaban superando su guardia, haciéndose evidentes.

¿Contemplando una acción desesperada?

Sin querer, Stuart se fijó en que aquel rincón de la cueva se correspondía exactamente con la localización del nido inmundo en la otra caverna que acababa de abandonar. Una idea nada reconfortante.

—Si has venido a refocilarte —dijo Arkady, sin levantar la cabeza—, date prisa. He matado a la última media docena de vosotros que se presentó aquí, y ninguno de ellos fue tan necio como para venir solo.

Su tono era lacónico, casi desprovisto de emoción. No había asomo de malicia ni fanfarronería en su voz. En todo caso, sonaba muy cansado.

—Gracias por la advertencia, pero no he venido a regodearme. En serio. Me llamo Stuart. Me llaman Camina tras la Verdad. Sólo quiero hablar con usted.

Ante aquella declaración, Arkady curvó una de las comisuras de sus labios, a modo de sonrisa burlesca.

—Camina tras la Verdad —musitó, en voz alta—. ¿No Encuentra la Verdad? Qué pena. En ese caso, me parece que te aguarda un destino más bien triste. Una tragedia. Está bien, Stuart Camina tras la Verdad, si quieres hablar será mejor que lo hagas deprisa. Aunque me parece que refocilarse sería una forma más satisfactoria de vivir tus últimos momentos.

Stuart frunció el ceño.

—Mire, he recorrido un largo camino, y quiero escuchar su versión de la historia. En la asamblea, cuando nadie más tuvo una sola palabra que decir en su defensa...

—Ah, eso está mejor. Ahora empezamos a recrearnos.

—¿Cómo? Yo no me estoy recreando. Si escuchase siquiera durante un minuto, lo que intento decirle es que...

—Te dije que podías hablar, no que yo fuese a escucharte. Creo que fue un error permitir que se fueran los primeros. Cuchillo entre los Huesos y sus compañeros. Si los hubiera matado, los demás no os habríais envalentonado y yo disfrutaría de un poco de paz para pensar en lo que debo hacer. Tal vez por aquel entonces estuviese demasiado ansioso de oír lo que tenía que decir la gente acerca de mí. Quizá pecara de engreído. Ya me he arrepentido. No volveré a cometer el mismo error.

—¿Cuchillo entre los Huesos? —Stuart se aferró a aquel nombre. No era que intentara dárselas de valiente, ignorar la amenaza de Arkady, sino que su seguridad personal no le parecía tan importante como las piezas que comenzaban a encajar en su sitio. Ni siquiera tuvo oportunidad de pararse a reflexionar acerca de que aquella no era la primera vez que sus instintos de reportero le impelían a tirar del hilo de una historia sin pensar en el peligro.

Sí, le sonaba aquel nombre. Hacía poco que lo había escuchado, en la asamblea... ¡Buen claro! Vio al Guardián irrumpiendo en la Casa del Vuelo de Lanza con su siniestro estandarte, la ensangrentada piel de lobo blanco ondulando en una lanza forjada en hierro. Su compañero de manada (¿cómo se llamaba?) había dado parte a la Jarlsdottir, mencionando a una partida de Danzantes de la Espiral Negra que se habían presentado bajo aquella «bandera de tregua». El líder de la banda, ese tal Cuchillo entre los Huesos, había afirmado que era un familiar de Lord Arkady.

—¿Le conoces? —preguntó Arkady, con aire de indiferencia—. Lo cierto es que no me sorprende. Tal vez tendría que perdonarte la vida, después de todo. Quizá si dejo a alguno de vosotros aferado a una hebra de vida y te envió a rastras de vuelta a casa, los demás se convenzan de que no merece la pena entrometerse en mi intimidad.

Stuart levantó la cabeza, irritado, perdido el hilo de sus pensamientos.

—Mire, por última vez, no he venido aquí para regodearme. Empiezo a darme cuenta de por qué todo el mundo dice que es usted una especie de...

Por vez primera, Arkady levantó la cabeza y miró a Stuart a los ojos.

—¿Qué dicen de mí?

Stuart sintió el desafío de aquella mirada y procuró sostenerla mas, transcurrido tan sólo un momento, se vio obligado a apartar los ojos. Era la intensidad de la necesidad de aquellos irises azules como el hielo. Cualquiera diría que alguien con una reputación tan infame como la de Lord Arkady habría dejado de preocuparse por lo que pensarán los demás de él. O, al menos, que habría llegado a exhibir una indiferencia afectada, aunque fuese tan sólo a

modo de escudo contra el hambre voraz que veía Stuart en aquellos ojos.

Arkady no quería sólo que Stuart concluyera su impulsivo insulto... el cual, de por sí, habría supuesto una afrenta suficiente para justificar el derramamiento de sangre hacia el que seguía apuntando el Colmillo. Tampoco era la suya una mera curiosidad por enterarse de las novedades... por descubrir quién podría seguir sobre su pista, incluso en esos momentos, para vengar crímenes reales o imaginarios. No, necesitaba saber, sinceramente, con desesperación, qué decían los demás acerca de él. Qué pensaban de él. Era un ansia, un deseo tan palpable como el que impele a alimentarse, a copular o a enzarzarse en la batalla.

«*Pero qué bastardo más infeliz*», pensó Stuart, meneando la cabeza en un gesto de simpatía tácita. A aquel Colmillo Plateado le preocupaba de veras lo que murmurasen los demás sobre él.

Necesitaba despertarse cada mañana y ver la admiración reflejada en los ojos de sus guerreros mientras pasaba revista a sus filas. Necesitaba oír el rumor de la adoración en las voces de su gente cuando se paseaba entre ellos.

Vagamente, comenzó a darse cuenta de lo que debía suponer para Arkady aquel exilio, aquel cautiverio.

—¿Que qué dicen? —repitió Stuart. Hizo acopio de coraje y se lo soltó sin miramientos—. Dicen que el Wyrn os ha corrompido. Que dominasteis al Wyrn del Trueno y que éste se humilló ante usted. Dicen que sois el responsable de la muerte del acogido de los Fenris y de la cizaña sembrada entre la Camada y los Hijos de Gaia. Dicen que habéis conspirado para apoderaros de la Corona de Plata, que a tal fin os habéis convertido en compinche de los Danzantes de la Espiral Negra. Que Albrecht en persona os ordenó que no volviéseis a asomar el rostro por esa parte del mundo, y eso ya antes de la asamblea. Ahora dicen que sois un

exiliado, un incomunicado, se os da por muerto. Fallecido en alguna batalla interior contra el Wyrn.

Arkady cerró los ojos e inhaló despacio. El gesto no obedecía a la vergüenza ni a la derrota, sino más bien a la degustación, impúdica, del eco de su nombre en labios de otros. Por un momento, fue como si no le importara que aquellas murmuraciones tuvieran todas el denominador común del desprecio y la condena. Claro que, se recordó Stuart, Arkady era un hombre famélico que languidecía en una celda de aislamiento.

Tras una larga pausa, Arkady habló de nuevo, sin abrir siquiera los ojos. Quizá estuviese preparándose para la respuesta a su queda pregunta.

—¿Qué piensas tú, Stuart Camina tras la Verdad?

Si Stuart se preocupara por su supervivencia siquiera la mitad que por desentrañar lo que se ocultaba a sus ojos, se habría tomado su tiempo y habría elegido sus palabras con mucho cuidado.

Si uno quiere hablar o actuar con sinceridad, sólo existen dos formas de conseguirlo. La primera consiste en evitar cometer errores con asiduidad. Stuart había conocido a hombres así de cautos, para los que bordear el error se había convertido en el santo grial. Actuaban rara vez, temerosos de dar un paso en falso, y hablaban aún menos. Mejor guardar silencio y que te tomaran por necio que abrir la boca y darles la razón. A efectos técnicos, aquellos sonrientes y silenciosos guardianes de la verdad tenían razón... aquel que nunca ha dicho nada jamás habrá levantado falso testimonio.

Stuart estaba cortado por otro patrón. Para él, lo justo era la búsqueda infatigable de la verdad, un ente activo y revoltoso. Mejor aspirar a encontrar la respuesta exacta y fallar que conformarse con la ignorancia. Intentar asir la verdad y quedarse corto no significaba incurrir en la falsedad y, sin duda, no resultaba tan

deshonesto como ocultar la ignorancia tras puertas y labios cerrados.

—Le diré lo que les dije a los demás. Una casa dividida contra sí misma no puede sobrevivir. No se exorcizan demonios con la ayuda del diablo. Yo digo que habéis encontrado la forma de sojuzgar a los Wyrms más temibles, ojalá hubiese otra docena de guerreros como usted. El señor sabe cuánto necesitamos tales habilidades.

Al escuchar aquello, Arkady esbozó una sonrisa. No la mueca burlona que exhibiera antes, sino una sonrisa genuina, desconsiderada y *depredadora*.

Stuart sintió que se quedaba sin saliva y comenzó a escabullirse hacia un lado, con insoportable lentitud. Para escapar del alcance de aquellos caninos capaces de triturar el hueso.

A tan corta distancia, Arkady podía oler el súbito miedo de Stuart. De su garganta escapó un sonido sofocado, estrangulado. Stuart sabía que no tenía tiempo de incorporarse. Cambió de inmediato a su más grácil forma cuadrúpeda, a fin de disfrutar de una pequeña oportunidad de escapar al primer salto mortífero del cazador.

Las cuerdas vocales de Arkady, herrumbrosas por el desuso, pugnaban por amoldarse al sonido que se fraguaba en su interior. Cambió el tono y el sonido rasgado se tornó en una serie de agudos ladridos hasta que, por fin, resonó prístino en toda su pureza.

Se estaba riendo.

Al ver cómo Stuart se cubría atropelladamente con la piel del lobo y trastabillaba de espaldas en actitud sometida, las carcajadas redoblaron su intensidad.



Stuart pudo incorporarse por fin, con el lomo erizado. Profirió un gruñido ronco desde la garganta y ajustó el peso sobre sus cuartos traseros. Preludio de un salto.

Arkady no pasó por alto aquel gesto, ni su importancia. Resultaba visible que estaba esforzándose por recuperar el control y, por el momento, consiguió asumir una expresión sobria antes de que su intento se desmoronase bajo un nuevo torrente de risotadas.

Levantó una mano, rogando para que le diera un momento y poder recuperar la compostura. Seguía aferrado a su improvisado estilo.

—Perdona —consiguió pronunciar al fin, con la respiración todavía entrecortada—. Por un momento, pensé que no iba a poder aguantarme y que iba a tirarte el hueso. Ya sé que es una idea indigna. Mis más sinceras...

Llegados a ese punto, también Stuart estaba riéndose, al tiempo que recuperaba su forma humana, más cómoda. Desechó las disculpas con un ademán.

—Qué va, no se disculpe. Si sólo me ha vapuleado el orgullo. Supongo que eso es lo que me merezco, por esa dosis de medicina que le he administrado. No me importa cederle el campo en absoluto. Sólo conque me contara lo que he venido a oír... su versión de la historia, por qué no se presentó en el tribunal, qué está haciendo aquí...

—Bien dicho —convino Arkady, que por fin había conseguido dominarse—. Estoy dispuesto a decirte todo lo que quieras saber. Si a cambio, tú me ayudas primero con un problemilla que tengo. He llegado a una especie de punto muerto. No puedo avanzar, ni retroceder. —Con un gesto, señaló abatido la maraña de rayones negros que surcaban el suelo de la cueva—. Tal vez tú puedas

---

proporcionarme alguna pista sobre algo que se me haya pasado por alto.

—Puedo intentarlo —replicó Stuart. Sin darse cuenta, se acercó para ver mejor los extraños símbolos desplegados ante Arkady. Su mente ya había emprendido el vuelo en pos de este nuevo misterio.

## Capítulo dieciséis



—Pero ¿qué significa todo esto? —preguntó Stuart. Meneó la cabeza y se volvió a incorporar. Había permanecido tumbado sobre el estómago, estudiando de cerca la maraña de runas garabateadas sobre el suelo de la cueva. Tenía el brazo derecho dormido de haber apoyado el peso del cuerpo sobre él—. Parece una especie de mapa.

—No es un mapa, propiamente dicho —repuso Arkady—. Es un plan de batalla. Aunque he de admitir que, hasta el momento, de plan de batalla tiene poco. No dejo de caminar en círculos. No consigo ver ninguna forma de penetrar las defensas de la fortaleza sin ayuda. —Soltó un bufido y tiró su tosco punzón en un arrebato de frustración impropio de él. El útil traqueteó y rodó hasta el centro del diagrama—. Lo mismo podría plantarme ante la puerta principal y entregarme a sus amorosos cuidados.

—¿Los amorosos cuidados de quién? —inquirió Stuart, al tiempo que recogía el trozo de hueso chamuscado—. ¿Qué sitio es éste? —Con el extremo del macabro puntero, trazó el perfil de los serpentinos símbolos rúnicos de Arkady. Si entornaba los ojos,

casi podía imaginarse que aquel anillo ondulante era un círculo de impresionantes almenas. Que las manchas gemelas de hollín a uno de los lados podrían ser un par de garitas fortificadas, y que los impetuosos rayones amontonados detrás podían tomarse por una muralla de inexpugnables cumbres montañosas. Zangoloteó la cabeza. La imagen se disolvió de nuevo en un garabato ininteligible.

—Se trata de Malfeas —dijo Arkady, lacónico—. Hay quien lo llama las Puertas del Infierno; otros, Sheol, el Pozo sin Fondo; otros, el Lago de Fuego. Tiene muchos nombres. Es la Prisión del Wyrm.

—¿Ésa es la Prisión del Wyrm? —exclamó Stuart, incrédulo—. No sé por qué siempre me lo había imaginado, no sé, más grande. Más cósmico.

—No está a escala —repuso Arkady. Stuart levantó la cabeza, pero no descubrió ningún atisbo de diversión en los ojos del Colmillo—. En realidad —prosiguió, recuperado el tono formal—, esto no es más que el camino al reino de Malfeas. O, por lo menos, uno de los caminos. El que he conseguido dilucidar. Eso es lo relevante para la cuestión que nos ocupa. Tengo motivos para creer que mis esfuerzos para atravesar este portal podrían encontrar... resistencia.

—¿Por qué demonios ibas a querer entrar en Malfeas!? ¿Te has vuelto loco? A ver, rápida puesta al día de la realidad: la gente no se va de merienda al inframundo. Y, mucho menos, regresan de él. ¿De verdad crees que...?

—Ya te he dicho que anticipaba cierta resistencia.

—Qué va, pero si todavía no he empezado a resistirme. Este debe de ser el peor plan... no, rectifico. Éste es *sin duda* el peor plan que he escuchado en mi vida. Vas a ir a Malfeas. Vas a ir a Malfeas *voluntariamente*. Voluntariamente, vas a lanzar un

*asalto directo* contra la puerta de entrada de Malfeas. ¿Se me escapa alguna sutileza de este plan?

—No sabemos si se trata de la puerta principal. Es una de ellas. Con saber eso nos basta para nuestros propósitos.

—¿Qué más da la puerta que sea! Estamos hablando de un suicidio... —Pugnó por conservar el control—. Mira, ¿por qué no intentamos otra táctica? Además, ¿para qué quieres acercarte a Malfeas? —Para sus oídos, la pregunta sonaba de lo más razonable.

Arkady le dedicó a Stuart la mirada que reservaba para los idiotas y los cachorros.

—Voy a recorrer la Espiral Negra. —Como si eso lo explicara todo.

Lo único que se oyó en la caverna fue el estridente chasquido del hueso renegrido al partirse por la mitad contra el suelo. Stuart seguía agarrado a la otra mitad del puntero astillado. Con los ojos clavados en Arkady.

—Es una locura! —siseó, persignándose contra el mal.

Arkady se irguió y se enderezó, con porte regio. Se sacudió el polvo y la mugre adherida a él.

—Locura o no, eso es lo que debo hacer. Lo único que me queda por hacer. La única forma de redimir a mi pueblo.

—Ya sabes qué le ocurre a los que intentan recorrer la Espiral —acusó Stuart. Se incorporó deprisa, como si se temiera que Arkady pudiera marcharse sin despedirse. Que se fuese y lo dejara allí, sin más—. Ya has visto en qué se han convertido. La Espiral Negra los deforma, los rompe, los corrompe. Los convierte en algo menos que humano, menos que bestia. Los convierte en...

Los ojos de Arkady restallaron como dos llamaradas y se tornó hacia Stuart.

—¿Vas a darme un sermón? ¿Vas a recitarme la historia de mi propio pueblo? —Blandió un puño. Stuart vio con aprensión cómo de él emergían unas ganas relucientes.

Pero algo iba mal. Vio que tres de las garras de Arkady estaban rotas. Los restos estaban chamuscados, renegridos como el carbón. Al fijarse, descubrió que toda la mano izquierda de Arkady había sufrido graves quemaduras.

—Estás herido —musitó Stuart, aproximándose pese a la obvia amenaza—. A ver, déjame. Además, no estaba hablando de tu pueblo, sino de los Aulladores Blancos. La Tribu de los Caídos. Los que se convirtieron en los Danzantes de la Espiral Negra.

Arkady soltó un bufido de desdén. No permitió que Stuart tocara su mano lesionada, mucho menos que la vendara, como resultaba obvio que era su intención. Señaló el camino por el que había venido Stuart, con un violento ademán.

—¿Intentas decirme que no has visto las historias grabadas bajo la montaña? ¿Las condenas inscritas en el mismísimo corazón de la roca viva, escritas con una cegadora llama verde?

—No. Lo único que vi fue la runa histórica, y no la entendí. Me... —Enmudeció, al caer en la cuenta. Recordó que había tres runas, pero dos de ellas habían sido destruidas. Desfiguradas por marcas de zarpazos—. Las otras dos historias —dijo, con creciente certidumbre—. Historias acerca de tus familiares, de los Colmillos Plateados. Tú las destruiste.

—[Sí! Mi familia. —Arkady retrajo las garras y le volvió la espalda—. Los Aulladores Blancos no son los únicos que han sucumbido a la Espiral a lo largo de los siglos. Algunas de las víctimas se cuentan entre los miembros de mi tribu. Algunos de mis antepasados directos, que en paz descansen, ahora que al fin ha sido destruido el último testimonio de sus fracasos. Sí, tenemos un nombre para ellos. Los llamamos Espirales Plateadas, los

nobles Colmillos Plateados que han caído víctimas de la Espiral Negra. Los que han sido sometidos por el poder del enemigo.

—¿Piensas perpetuar la tradición? —preguntó Stuart, con voz queda.

Vio cómo Arkady encorbaba los hombros, ultrajado, pero el Colmillo no se volvió hacia él.

—No. Yo tendré éxito donde ellos fracasaron. Recorreré la Espiral y la dominaré. Sólo entonces se verán redimidos mis antecesores. Descansarán sabiendo que, aunque ellos se quedaron cortos en su intento, su simiente propició que la Espiral pudiera ser *sojuzgada* y destruida.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Qué te hace pensar que la Espiral no va a devorarte también a ti? A juzgar por las historias, las ramas de tu árbol genealógico se doblan por el peso de tantos y tan legendarios guerreros Garou. ¿Intentas decirme que te consideras mejor que todos ellos? ¿Mejor que tu padre, que tu abuelo?

—Mi sangre es la más pura de las últimas veinte generaciones —se limitó a responder Arkady, mirando a Stuart a los ojos—. No habrá otras veinte. Eso lo sabes tan bien como yo. Mira dentro de tu corazón, Stuart Camina tras la Verdad, y dime si miento. Dudo que haya siquiera otras dos. No, esto ha de hacerse ahora o nunca. Y ahora, por fin, estoy preparado.

—Seguro que sí. He visto tu plan, no lo estás.

Arkady hizo oídos sordos.

—He llegado a un punto en el que nada me impulsa a retroceder. Tú mismo lo has dicho. Todas las puertas me están cerradas. Para los míos, he muerto. Incluso mi nombre ha sido... —Enmudeció. Bajó la mirada. Se enfrascó en el estudio del dorso de su puño.

Stuart podía ver la línea de garras rotas, asomando apenas de su prisión de carne. Sabía, con toda seguridad, lo que pasaba por la mente de Arkady. El noble Colmillo, la última y la mejor esperanza para su pueblo, el orgullo de su generación y el último (de esto ya no le cabía ninguna duda) de su sin par línea de sangre. Arkady veía ahora a aquellos que habían desaparecido antes que él en las entrañas del infierno. Los antepasados cuyos nombres había tachado con sus propias manos.

Liberándolos.

Miró a Arkady, pero su compañero ya era demasiado grande para abarcarlo de un solo vistazo. Una fuerza enterrada crecía en su interior, la fuerza de las montañas. Toda la fuerza de sus antecesores, todo su orgullo, toda su esperanza. Las toneladas de piedra que lo rodeaban, la prisión de granito, ya no podía retenerlo. Arkady ya había puesto un pie por encima de la valla de la cadena montañosa, saltando sin esfuerzo sobre aquella puerta conocida, encaminando sus pasos por el conocido sendero. Desde algún lugar muy abajo, la diminuta voz de Stuart llegó hasta él, impeliéndolo a regresar.

—Tal vez haya una forma. Sí, quizá exista un camino.



## Capítulo diecisiete



Los dos Garou sentados e inclinados hacia delante sobre el frío suelo de la cueva eran tan distintos como la noche y el día. El primero era orgulloso, regio su porte. Se trataba de un guerrero legendario, un sagaz estratega, un hombre que, según las profecías, conduciría a la Nación Garou hacia la Batalla Final.

El otro era un don nadie de origen humilde. Un diletante que no conseguía conservar ni siquiera su trabajo de autónomo. Un gandul confeso e impenitente.

—Otra vez —dijo Stuart. Su voz recordaba a la de un profesor frustrado—. La Espiral. Tiene que haber algo que se nos escapa.

Obediente, Arkady borró del firme de la gruta los complejos diagramas y los elaborados bosquejos. Despacio, comenzó de nuevo por el primer paso. Con un solo movimiento, sin levantar de la superficie irregular la punta ennegrecida del estilo de hueso, dibujó una espiral perfecta y continua. La figura giró sobre sí misma en nueve ocasiones antes de desvanecerse en una última peculiaridad. Un tosco borrón renegrido.

—Tiene que haber una forma —repitió Arkady, como si intentara convencerse de ello—. Una forma de recorrer la Espiral sin ser corrompido. De adentrarse en el corazón del laberinto y emerger victorioso al otro lado. Está profetizado. Ha de ser posible. —Descargó un sonoro palmetazo contra el firme de la cueva.

—A menos, claro está, que los profetas incurrieran en alguna que otra esperanza vana. O que los eruditos que llegaran después no intentaran sino explicar por qué Lord Fulano de Tal había perdido los estribos un buen día y se había pasado al otro bando.

—No tiene gracia. He perdido a demasiados familiares por culpa de esa promesa como para empezar ahora a cuestionar su veracidad.

—A mí me parece el momento perfecto para empezar a cuestionarla. Además, ya no consigo entender nada de lo que escribes. Todo el suelo está embadurnado de negro y creo que me estoy quedando bizco. ¿Y si lo dejamos para otra noche?

—Dijiste que ibas a ayudarme. Que existía un camino.

—Que tal vez lo haya. Pero ya hemos revisado esto una docena de veces y que me aspen si le veo solución. Quizá las cosas cobren más sentido por la mañana. Bien entrada la mañana —se apresuró a añadir.

—Duerme, si quieres. Yo montaré guardia. —Arkady se incorporó y comenzó a pasear por el interior de la cueva. Sus pasos lo conducían, por instinto, en una espira cada vez más estrecha.

Stuart se tumbó en el suelo cuan largo era, con la barbilla apoyada en las palmas de las manos.

—No servirá de nada. Aunque te abras paso hasta la Espiral (premisa ya dudosa de por sí), no hay nada que puedas hacer cuando llegues allí, salvo repetir los mismos errores que cometieran los que se fueron antes que tú. Una vez se pone el pie en la Espiral Negra, estás perdido. Punto final. No se puede dar la

vuelta, ni hacerse a un lado. No hay escapatoria. Te apresura y no te suelta hasta que sucumbes.

La ruta circular de Arkady lo llevó de vuelta adonde yacía Stuart. En esta ocasión, pasó frente a él y continuó caminando.

—Ese monólogo, ¿te ayuda a aclarar las ideas o se supone que iba dirigido a mí?

Stuart exhaló un suspiro y se incorporó de un salto.

—Olvidalo. Como si no hubiese abierto la boca. —Observó la figura de Arkady que se alejaba, vio las huellas ennegrecidas del arrastrar de pies que dejaba a su paso, igual que un hilo suelto. Con gesto ausente, siguió el camino marcado por las huellas en dirección contraria, fijándose en los juegos gemelos de pisadas donde ambas rutas discurrían paralelas.

Si aquellas huellas eran la senda de la Espiral Negra, ¿qué era aquel estrecho tramo donde se encontraba ahora Stuart? Con creciente excitación, sacó su bloc de notas de bolsillo. Tras pasar las hojas rápidamente hasta encontrar una en blanco, dibujó una copia de la infame espiral de nueve espiras. Entornó los ojos hasta que el diagrama se hubo difuminado y todo se hubo vuelto borroso en los bordes, antes de recuperar la nitidez de golpe.

—¡Ahí!

Arkady se detuvo en seco y se giró, con expresión preocupada.

—¿Dónde? —Avanzó un paso hacia Stuart.

—¡No! Tienes que quedarte en la senda. Ven hasta mí, pero por el camino. Quédate en la Espiral Negra.

Arkady exhaló un suspiro, pero le siguió la corriente a su exaltado compañero. No tardó en volver a colocarse junto a Stuart.

—Ahora, vuelve a caminar siguiendo el dibujo. Igual que antes. Sólo que esta vez, yo caminaré contigo.

—¿Ése es tu plan? —preguntó Arkady, con incredulidad—. ¿Vas a adentrarte conmigo en la guarida del Wyrn?

—No, quita. Mi madre no tiene ningún hijo tonto, y ni todos los demonios conseguirían tirar de mí para arrastrarme a Malfeas contigo. Esto es sólo una demostración. Camina.

Arkady se encogió de hombros, fingiendo desinterés, y comenzó a andar de nuevo sobre las huellas negras. Stuart se mantuvo a la par, hombro con hombro. Dieron una vuelta completa a la estancia.

—La verdad, no sé qué tiene que ver esto con... —comenzó Arkady. Stuart le chistó para que se callara y le urgió para que completara una segunda circunvalación. Y una tercera—. ¿Este pequeño ejercicio demuestra que...? —inquirió, perdiendo por fin la paciencia.

—Demuestra —replico Stuart, con una sonrisa triunfal—, que sigo a tu lado después de tres vueltas completas al dibujo, y todavía no he puesto un pie en la Espiral Negra.

Arkady se detuvo en seco.

—¿Cómo puede ser eso? —protestó, con voz queda.

—Mira aquí. —Stuart golpeó con su lápiz la página de la libreta abierta—. Me he dado cuenta de que las espirales poseen una peculiaridad. Todas las espirales. Ésta es la Espiral Negra que he dibujado, pero aquí tenemos otra, alojada en su interior. En este caso, se trata de una Espiral Blanca, blanca por el papel que se entrevé. Es una espiral negativa, inserta entre las líneas de la negra. Si se recorriera esa espiral, como acabo de hacer yo, debería ser posible (en teoría, al menos) llegar al centro sin tener que pisar siquiera la Espiral Negra. Sin exponerse a su toque corruptor.

Arkady se quedó mirándolo, mudo, hasta que una sonrisa afloró a su rostro. Echó la cabeza hacia atrás y se rió, palmeando a Stuart en la espalda, de buena gana.

—Eres un genio, Stuart Camina tras la Verdad. Ojalá te arrepintieras y accedieras a acompañarme. ¿Seguro que no te tienta en absoluto poner a prueba tu excelente teoría?

—Por mí no te preocupes. Si consigues sacar esto adelante, me enteraré. Demonios, supongo que nos enteraremos todos. Pero yo tengo que recorrer una senda distinta. Un camino que hace ya demasiado tiempo que eludo.

Fue en ese preciso instante cuando Stuart se dio cuenta de adónde debía de conducir la Espiral Blanca... si es que aquella suposición tan improbable existía siquiera. Era una senda que, invariablemente, desembocaba en el hogar.

